Jorge
Icaza

# Huasipungo

Ediciones populares, Perú, 1950.


Av. Panteón, Foro Libertador, Edif. Archivo General
de la Nación, P.B. Caracas-Venezuela 1010
TELEFS.: (58-0212) 5642469 - 8084492/4986/4165
TELEFAX: 5641411

CORREO ELECTRÓNICO:
elperroylaranaediciones@gmail.com

EDICIÓN AL CUIDADO DE
Coral Peréz
TRANSCRIPCIÓN
Francisca Ruíz
CORRECCIÓN
Ybory Bermúdez y Coral Pérez
DIAGRAMACIÓN
Mónica Piscitelli
MONTAJE DE PORTADA
Francisco Contreras

DISEÑO DE PORTADA
Carlos Zerpa
IMAGEN DE PORTADA
*Enciclopedia de signos y símbolos,*
de John Laing y Davis Wire, 2001.

ISBN 980-396-400-3
lf 40220068005015

La *Colección Los ríos profundos,* haciendo homenaje a la emblemática obra del peruano José María Arguedas, supone un viaje hacia lo mítico, se concentra en esa fuerza mágica que lleva al hombre a perpetuar sus historias y dejar huella de su imaginario, compartiéndolo con sus iguales. Detrás de toda narración está un misterio que se nos revela y que permite ahondar en la búsqueda de arquetipos que definen nuestra naturaleza. Esta colección abre su espacio a los grandes representantes de la palabra latinoamericana y universal, al canto que nos resume. Cada cultura es un río navegable a través de la memoria, sus aguas arrastran las voces que suenan como piedras ancestrales, y vienen contando cosas, susurrando hechos que el olvido jamás podrá tocar. Esta colección se bifurca en dos cauces: la serie ***Clásicos*** concentra las obras que al pasar del tiempo se han mantenido como íconos claros de la narrativa universal, y ***Contemporáneos*** reúne las propuestas más frescas, textos de escritores que apuntan hacia visiones diferentes del mundo y que precisan los últimos siglos desde ángulos diversos.





El día se presenta con enormes contradicciones para Alfonso Pereira. Acaba de dejar en estado irresoluto, en manos de la esposa y de la hija, un problema que él lo llamaba de "honor en peligro". Como de costumbre, en situaciones desesperadas, había salido de casa dando un puertazo, y mascullando una veintena de carajos y maldiciones. Sus mejillas rubicundas —de hartazgo de sol especialista en cura de tuberculosis— e infladas —de aire y zumo de tierra serrana— presentan una lividez verdosa que, poco a poco, conforme la bilis se va diluyendo en el ambiente callejero, recuperan su color natural. 

Las cabezas que se descorchaban a su paso dejan desbordan sonrisas y reverencias gratas. Espuma del fermento que su honradez y caballerosidad, para todos los potentados, supieron guardar en la conciencia de la alta burguesía.

¡No! Esto no puede quedar así, piensa. La poca precaución de una chicuela de diecisiete años no puede deshonrarnos a todos. Pero, como de costumbres, las ideas salvadoras no acudieron a anidar en su cerebro, se quedaron estranguladas en los puños.

Coadyuvaban a su mal humor los picotazos continuos del recuerdo de sus deudas: su tío Julio Pereira, el señor Arzobispo, el Banco, los impuestos fiscales —deuda odiosa: impuesto predial, impuesto a la renta, impuesto a la venta de los pocos quesos que saca de Cuchitambo—. Se enreda en una madeja de impuestos y vuelve a perder el color habitual de las mejillas.

¿De dónde salen tantos impuestos? ¿De dónde? —se pregunta a menudo.

En el preciso momento que iba a cruzar la calle, un automóvil de línea aero-dinámica le amenazó con una acometida; se

quedó haciendo equilibrios en el borde de la acera y en el filo de aquel encontronazo inoportuno.

El acreedor más terrible, el tío Julio, al cual no se le puede dar largas porque las desbarata con argumentos *made in* Julio Pereira, saca la cabeza por la ventanilla del auto y le hace señas para que se acerque.

—¿Cómo está, tío?



—Sube. Tenemos que hablar.

—Siempre dispuesto a servirle, tiíto —murmura sentándose junto a aquel hombre grueso, de cejas pobladas y que tenía la costumbre de hablar en plural, como si fuera miembro de una pandilla o dependiente de almacén.

Después de algunos minutos entraban en el despacho particular del viejo Pereira: un gabinete con puerta de cristales escarchados, un enorme escritorio que se agobia bajo el peso de un centenar de papeles, planos y libros, dos ficheros de color verde aceituna, amplios sillones de cuero donde se pueden resistir los golpes de los negocios más audaces, un enorme cuadro del Corazón de Jesús hecho por un tal señor Mideros, y el perchero que en aquella capilla de la austeridad sirve para colgar las sonrisas y las bromas junto a los sombreros y a los paraguas alicaídos.

—Pues sí, mi querido sobrino.

Un escalofrío de desorientación le invadió a Pereira el menor.

—Hace tres semanas que se halla vencido el pagaré de diez mil sucres que me adeudas. No he querido ejecutarte porque tenemos entre manos un proyecto que nos hará ricos a todos. Hemos ido por tres veces, en viaje de exploración, a Cuchitambo. Da pena ver lo abandonado que está eso.

Con aire paternal continuó:

—Si quieres pensar seriamente, y sigues las indicaciones mías y de Mr. Chapy.

—¿Mr. Chapy?

—El jefe de la explotación de la madera en el Ecuador.

Lograrás no solamente cancelarme la deuda, sino que, a lo más tarde, después de dos años, serás uno de los socios principales

en el negocio. El recorrido que hicimos con Mr. Chapy nos dio excelentes resultados; encontramos maderas importantes para la fabricación de durmientes: arrayán, motilón, canela negra, huilmo, pantza, y… otras más. ¡Oh! Esa naturaleza es privilegiada. Se puede perfectamente abastecer a todos los ferrocarriles de la República. Siempre sería más ventajoso para nuestras compañías ferroviarias, comprarnos leñas y durmientes.

—Pero… 

—Creo que el gringo ha olido petróleo en esas regiones. ¿Has leído *El Día*?

—No.

—Hay una información muy importante acerca de lo rico en petróleo que son los terrenos de la cordillera oriental, los parangonan con los de Bakú.

Don Alfonso meneó la cabeza como si estuviera al cabo de la calle.

—Todo esto es muy halagador para nosotros, en especial para ti. Mr. Chapy nos ha ofrecido traer maquinaria que ni tú ni yo podemos traerla. Pero el socio no quiere dar un paso sin antes estar seguro de las mejoras indispensables que requiere la hacienda.

—¿Mejoras?

—Naturalmente. Un carretero para automóvil, la compra del bosque de Filocorrales y Guamaní, limpiar de huasipungos las dos orillas del río, para construirse quintas cómodas para ellos.

—Pero de un momento a otro hacer todo eso…

—A ti te parece difícil porque has estado acostumbrado a recibir lo que buenamente te han mandado tus administradores o tus huasicamas.

—Yo…

—Las consecuencias no se han dejado esperar; tu fortuna se va al suelo.

—No, es que…

No hallando el pretexto que le librara de la mirada inquietante de aquel buen tío, se contentó con mover los brazos en forma del hombre perdido, de situación irremediable.

—No estamos en el momentos de los abatimientos —afirmó el viejo metiéndole los papeles en los ojos.

—Pero será necesario…

—Indispensable.

—Se hará lo que buenamente se pueda. Los indios no querrán salir de sus huasipungos.

—Tú eres el amo.



—Recuerde usted los levantamientos que ha tenido que sufrir mi pobre padre por la misma razón. A ese pedazo de tierra que se les presta por el trabajo que dan a la hacienda, lo toman con gran cariño, y levantan su choza, cultivan su sementera, cuidan de sus cerdos, sus gallinas y cuyes.

—Es necesario sacrificar sentimentalismos. Crear voluntad de trabajo para poder vencer todas las dificultades por duras que ellas parezcan. ¿Qué nos importa a nosotros esos indios? ¡Primero estamos nosotros!

La pregunta que desde hace rato espiaba por una rendija del inconsciente de Pereira el menor:

—¿De dónde salen los impuestos? —se escurrió tomando fuerza imperiosa de objeción. Como si le dieran hablando, el terrateniente balbuceó:

—¿De dónde salen los brazos y el dinero para todos esos trabajos?

—¡De los indios!

—Pero Cuchitambo…

—Sí, tiene pocos, pero con el dinero que nosotros te suministraremos, podrás comprar los bosques de Filocorrales y Guamaní; con los bosques se comprará a los indios, con los indios el brazo que abrirá el surco en esas montañas. ¿Qué dices a todo esto?

Las dubitaciones del sobrino exaltaron al viejo negociante que se puso al ataque con un sermón plagado de frases explosivas. Era buen perro de caza y sabía que las buenas piezas son difíciles de arrastrar.

Al salir del despacho, a Pereira menor le sobrada un rescoldo de resistencia, mas, al recordar que en casa le esperaban problemas irresolutos, se cogió la nariz como si quisiera exprimirse

las soluciones, y el rescoldo quedó en cenizas.. Ya sabía de donde vienen los impuestos. Puso la cara del niño que descubre de dónde vienen los hermanos. El tío era genial: le ha dado, sin darse cuenta, la gran solución para todos sus problemas.

La hija quiso sorpresivamente hacerle abuelo, y, como él no tenía cara de tal, resolvió quedarse en padre. Ser padre del hijo de un tal Cumba, cholo por los cuatro costados. ¡No! Por los tres; porque por el último es indio. ¡Indio! La sangre le hirvió en los carrillos.



Por un sendero de la cordillera oriental, frecuentado por cargueros que van con ventas a Quito, avanza, camino adentro, en tres mulas, la familia Pereira. Varios indios hacen cola agobiados bajo el peso de los equipajes.

Al llegar a un cruce, don Alfonso, que rompe la marcha, se detiene, y, con voz entrecortada por el frío, anuncia a las dos mujeres que vienen tras él:

—Empieza el páramo.

—Sigamos hasta donde avancen las mulas.

—¿No quisieran desmontar?

—¡No! —contesta la madre de familia, presentado una cara malhumorada, con ese malhumor que en los viajes a mulas se siente subir desde las nalgas.

—¿Y tú?

—Estoy bien, papá.

El hombre enderezó a la mula y siguió la marcha que desde ese momento se hace lenta, pesada, insufrible. El lodo. El lodo del páramo donde se sumen las bestias, donde la velocidad se enreda en el fango.

De improvisto tienen que hacer alto. La mula delantera olfatea el suelo pantanoso, para las orejas, se irrita sin obedecer a las espuelas que le desagarran; por la piel le corren ondas temblorosas como si el miedo le hubiera acariciado la grupa.

—¡Ya se estacó este animal! ¡José, Juan, Andrés!

—Amitú... —responden a coro los indios de emergencia que vienen a la cola, sin dejarle terminar.

—Tú, José, como el más fuerte, cargá a ña Blanquita.

Ña Blanquita es un jamón que pesa ciento sesenta libras.

—El Andrés y el Juan, para mí y Lolita, los otros quédense no más a las cargas.

Los tres indios, después de limpiarse en el revés de la manga los rostros escarchados por la neblina del páramo, se preparan para dejarse montar por la pulcritud de los patrones: se sacan los ponchos, se arrollan los anchos calzones de liencillo hasta las ingles, se quitan el sombrero de lana, doblan el poncho en doblez de pañuelo de apache, se dejan morder por el frío que se filtra por los desgarrones de la cotona pringosa y presentan las espaldas para que la familia pase de la mula al indio.



El aburrimiento le hace caer a don Alfonso en un monólogo interminable. "La mueca de los que de mueren de frío es una mueca de risa. Cuanta razón tienen los gringos al exigir un camino, esto es el infierno al frío. Ellos saben más que todos nosotros. Gente acostumbrada a una vida mejor. Ellos vienen a educarnos, ellos nos traen el progreso a manos llenas. Mi padre, en vez de ser cruel con los indios y divertirse marcándoles como se marca a los toros con el hierro al rojo para que no se pierdan, debían haber hecho grandes mingas con la peonada, evitándome así este viajecito. En la época del viejo, el único que tuvo narices económicas fue don Gabriel Moreno. Gran hombre que supo aprovechar la energía del dolor indio haciéndole trabajar la carretera a Riobamba a fuerza de fuete; del fuete que curaba el soroche del Chimborazo, del fuete que se abría camino entre los barrancos y los desfiladeros, del fuete progresista, del fuete que levantó la figura del hombre inmaculado. ¡Oh!".

Fue tan profundo el pinchazo emocional que le obligó a saltar sobre el Andrés, el cual, perdiendo el equilibrio, se hundió con pies y manos en el barro.

—¡Carajo! ¡Indio pendejo! —grita desesperado el amo, ajustando las rodillas y cogiéndose de la cabellera cerdosa con habilidad de jinete que se aferra al potro.

Se endereza el Andrés chorreando lodo, el frío no le deja sentir el daño que le han hecho las espuelas en las costillas.

El páramo y el cieno tienen hambre de carne india, la otra va bien abrigada y es difícil meterle diente.

—No puedo más, estoy helada —balbucea la jamona agarrándose a los hombros del José.

Ña Blanquita también piensa, piensa en la Virgen de Pompeya, la cual debe ayudarle en este trance. Si no fuera por ella, ¿cómo viajarían sobre este océano de lodo? Es un milagro palpable. El mes que viene, todas sus amigas, le harán la fiesta en Quito. Sin embargo, ella, Blanca Chanique de Pereira, no podrá estar, no podrá lucir sus anillos de brillantes, no podrá esperar, en el umbral de la sacristía, bajo una paz conventual, al reverendo padre Uzcátegui, su santo confesor.



—¿Vas bien, hijita?

—Sí, mamá —responde la muchacha que, sobre las espaldas del Juan, urde venganzas contra el perjuro Cumba. Le recuerda en todas partes: en los bailes, en los paseos, en la calle, en la iglesia; menos en la neblina que lo envuelve todo, en el frío que horada hasta los tuétanos y en el lodo donde los indios se entierran hasta la rodilla.

Diluidos en bruma y encaramados sobre las espaldas indígenas, avanzan los miembros de la familia aristocrática llevando a enterrar en lo más recóndito de la sierra sus pequeñas tragedias burguesas, y en busca de la respuesta que era la pesadilla del terrateniente: ¿de dónde salen los impuestos y la cancelación de las deudas?

Los indios, insensibilizados por el frío que les chorrea por la punta de la nariz, caminan sin pensar en nada.

Conforme descienden al valle, la neblina y el lodo se quedan arriba, el paisaje se aclara.

—Ya se ve la casa del Jacinto —consuela el patrón apuntando a una casuca perdida en el bajío.

El ruido de la cabalgata, con los jinetes otra vez en las mulas, pone en guardia a los perros que lanzan protestas aulladas desde los huasipungos.

Atardecía y la cabalgata entraba al pueblo de Tomachi. El invierno, la montaña y la miseria han hecho de Tomachi un pueblo de lodo, de basura y de acurrucamiento; se acurrucan las chozas a lo largo de la única calle lodosa y adornada de basureros, se acurrucan los guaguas a las puertas de las viviendas a jugar con el barro o a mascar el calofrío del paludismo, se acurrucan las mujeres junto al fogón, tarde y mañana, a preparar la mazamorra de mashca o el logro de cuchipapa, se acurrucan los hombres, de seis a seis, junto al trabajo de la chacra, de la montaña, o se pierden por los caminos con sus mulas llevando carga a los pueblos vecinos. La callejuela está tatuada por una acequia de agua turbia, donde abreva el ganado de los huasipungos, donde los cerdos hacen sus camas de lodo para revolcar sus ardores, donde los niños, poniéndose en cuatro, sacian la sed.



Corre un frío seco y cortante. Abajo queda el valle en silencio, repleto de luz crepuscular que empequeñece la figura entumida de las chozas; de la choza india que forma una sola habitación con piso de tierra y techumbre de paja renegrida por la lluvia y el humo que, sin hallar salida, se filtra por todas partes. La casa del Jacinto está cerrada. Deben haber ido con carga a Sangolquí; sólo dos cerdos negros, junto a la puerta de la tienda, hozan en el barro y hacen rodar unas latas viejas. Más allá, unos perros con el acordeón semidesplegado de sus costillares, por la anemia, se disputan un hueso de mortecina que debe haber rodado todo el pueblo por cargar más lodo que carne. Un olor a leña de eucalipto y boñiga quemada desprenden las viviendas. Colgado de una cuerda, en un corredor, el cadáver de un borrego, se deja extraer los bofes y el hígado del tórax por un chagra de catadura medrosa que, al paso de la cabalgata, se quita el sombrero con la mano empapada en sangre.

—¿Cómo te va, Calupiña?

—Sin querer morir, patrón. ¿Y su mercé?

—Pasando.

Y en efecto, pasaban. El cholo arroja las vísceras en una batea y se queda alelado en tanto un perro lame el pescuezo sanguinolento del borrego. La Miche de las guaguas ha matado

puerco cuando frente a su chozón se amontonan las cenizas de una hoguera y en el corredor se exhibe una batea repleta de fritada con tostado de manteca. Una de las hijas del Melchor sale corriendo de su casuca, sacudiéndose la cabeza y dando gritos. Una cosa a manera de moño se le aferra a la coronilla, la hermana ordena imperiosa:

—Esperá, pes.

Y dándole un manotazo le quita el copete que se revuelca entre las hierbas que crecen a la vera de la callejuela. Una araña de la humedad con gruesas patas aterciopeladas huye entre los baches.



—Güenas tardes, —murmuran el par de buenas mozas olvidándose del susto que les dio la araña.

—Buenas tardes.

Una recua de mulas frente al estanco de taita Timoteo que el arriero se pegue su copita de puro. En la puerta de la tienda del telégrafo, el telegrafista se ejercita en la vihuela repasando un pasillo del siglo pasado. El Cuso duerme echado sobre unas cargas de alfalfa con el sombrero en la cara.

Hacia el fin de la calle, en una plaza enorme y deshabitada, se alza la iglesia del puebluco, apoyando la vejez de sus paredones en largos puntales —es un cojo que ha salido del hospital del tiempo andando en muletos—. Todo lo vetusto de la fachada contrasta con el oro del altar mayor y las joyas de la Virgen de la Cuchara, patrona del pueblo, a los pies de la cual, un centenar de indios y chagras hambrientos van depositando sus ahorros para que la Santísima Virgen se compre alhajas.

Del curato, luciendo las joyas que la Virgen tiene la bondad de prestarle y con una cesta de basura, sale la concubina del cura, alias la sobrina, deposita los desperdicios en la acequia y se queda alelada al paso de la cabalgata de la familia Pereira.

Todavía la comitiva no entraba en sus dominios, pero ya se alegra al divisar la casa de hacienda que se levanta como una fortaleza blanca en medio de su ejército diseminado de chozas pardas.

Cuando el mayordomo estuvo frente a la cabalgata, frenó a raya a la mula, obligándola a sentarse sobre sus patas traseras.

—Güenas tardes nos dé Dios —saluda con su hablar precipitado, olor a peras podridas por su inveterada afición al aguardiente puro que venden el Jacinto y taita Timoteo en el pueblo. Se quita el sombrero dejando al descubierto una cabellera desordenada que cae en mechones pegosos, de sudor, sobre la frente.



—Buenas tardes, Policarpio.

—Me mueero… Semejante aguacero que ha caído todito el día. ¿Qué's pes, a la ña chiquita han traído?

El padre de familia desvió la conversación haciéndole preguntas sobre la conducta de los indios, sobre los sembrados, sobre la posible explotación de la madera.

—Traigo grandes planes. El porvenir de mis hijos así lo exige.

¿De sus hijos? —piensa el Policarpio, sin comprender una palabra—. El patrón no tiene sino una sola hija: la ña Lolita. ¿A qué hijos se referirá ahora? Tan vez la ña grande esté embarazada.

El viejo caserío les recibió con su patio empedrado, olor a majada, con el Molque, perro amigo de manifestaciones epilépticas con la charla quichua de las indias servicias, el mugir de las vacas, el amplio corredor de pilares adornados con cabezas disecadas de venados se cuelgan las monturas, el redil pegado a la derecha del patio, y del que le separa un vallado de palos carcomidos y alambres mohosos para encerrar a las seis de la tarde oveja y terneros, y, sobre todo, con cien recuerdos de holguras señoriales.

Después de dejar todo arreglado en el caserío, los indios se desparramaron por el campo buscando el chaquiñás más corto que les lleve al huasipungo.

El Andrés, sin dar tregua al cansancio, camina con el trote de las caminatas urgentes que pelan el frío que se le pegó en las cumbres.

Desde hace dos años, Andrés Chiliquinga, en vez de tomar la ruta que lleva al huasipungo de los taitas, ha cogido por costumbre

internarse por el sendero del bosque. Ahora lleva los ojos de desconfianza; mira de soslayo a uno y otro lado, se hace con las sospechas y con el bosque una bóveda oculta para llegar por ella a la choza donde la tiene a la Cunshi.

Va para dos años que, desobedeciendo al mayordomo y al cura que le querían casar con una longa de Filocorrales para ensanchar así los braceros del amo, se amaña, en el filo de la quebrada grande, en una choza que se hizo entre los chaparros, con la Cunshi. El cura y el mayordomo tuvieron que aceptar haciéndose de la vista gorda. Pero el amo… ¿Qué dirá el amo? El miedo de los primeros días le atacó con más fuerza. Oyó de nuevo las palabras santas: "Indios salvajes que no quieren seguir el camino de Dios, que no quiere civilizarse, tendrán el infierno". En ese momento el infierno era para él una poblada enorme de indios; no había blancos, no había curas, no había mayordomos ni tenientes políticos; la visión le tranquilizó.



En la choza prendida en el filo del barranco se acurrucaba el silencio martirizando al deseo que llega dispuesto a desbordarse.

—¡Cunshiii!

El grito, medio en trágico, medio en broma, despertó al guagua tierno que, envuelto en bayetas, dormía en un rincón de la vivienda, y tuvo respuesta entre los chaparros, donde la india, aprovechando la penumbra de la tarde, recogía ramas secas para el fogón.

—Vi, caraju. ¿Unde istáis?

—Dundi y d'istar, pes; cugiendu leña.

—¿Cugiendu leña, nu…? Aquí ca, guagua shurandu, shurandu —amenaza el indio sin saber en quién descargar sus temores.

Está convencido que la afirmación de la hembra es verdad, pero su sexualidad desviada al sadismo por el látigo de los blancos se le escurre por los dedos.

—¡Mentirusa! —grita dando un salto felino. Ella le ve venir, suelta la leña, se acurruca bajo un penco, como gallina que espera al gallo, y espera que actúe la agresividad macha que, cogiendo un bagazo de caña que hay en el patio, le empieza a vapulear. Si

alguien hubiera pretendido defenderla, ella se regresaría airada, y encarándose con el defensor, le escupiría en la cara la protesta, como todas las indias: "intrumetido, dejá: nu más que pegue, para eso es marido".

El choque fue brutal. Tirada en el suelo pelado de la vivienda, con temblor de pájaro aterido de frío, recibió los golpes, creando contornos voluptuosos al retorcerse de dolor.



—¿Unde istabas?.. Guagua ca, shurandu... Hecho lástima —grita el indio, suavizando a golpes el cuerpo que iba a saciar su placer, tal vez para no indigestarse con la carne dura de la sierra.

Por fin, ensangrentados y jadeantes, cayeron junto al fogón, haciéndose un nudo de ternuras salvajes. El llanto de la Cunshi se apaga lentamente al sentirse abierta por el hechizo del sexo. Agotados se quedan dormidos, cobijándose con el abrigo de los cuerpos, con el poncho empapado en páramo, con la furia de los piojos.

La garúa invernal agrava el aburrimiento de la familia. Cuando amanecía sereno, don Alfonso montaba en la Negra y se alejaba por los chaparros enmarañados que se extienden al otro lado de la orilla del río. En el pueblo, hacía una pequeña parada en la tienda del teniente político: un chagra coloradote, que no desampara el poncho, que usa zapatos de becerro comprados en Quito, en las cuatro esquinas, que se siente orgulloso de haber edificado su casita de teja a fuerza de trabajar honradamente en la Tenencia Política y en el estanco que tuvo en la plaza y que ahora lo tiene en casa propia, en haber sido experto capataz en la hacienda del Señor Alfonsito —nadie como él y el tuerto Rodríguez para conocer lo sinvergüenzas y vagos que son los indios—. También se le podía recomendar como buen cristiano, buen esposo, ahorrativo, se mudaba cada mes, los pies le hedían a leguas. Se llamaba Jacinto Quintana y fuma Progreso de envolver.

Las visitas de don Alfonsito agobiaban al chagra que salía del paso brindándole una copa de aguardiente.

—Tome no más, pes. Estico es purito traído de tierra arriba y la Junta le prepara con hojas de higo.

—¿Y dónde está la Juana?

—Juanaaá. Vení, aquí está el señor.

Por una puerta lagañosa de hollín, que da al corredor que mira al carretero y donde hay un poyo cargado de bateas con chochos, pusunes y aguacates, para vender a los indios que pasan de camino, se asoma una mujer morena, de ojos encendidos y pelo trenzado con pabilo. Poniéndose roja, murmura:

—¿Cómo están, pes, las niñitas?



—Bien, hija… A ti te encuentro cada vez más gordita.

—El señor que m' está viendo con ojos de simpatía no más.

La chola paga la galantería ordenando al Jacinto que traiga una copa doble.

—¿Otra? —protesta el visitante.

—Qué' pes. Acaso hace mal.

Mientras el marido iba por el aguardiente, don Alfonso agradecía a la Juana propinándole con uno o dos pellizcos en las tetas o en las nalgas. Casi nunca faltaba el crío que, gateando en el suelo, ponía en exhibición todos sus órganos prohibidos.

—Ojalá se críe robusto.

—Un tragón ha salido.

Los pasos del amo terminaban en el curato. Largas, sustanciosas conversaciones sostenían terrateniente y cura. Don Alfonso, poniendo a un lodo su alto espíritu liberal, hizo migas con el párroco. Era el único capaz de servirle de intermediario con los bosques orientales. Ya le había hecho comprar la parte de los hermanos Ruata; dos chagritos huérfanos de padre y madre, que iban por la edad del casorio, y que para consolar su soltería hacían versos a la Virgen, eran pupilas del cura y, al igual que el teniente político, usaban zapatos de becerro.

Cuando alguien se atrevía a hablar mal de su a amistad con el religioso, don Alfonso, tirándose para atrás y tomando aire de prócer de monumento, exclamaba:

—Es que ustedes no ven sino lo que les da la nariz; pero yo… yo tengo mis planes.

En efecto, no había errado. Ahora, a la sombra de la enredadera que teje una cortina entre los pilares del corredor del curato

y que pone encajes de luz en el suelo, tratan acaloradamente del negocio más grande; Guamaní y los indios.

—Este viejo Isidro tiene que ser un ladrón —asegura el terrateniente.

—Un hombre que sabe lo que vale la tierra y los indios —comenta el cura.

—Pero eso no le produce nada: páramos, ciénegos, monte.



—¿No cuenta usted los indios?

—¡Los indios!

El religioso se hunde en una pausa para ver la mejor manera de asegurar los doscientos sucres que le tocaban de comisión en el negocio. El dinero se le iba de las manos. Él sabrá agarrarse. Hasta Dios dice: "Agárrate que yo te agarraré. Con tal de no agarrarse de los pencos, las tunas y las moras que producen los pantanos del Isidro, estaba salvado.

—Sin embargo, yo necesito comprar eso —afirma con aire despreocupado don Alfonso.

—¿Con los indios o sin los indios? —insiste burlón el religioso.

—¡Con los indios!

—¡Ah!

Fue el Ah… que desinfló los temores, el Ah… del salvado, el Ah… que abría un abecedario de recompensas.

"Agárrate que yo te agarraré".

—Claro. Usted comprende que eso sin los indios no vale nada.

—¡Y qué indios! Todos propios. Todos conciertos. Todos humildes. Se puede hacer de esa gente lo que a uno le de la gana.

—Sí, pero todos, o casi todos, son solteros. Usted comprende que un indio soltero vale la mitad. No tiene hijos, no tiene mujer para que ayude en la cocina, en el pastoreo, en el deshierbe.

—Pero son más de quinientos a los que yo le logrado hacerles entrar por el camino del Señor, listos a… —iba a decir "a la venta", pero le pareció muy fuerte el término— al trabajo. Ve usted, los longos le salen baratísimos.

—Con darles el huasipungo me parece que están bien pagados.

—Mire, don Alfonso, como yo no tengo interés y no puedo hacerme ni al uno ni al otro, voy a servir de lazo para que ustedes entren en un arreglo definitivo. Apartándonos de toda idea mezquina de dinero, esa compra para usted le significa el porvenir, tenga usted presente que no sólo son los pocos indios de que hemos hablados, ¡no! En la montaña queda todavía gente salvaje, gente que no está catalogada en nuestros libros, y a la cual, prudentemente, se le puede ir metiendo en nuestro redil. Ovejas descarriadas que diría el Señor. Usted es caritativo, usted es el hombre de las grandes empresas. ¡Qué mejor padre para ese pueblo perdido entre la selva!



"Agárrate que yo te agarraré". Y se agarró de los pelos indios como el único sostén que no cede con rezongos de protesta.

Apenas el patrón divisa dos indias que vienen con el mayordomo, llama a la esposa para que las examine.

—Hay que tener mucho cuidado, a lo mejor son enfermas.

—¿De dónde eres?

—De Cachishano, niñá.

—Veremos al guagua.

La india, con harto temor de que le quiten al crío, pero sin levantar la cabeza, se alza el rebozo y enseña un niño color de tierra, fajado como momia egipcia.

—¿Tienes bastante leche?

—Arí, niñá.

—Pero el guagua no está gordo… ¿Veremos el tuyo? La otra longa, sin aventurarse a enseñar nada, deja hacer a la patrona.

—Este está más gordito —murmura doña Blanca, levantando los ojos y mirando al esposo que, arrimado a uno de los pilares del corredor, observa la escena.

—Pero, mujer, ¿no ves esa sarna que tiene en la mejilla?

—¿De qué es eso?

—Miado de araña, niñá.

—No… Andá no más vos. Que se queda esta otra. ¿No te parece, Alfonso?

El hombre clavó en la india la mirada y concluyó con gesto vago de aceptación.

—Entonces, que mande a dejar al otro guagua en la choza; y que ella vaya a bañarse al río. Que deje la suciedad, que no venga a empiojar a toda la familia.

—Elé, patrón, acaso tiene a naides. Solitica vive —interviene el mayordomo.



—Bueno, fácil remedio; tú Policarpio, te haces cargo del muchacho por unos meses hasta que la india acabe de mamar al niñito.

A la noche la india se instaló al pie de la cuna sobre unos cobertores que le dio la señora. El guagua coloradote vaciaba los senos de la nodriza cada tres horas, con chupeteo incesante, sin dejar nada para el hijo enclenque de la india. La sonrisa del niñito parecía desafiar a todos los niños de la comarca a un maratón de mame. Su primer contrincante iba quedando día a día en huesos.

—Con lo que se le murió el guagua a la longa de Cachishano, se le ha secado la leche —informa, un día, doña Blanca al esposo que viene de rodear ganado. El terrateniente, despreciando los comentarios, ordena al mayordomo:

—Andá a traer otras dos indias para que le den mamar al guagua. Pero verás, carajo, que sean buenas.

—Así haremos, patrón —murmura el Policarpio, enderezando la mula hacia el valle.

En una sementera, a los lejos, unas pocas indias deshierban un cebadal. Al notar la presencia del mayordomo hunden más hondo las azadas.

—¿Onde dejaron a los guaguas? —grita desde el lindero del sembrado, el mayordomo.

Al pronto, las campesinas boquiabiertas, sin comprender la pregunta, creen que el hombre se ha vuelto loco.

Insiste la interrogación desde lejos:

—¿Onde dejaron los guaguas?

Las indias apuntan hacia los matorrales.

—Vamos a ver, pes —ordena el chagra dirigiendo la mula hacia el lugar que señalaron las deshierbadoras.

Conforme se van acercando al zanjón, se hace más clara la voz y el llanto de los guaguas Los más grandecitos, al notar que se acerca la recua de mujeres, se apresuran en cumplir la recomienda de la mamá y del taita: "darís al guagua la mazamorra cuando shore", y, cogiendo cucharadas de unas cosa espesa que hay en una olla de barro tapada con hoja de col, se esfuerzan por hacerles mamar la cuchara de palo a los tiernos que, echados sobre la hierba, esperan la vuelta de la madres para que les hagan probar la teta, la teta a la cual se la espera, cuatro, seis, ocho horas —el tiempo que requiere la tarea de hacienda—.



La faja de colores vivos, tejidos por las mismas indias, les inmoviliza, les hace pacientes, les aprisiona todas las angustias primeras, les amortiguas los cólicos que producen las mazamorras guardadas, los mellocos y las papas frías, y, les embolsa en secreciones de veinticuatro horas que fermentan y escaldan.

Los que han llegado a la edad de sentarse, juegan aplastando sus excrementos con las manos, como si se tratara del mejor juguete. ¡Es muy divertido verles hacer una masa de mierda, orines y tierra, para darle forma cubista en el molde de la mano! Hay constantes revuelos de lágrimas por quitarse los entretenedores.

Abre la exhibición un niño de seis años acurrucado bajo el poncho en actitud de empollar la mejor sorpresa, pero el ruido de la mula le espanta obligándole a levantarse con los calzones en la mano. Queda la señal de su asiento: una mancha sanguinolenta de disentería. Se refugia entre las hierbas desmoronándose boca abajo para aplastar el dolor que le muerde en las tripas y con el culo sangrante como un botón rojo que mira al cielo.

El ejército infantil se deja pasar revista por le mayordomo lanzándole miradas perplejas de animalucos de jardín zoológico, pero de un jardín zoológico olvidado. La mula va y viene, el jinete busca entre los cachorros espantados algo que pueda llamarse robusto y que no afecte el gusto exigente de ña Blanquita. Los guaguas sonríen; les divierte las prosas de la mula que va y viene. Es

una sonrisa que se tropieza en una disentería, en un paludismo, en una anemia, en unos ojos supurantes, en una boca sarnosa, en una idiotez o en una epilepsia. El chagra no sabe qué hacerse, hasta que, por último, cree que un pingajo sucio, enfermo y deforme es el producto más robusto que sólo pueden dar las bruñas de los Andes.

El llanto que hasta entonces se había manifestado a fuego lento, se enciende de pronto. Las madres se hallan al alcance del hambre de los críos.

Llora uno, lloran dos, lloran todos. Lloran con un lloro largo, que crece desde la garganta de los guaguas echados boca arriba, hasta las copas de los eucaliptos.

Se goza el mayordomo en dominar con su voz aguardentosa el griterío infantil, amenazando a las mujeres:

—¿Por qué no dan, pes, de mamar a los guaguas? Toditos flacos. ¿Acaso no les siente leche, indias perras?

—Jajajay… Indias perras ha dicho —murmura el coro de mujeres. Y una, la más anciana, comenta:

—Mañusus miso son. Nu si acustumbran istar cun buca cirrada. Si nu ca, quine ha di trabajar, pes. Par'isu quidan cun mazamurra y tustadu.

—¡Carajo! Y aura que voy, pes, a shevar a la niña. El niñito ca, shorando quedó por mamar. A la longa de Cachishano ya se le ha secado la leche.

Al oír las palabras del Policarpio, las madres se apresuraron en buscar a sus hijos para exhibirlos con toda la ladinería que requiere la venta del mote en la feria de los lunes. Es que se había regado por la comarca la fama de que a la longa de Cachishano la mantenían alimentándola con comida de blancos y soñaban todas en probar la holgura que envidiaban en aquella india.

—El mío ga… Vele pes… gordito está —afirma una de las madres alzando al guagua hasta la observación minuciosa del mayordomo. Otras se afanan en sacarse los senos y exprimir un hilo de leche que queda enredado en la cara de la mula; la de más allá, procura asear al crío limpiándole los cachetes con el jabón de la lengua.

—A mí’as de ver, pes, patroncito.

—A mí, pes.

—A mí.

—A mí.

Las voces de las mujeres resuenan en medio del campo con alboroto de mercados.

—Yo miso se a cual shevar —afirma el chagra haciendo adelantar a dos mujeres, cuyos hijos tienen apariencia robusta.



—¿Y nusustrus ga?

—Vayan a trabajar. Si no está acabada la tabla de’se lado, verán carajo.

Retorna la angustia entre los pequeños que se sintieron felices por la visita desusada de las madres. Ahora tienen que caer en la angustia de la espera, de una espera que se prolonga hasta las doce, hora en la cual, el sol quema como sinapismo en la espalda de los labriegos, haciéndose necesario sombrear a la orilla del trabajo. Hora en que los taitas vienen a comerse el cucayo de tostado, tumbados sobre el suelo y alelados ante la quietud de las sementeras que reverberan al sol, sin preocuparse del griterío de los muchachos. El cansancio, el sol y el barro que han reventado las manos y los pies, no dan tiempo para pensar en ternezas.

Arde el sol, arde la tierra, arde la sed, arde el cansancio. Una india, sofocada, alza a mirar a las nubes y exclama con voz profética:

—Uuu… Sul de aguas. Tempranitu ha de shuver.

La urgencia se hacía más imperiosa al saber que la leña y el carbón tenían gran demanda entre los cargueros que empezaban a pagar a buen precio para llevar a la capital y a los pueblos vecinos.

Con la primera cosecha y sacándole el jugo al monte, podrá don Alfonso saber de dónde salen los impuestos, de dónde se pagan las deudas.

Con veinte indios de Guamaní y diez de la hacienda, empezaron el trabajo de la montaña.

El tuerto Rodríguez, chagrote picado de viruelas y que observaba a los peones poniendo la cabeza del lado del ojo sano, fue contratado para que se interne a la fabricación de carbón.

—Tenís qu'ir al monte —ordena el Policarpio al Andrés.

—¿Y la Cunshi, ga?

—Tiene que quedarse para ordeño. Como le'as de querer shevar a semejante lejura. Enfermizo… Enfermizo. Ha de morir la india.



—Peru…

—Tiene que quedar para ordeñar, ¿no entendís?

—Peru cumu d'ir semejante lejura. Más mejor en chacracamas dejá pes.

—Sí, carajo. Indio vago. Ya querís pasar todo el día durmiendo, no. El patrón mismo dijo que te vayas mañana, que harto l'estáis debiendo.

Sin esperar réplica el Policarpio se alejó dejando clavado al indio en desesperación desbordante. Lo menos serán cuatro meses los que tiene que estar metido en los chaparros de la montaña; luchando con la garúa, con los ciénegos, con en frío, con el paludismo, con la ausencia de la Cunshi que es lo que más le atormenta. Si pudiera llevarla, todos los demás temores se aplacarían. Pero… "Tiene que quedarse para ordeño". Tiene que quedarse.

—Tenís que quedar para ordeño —afirma el indio cuando la mujer, recogiendo el cucayo para el viaje, se preparaba a ir con él.

—Tenís que quedar —repitió, y antes que la luz mañana sea testigo de una despedida, desangró sus temores metiéndolos por el cansancio de los chaquinianes.

Lamentaciones de una madre *ad-hoc*.

—La leche de esta india no le ha sentado bien al guagua. Está mal del estómago.

—Con gesto agotadísimo de perro que ha hurgado todas las madrigueras sin dar con la presa suculenta que exigía el apetito del amo, el mayordomo, murmura:

—Aura ca, patrona… difícil ha de ser encontrar.

Don Alfonso, acostumbrado a no hallar dificultades entre sus indios, grita con cara y voz de dios colérico:

—¡Carajo! ¿Es que no puedo tener una india lechando?

—Si hay pes, pero los guaguas flacos, flacos están.

—¡Mierda! Que vengan aun cuando se mueran.

Las santas cóleras paternales avivaron la memoria del hombre olor a peras podridas.

—Aurita me acuerdo. La longa Cunshi está con guagua. 

—Entonces que venga. ¿Tiene alguien con quien dejar al guagua?

—No, pes. No se acuerda su mercé mismo dijo que al marido le mande al monte.

—¿El Andrés Chiliquinga?

—Sí, pos. Y el indio perro como se jue de mala voluntad, dizque se viene pes toditicas las noche por los chaquinianos que'l conocer a ver a la mujer y al guagua.

—¿Desde esa distancia?

—Desde esa lejura. Pero onde le trinque verá no más lo que le hago.

—Son insufribles. Bueno, apresúrate en traer a la india.

—Así haremos, patrón.

Anochecía en la montaña cuando los indios, después de haber trabajado bajo una garúa tenaz varias horas —no se sabe cuántas, porque el sol no sale a marcar el tiempo en el único reloj del aborigen, la sombra—, llegaban desfallecidos y chorreando agua por las esquinas de los ponchos al galpón donde pasaban la noche.

La lluvia que arrecia por momentos, el croar de las ranas, el viento que silba en el chozón desvencijado y el silencio de los peones que se van acurrucando uno a uno por los rincones de la estancia, hace más angustiosa la hora, más perdido el paisaje. Se diría ser un reducto desprendido del mundo: gentes confundidas en la neblina, en el lodo, en los zarzales, bajo una monotonía de goteras que arrulla el cansancio.

Se acuestan en el suelo, unos a otros sin quitarse la ropa húmeda, abrigados por el vaho y el olor a redil que quema el músculo. El sueño cae rápido, sueño embrutecedor de la fatiga que da ocasión a los piojos para hartarse de sangre india. El ambiente estancado bajo un techo que amenaza venirse al suelo, se hace irrespirable, fermentándose con el agrio de los eructos y de la suciedad evaporada.

30 Una ráfaga de viento silba atravesando el chozón de parte a parte como alfiler de sombrero. Nadie se mueve; ronca el capataz sobre un poyo, roncan los indios sobre el suelo. El Andrés, aprovechando las tinieblas que borran contornos y el lodo que suaviza el ruido de los pasos, se aleja; nadie sabe por dónde.

Después de dos horas se le siente abriendo la puerta del hogar que ahora la encuentra amarrada con un cordón de cabuya, con un cordón que al abrirle le anuda un temor.

—Cunshi. ¡Cunshiií! —golpea en la oscuridad. Va al jergón, sólo el cuero de chivo y el poncho viejo se amontonan muertos de frío. Se prepara a formular una queja que, a ciencia cierta, no sabe cómo empezarla o cómo decirla, por más que sus ademanes desquiciados parecen ocultar una angustia grande. Se queda haciendo equilibrios en las tinieblas, inmóvil, viéndose llegar a la puerta de la casa de hacienda con las manos en alto, viéndose que echa abajo la puerta cerrada por los patrones, viéndose frente al cura, que le pide plata para darle consejos cristianos. Estas visiones las siente con la certidumbre del niño perezoso que sueña haberse levantado para irse a la escuela. Cuando se dio cuenta, se encontró clavado en las tinieblas.

¿Dónde se han metido su mujer y su guagua? Tal vez en alguna choza zancuda, cuidando los sembrados, cuidando el ganado, cuidando las trojes.

¿Quién les ha mandado? El patrón, el teniente político, cualquiera que sea pariente o amigo del amo, cualquiera que tenga la cara blanca y sepa leer en los papeles.

Más… ¿Por qué inquiría tanto? No debía decir nada. ¿Quién era él para gritar, para preguntar?

La respuesta encontró apenas la luz mañanera, que daba forma a las cosas. Por la garganta de la montaña alcanza a divisar una centena de indios que, arreados por el mayordomo, van seguramente a la minga de la quebrada. Todos los meses, es la misma historia: el agua se atora allá arriba y es menester limpiar el cauce para que no disminuya el caudal de regadío y, sobre todo, para que no se estanque. En invierno, los fuertes deshielos y las fuertes tempestades de las cumbres abrirían estorbos y diques, soltando las aguas que, al precipitarse en el valle, arrasarían con los animales y los huasipungos de las orillas.



El indio, al contemplar la marcha de los compañeros, sintió vagamente el empujón de las costumbre que le llevada al trabajo, como si tras él fuera el mayordomo ahijándole con el acial.

Llegó tarde al monte. El capataz, después de cobrarse la tardanza propinándoles con una tunda de patadas, le amonestó:

—Pero rosca bruto, cómo has d'ir pes a dormir en la porquería de la choza en lugar de quedarte aquí, más abrigado, más racional. Si a éstos nu'ay cómo civilizarles. Aura tenís que esperar hasta que acabe de curar a estos roscas que les ha sacudido los fríos para que vayáis con ellos al desmonte de los arrayanes.

A mediodía, una vez respuestos los palúdicos, el Andrés fue con ellos, pensando en la forma de huir al huasipungo: "india bruta cómo se'a d'ir dejando todo abandonado: las gashinitas, el maicito, las papas… Sólo el perro no parece".

—Aura qué comeremos —murmura en voz alta.

—Nu tendrás pes cucayo —contesta uno de los indios que sufrió la curación del tuerto Rodríguez.

El Andrés, esquivando toda contestación, se metió al trabajo. Su furia se tira en hachazos certeros sobre los troncos de los árboles. Tiemblan las ramas y el temblor se desborda por las copas en lluvia de hojas verdinegras, de gusanos cerdosos, inofensivos pero repugnantes.

¿Dónde estarán? ¿Cómo irse? La conciencia se estrella contra los muros de la realidad haciendo crecer el despecho que se clava cada vez más fuerte en la rama de un arrayán tendido.

Alza a mirar el paisaje nublado, donde no se ve nada, con ojos de mula que otea la querencia después de haber hecho una jornada con carga.

Va terminándose el tronco del arbusto y el coraje del leñador va cayendo en el letargo de los que dejan arrastrar por la corriente. Ya no formula preguntas. Levanta el pie para ponerle sobre una rama que parece resistir a los golpes del hacha, al mismo tiempo que en son de desafío masculla: "No ti'as de burlar de mí, carajo". Y con los dedos prendidos en la madera y el hacha alzada, se queda unos segundos calculando el punto del golpe certero.



—Tuma, caraju —grita dejando caer el arma, con ademán de que firma su deliberación. El hacha por acto fallido se desvía unos milímetros, cayendo sobre el pie que lo parte y quedándose clavada en el tronco rebelde.

—Ayayay, caraju… —grita horrorizado viendo la sangre que salta como pila, pero se calla sintiendo que el dolor psíquico se le va por la herida. Este pie mutilado es el único pie que le podrá llevar cerca de la hembra.

Pronto aparecieron los compañeros. Uno, el más entendido, exclamó:

—Alguno de vustedes, bajen pes a quibrada a trair puquitu ludu pudridu para que n'uentri in mal pierna.

Un longo corrió en busca del medicamento.

—Dicí que traiga brivi vi…

La medicina viene entre las manos del comedido escurriéndose en baba fétida, lodosa.

—Ujalá istí bien pudriditu.

—¡Caraju! ¿Que van pes, a curar? —interroga furioso el capataz que llega a tiempo de demostrar sus habilidades de buen capataz y de buen curandero.

—Nada, pes, patrón. Pie qui si judiú nu más el Andrés. Tuditicu hechu lástima.

El retablo de gestos compasivos que rodeaban al herido animaron las habilidades del chagra.

—Ya dije yo; algo ti'a de pasar. Con esa mala gana que venís al trabajo. Taita Dios ti'a castigado, pendejo. ¿Qué l'ban a poner?

¡Lodo! Qué's pes, ni que jueran a tapar caño. Ve vos José Tarqui, anda verís si'ay telas de araña en el galpón. Eso es como la mano de Dios. Trairás bastanticas. Corré. Y aura ca vos no'as de poder pararte.

—Si'e de parar no más.

—¿Pero después ca? Te jodiste. Ya te quedaste del cojo Andrés.

La indiada comentó el chiste con un susurro de voces quichuas que dejaron desairada la fama del dicharachero mestizo. 

El longo recomendado volvió acezando y con las manos llenas de pringosas telas de araña.

—Era de que veas unas gruesitas.

—Esticu nu más hay —afirma el José mostrando a la concurrencia las pequeñas redes empapadas en todas clase de suciedades.

—Con esto te'as de sanar —murmura el tuerto, colocando, con seguridad de médico que venda la herida con gasas desinfectadas, las telas sucias de araña sobre el cuajarón sanguinolento. Luego alza a mirar en busca de una tira que sujete la medicina.

—¿Onde hay un trapo?

—Nu' ay.

—Nu' ay.

—Carajo. Nu'ay… Nu'ay, indios descomedidos. Cuando se estén yendo al infierno tan… Nu'ay… Nu'ay, ha de decir taita Dios —y abalanzándose a un indio, que arrimado en el mango del hacha contempla la escena, le arranca una tira de la cotona color fregón de pisos, aprovechando un desgarre hecho por el tiempo. Se levanta un revuelo de risas por la cara que ha puesto el agredido al mirarse el ombligo por la larga ventana que dejó abierta en la cotona la urgencia del curandero.

—Uuu… Pupo al aire —exclama alguien.

—Pupo al aire —comentaron todos entre risas entumeciendo la confianza del hombre arrimado en el mango del hacha. Hay algo de aturdimiento en aquellas risas que se quedan truncas, apenas el capataz se yergue con un chasquido de fuete en la mano.

—Basta de risas. A trabajar, longos vagos. Todavía faltan dos horas para que oscurezca. Aura vos, como no'as de poder hacer fuerza, entrate no más por la quebrada a recoger hojas

verdes que están hacienda falta arriba para tapar el carbón que se ha de quemar mañana.

Como el Andrés se quejara al querer ponerse de pie, el chagra, hábil director de indiadas, le ayudó calzándole las andaderas de un par de fuetazos, y excitándoles la hombría le gritó:

—Ya te vais a'cer el guagua, ¿no? Indio maricón.

Al día siguiente, el mutilado sintió un latir constante en la planta, como si el corazón se le hubiera bajado al pie. Le dolía la ingle al caminar. El calzón de liencillo, de ordinario humedecido por la garúa, se secaba más pronto en la pierna enferma.



A la mañana tercera se despertó sofocado en calentura, quiso levantarse, pero quedó tendido en el suelo quejándose como borracho. Cuando llegó el tuerto Rodríguez la eficacia del acial quedó burlada.

—¡Carajo! Hay que ver lo que tiene este indio vago.

A todos los peones que observaron la inutilidad de un castigo infalible hasta ese entonces, les picó la curiosidad de palpar ese dolor tan fuerte que eclipsaba al acial. Y un pariente del Andrés, el indio Isidro Chiliquinga, acercándose al enfermo, abrió la venda que, al desenrollarse, desenrollaba una fetidez de carne descompuesta, de carroña. Al final sólo quedó una llaga supurante que parece tener vida autóctona por moverse sin orden previa. Quedó confundido el mestizo, buscando el diagnóstico en las caras indias que se miraban una a otras.

—Agusunadu cumu pata de mula está tuditicu —murmura el pariente aplastando los contornos de la infección. Se escurren pequeños gusanillos que hierven en la llaga fétida.

—Bajenlé no más a la hacienda —ordena el tuerto, metiéndose su sabiduría entre las piernas.

El Isidro Chiliquinga le cargó y metiéndose por el monte dejó atrás el clamor del acial que roncaba sobre las espaldas de los palúdicos.

La primera visita fue la del mayordomo que quería convencerse de la verdad: "a mí no me hace nadie pendejo" piensa al entrar en la casuca de paja acompañado por un indio curandero.

Se agachan sobre el cuerpo que late con un quejido angustioso. El indio que iba a certificar la enfermedad, después de acelerar los quejidos con fuertes aplastones en la pierna hinchada, lanza su opinión, mezclándola con ademanes misteriosos:

—Istu ca, brujiadu es.

—Curá pes. Vos tenís que quedarte aquí, no vis que la Cunshi no puede venir, está dando de mamar al niñito —comenta el mayordomo con temor supersticioso por haber dudado del maleficio que sufría el Andrés.



—Lueguito voy a sacar la brujería con hierbitas. Esperarís hasta volver di quebrada.

—Andá breve.

El temor del Policarpio crece de minuto en minuto hasta obligarle a salir corriendo. "Brujiado... Brujiado" piensa. Es algo que ni el cura sabe de dónde viene. Volcó sus temores sobre la montura y se alejó por el llano.

De las voces que le llegaron al enfermo a través de la fiebre sólo le quedaba una, pegada en ilusión auditiva como se pega el amor seco al poncho cuando se revuelca en el potrero. ¡Cunshi... Cunshi! Creció hasta taparlo todo.

Al volver el curandero cargado de hierbajos encontró al Andrés en mitad de la choza, quejándose desesperadamente.

—Cashariste, nu.

El experto espantajo de embrujos hace una fogata de boñigas secas de vaca, mete las hierbas en la olla de barro donde la Cunshi sabe hacer la mazamorra, y prepara el cocimiento que siempre le ha dado resultados espléndidos.

Mientras atiza la lumbre va murmurando palabras de su invención que saben espantar los males del demonio. Una vez en su punto el conocimiento, coge la pierna herida, le abre la venda y, con los labios en ventosa, se aproxima al pie mutilado que chorrea pus y gusanos; besa en plena llaga, con beso absorbente que le llena la boca de materias viscosas, de materias movibles que le hacen comezones en el paladar y debajo de la lengua. El enfermo se retuerce en una vehemente convulsión; en ese momento debe

haber sentido como si le succionaran hasta las fibras más delicadas del celebro. Dio un grito y se quedó inmóvil.

La ventosa se hace más fuerte. Brilla en las pupilas del curandero un chispazo de triunfo. En todos es lo mismo: para salir el mal deja inconsciente a la víctima. Él ya sabía eso. Sabía que a su chupeteo no se han resistido ni los males bien enraizados.

De un escupitajo vació la boca y, para que no quede ni rastro de contagio en él, se limpió con el revés de la manga residuos babosos sanguinolentos que le colgaban de las comisuras de los labios. Examinando el esputo, murmuró en alto voz:

—Conmigo ca se equigüeycan, carajus.

Aprovechando la inconsciencia del paciente, se apresuró en terminar la curación, hundiendo el pie enfermo en la olla del cocimiento que todavía humeaba.

Fue necesario repetir quince días la misma operación para que se cicatrice la herida; no obstante, el Andrés quedó cojo.

Cojo inútil; pero la caridad del patrón y los buenos sentimientos de la ña Blanquita han conseguido dejarle en el huasipungo, y, lo que es más halagador todavía, darle trabajo de chacracama hasta que esté bien curado.

—Subido en la choza sancuda sólo tendrá que pasarse todo el día y toda la noche cuidando la sementera; es cosa que hacen los niños de ocho años, pero, en fin, ya que le ha pasado esta desgracia se le tendrá que soportar hasta ver qué se hace con él —afirmó don Alfonso.

—Y hasta que se críe el guagua. Le ha sentado la leche de la doña —continúa doña Blanca.

—Buena es la india.

Sobre una choza clavada en la mitad de un maizal pasaba el Andrés día y noche sacando a la puerta los mejores gritos espantapájaros. Apenas tiene un descuido, bandadas de loros con su mimetismo verde se diluyen en el sembrado.

—¡Eaaa…! —espanta el inválido desde su sitial de atalaya. Los loros asustados pensando que sus gritos se les han caído del buche para ir a robustecer el grito del hombre.

Una noche, ya muy tarde, los indios de los huasipungos de la loma, oyeron un tropel de pezuñas pasar para el bajío. Era el ganado que, rompiendo el cerco de la talanquera, iba en busca de un atracón de hojas de maíz.

Desde el montón de silencio y tinieblas que era la noche sacó la cabeza un grito.

—Dañiuuuu... Gaciendaaaa.

Voces que bajaban dando tumbos desde la loma, despertando al paisaje dormido.



A pesar del esfuerzo, la cojera le impidió al Andrés acudir a tiempo. Se le hizo tan difícil sacar esos animales que se ocultaban en el menor pliegue de la noche; su herida, recién cicatrizada, se le abrió.

La curiosidad que imprimía en el valle aquel *match* de gritos despertó a don Alfonso, el cual, tomando la arrogancia de los generales en campaña, se echó un poncho sobre los hombros y salió al corredor. Hizo levantar a toda la servidumbre de la casa y ordenó en ayuda de los chacracamas. Mañana será día de castigos.

Arrimado a uno de los pilares del corredor pasó gran rato pensando en la hazaña que acababa de cometer: levantarse a medianoche, eso sí que era inaudito. Propio de un hombre trabajador como él. Ya tenía para vanagloriarse en las charlas de club, en las reuniones de taza de chocolate, en la sociedad de agricultores, de la cual forma parte. Se hizo la ilusión de ver a sus compañeros agricultores, escalofriándose ante la narración de este acontecimiento, porque para él era un acontecimiento. Les diría que se sintió perdido en la negrura de una noche serrana, que es más terrible que perderse en la blancura de los hielos polares.

"No cabe duda —piensa—, soy el hombre más trabajador de la comarca, la cabeza de la gran muchedumbre de trabajadores, el guía, la antorcha... Sin mí... Sin mí no habría nada".

Le acometió un deseo irresistible de ir a compartir el triunfo con su esposa. Al pasar ante la puerta donde dormía la Cunshi, un cosquilleo en el bajo vientre le hizo detenerse. Pegó la oreja a la cerradura, el roncar de la india le inyectó vehemencia juvenil. Nadie sabrá. Y... ¿Qué? ¿No era acaso el dueño? ¿Acaso no

estaba acostumbrado desde niño a ver la aceptación de todos, cuando desfloraba a las indias servicias que le llevaban por las mañanas a la cama la leche recién ordeñada? Empujó violentamente la puerta. Ahora sí que daba pinos en la negrura de un cuarto saturado de olor a dormitorio. Cuando la Cunshi se enderezó en el jergón acomodado a los pies de la cuna del niñito y quiso pedir socorro, la voz del amo clavó el grito. El hombre,

tembloroso de ansiedad, palpa destilando lujuria, la carne de la hembra. Todos los sentidos se le concentraron en una sola forma: sexo. La Cunshi, llevada del primer impulso instintivo, quiso defenderse, pero tuvo que estrangular el propósito porque las manos que la estrujaban eran las manos del hombre Dios, del hombre que todo lo podía en la comarca.

—¡Gritar! ¿Para ser oída de quién? ¿Del Andrés…? ¿Del guagua que duerme a su lado…? Se le atragantó un amargor en la garganta. Cerró los ojos y sintió que se le humedecía la nariz. Sin pronunciar una sola palabra aguantó el peso del macho, dejó hacer.

Al levantarse don Alfonso, dejando a la hembra dolorida en las caderas, refunfuñó:

—¡Oh! ¡Qué asco! Son unas bestias, no le hacen gozar a uno como es debido. Se quedan inmóviles como si fueran vacas muertas. Está visto, es una raza inferior.

Cuando volvió la Cunshi al huasipungo, el Andrés le miraba de reojo la barriga. Ella, comprendiendo los temores, hacía todo con despreocupación para infundir confianza en las sospechas del marido, y, sin miedo, le mostraba su vientre chupado como negación de malos presentimientos.

De nuevo el invierno se acerca a pasos de gigante, aun cuando en estas regiones las estación lluviosa tiene durante todo el año su representación: la llovizna perenne.

La familia Pereira resolvió volver a la Capital. Doña Blanca y Lolita creían todo subsanado; en cambio, don Alfonso, no sabía cómo empezar el informe de sus trabajos pro explotación de madera en el Ecuador.

—No te apures —consolaba doña Blanca.

—¿Y qué digo?

—Lo que has hecho: darles comprando todas las montañas de Oriente por una bicoca. En tres años no se podía hacer más.

—¿Y el carretero, y los huasipungos, y todo…?

—Se hará después. Vuelves tú solo y empiezas los trabajos. Tienes para pagar parte de las deudas y parte de los impuestos. Tus negocios han ido bien en esta última temporada.

De esta forma siguió hablando doña Blanca tratando de convencer al marido. Estaba visto, lo que ansiaba la jamona era volver a la ciudad, volver a las novenas de la Virgen de Pompeya, a las joyas, a la amigas, al padre Uzcátegui; así se hizo, y a la semana de haberse saturado de vida capitalina, y haber recibido nuevas ordenanzas del tío Julio y compañía, el buen terrateniente, custodiado por dos indios y sobre la Negra, se metía por la carretera del Sur. 

Después de media hora de caminata y cuando el sol se encaramaba en las jibas de la cordillera, la ciudad era para él un recuerdo y las disposiciones impartidas por los exploradores de la madera, una preocupación.

Entró al pueblo con la tarde; y la Juana, que en ese momento vendía en el corredor chicha y treintaiuno a una docena de indios sentados en el suelo, le recibió con un elé de sorpresa.

—Jacintooó. Ve, el señor está aquí. Y solitico ha venido, ¿no?

El chagra, dejando el pucho de cigarrillo en un rincón del mostrador, salió de la tienda presentando el gesto más alegre que le permitía su cara tostada y sebosa.

—Baje pes, señor. Tómese un canelazo. No le vaya a coger el páramo.

—Gracias, hijo. Pero antes de nada, mándale con tu guagua decirle al cura que venga un ratito a tomarse un fuerte.

—Lo que usted diga, señor.

—Que's pes… Hacele entrar. Qui'an d'estar en el corredor hablando —invita la chola.

Se instalaron en el cuarto que servía de dormitorio a la familia Quintana. Una pieza con estera, tapizada con periódicos e ilustraciones de revistas, todo amarillo por el tiempo. A

la cabecera de la cama se alza un altar de la Virgen de la Cuchara rodeada por un centenar de estampas de santos, regalos exigidos por el Jacinto en las farmacias cuando bajaba a Quito por remedios para revenderlos en la tienda.

—Siéntese, pes.

—Aquí en la cama me parece mejor; con eso, si se chuma, no'ay necesidad de nada.



—Jajajay. Qui'a de chumar pes —afirma la mujer, entrando con un plato de tortillas y fritada con bastante ají.

—Elaqui… Píquese. Chicha ca, nu'a de querer.

—Me hace daño.

—No pes de la chicha de los indios fermentada con zumo de cabuya. De la otra, de la de morocho.

—Mejor me sentaría un vasito de cerveza, el ají está retieso.

—Cómo no pes, pero sólo tenimos Mona. La Campana fermenta corriendito, y como aquí se vende un derrepente. Mejor tome una copita para que no le patee el puerco.

—Gracias. Pero… Diles a los indios que están esperando afuera que se vayan no más, pero que me dejen la mula.

La figura risueña del cura viene a poner una nota familiar y bullanguera en la conversación.

—Hola, don Alfonso. Qué dejó por eso nuestro Quito.

—Nada de interesante. Bueno, ¿qué fue de la copita que me ofrecieron?

Marido y mujer salen corriendo, como si se disputaran el honor de servir al amo.

El latifundista se pone a repartir copas con desprendimiento de repartidor de programas. Sube la voz de tono en alas de alcohol. Don Alfonso plantea el problema del carretero.

—Nosotros somos los únicos capaces de hacer esa obra. Usted desde el púlpito y tú desde la Tenencia Política, deben empezar, cuanto antes, esa labor patriótica, para congregar en un momento dado todos los brazos del pueblo. Yo, de mi parte, daré los indios de mis propiedades. Estoy seguro que en tres semanas tendremos carretero. El Ministro me ha ofrecido prestarme un ingeniero, dado el caso de que esa labor cultural se lleve a efecto.

Si no procedemos en esta forma, el pueblo no podrá dar un paso en la civilización. Pero…, tomen —terminó don Alfonso al notar que la atención de los oyentes se había dejado prender por el discurso y la dipsomanía babeaba sobre las copas.

—Salud.

—Salud.

—Ya es hora de darles vida a los moradores de estas regiones. Los caminos son vida para los pueblos —esto lo había leído en alguna parte.



Como se sintiera henchido de orgullo por aquella frase, la rubricó con un movimiento brusco de la mano.

—¿Pero sería posible hacer veinte kilómetros de carretero, que es lo que nos falta, sólo con mingas? —objetó el cura.

—¡Oh! Entonces usted no sabe que la carretera de San Gabriel a Tulcás fue hecha en cinco mingas, y hoy en día esas regiones han ganado un cincuenta por ciento. Por una pequeña hacienda que tiene un pariente mío por eso lado, le acaban de pagar cincuenta mil sucres.

—¡Magnifico! —exclamó el cura destilando alegría, no por la labor que iba a imponerse, sino porque le acometió de improviso una idea suculenta: "Al iniciarse los trabajos haría una fiesta solemne, y otra en acción de gracias terminar el carretero. Hace mucho tiempo que no hay un priostazgo sonado, de los de a cien sucres la misa". Antes que se le evapore el proyecto, continuó:

—Podemos empezar en el verano próximo, para la fiesta de la Virgen de la Cuchara.

—Lo que usted diga y cuando usted quiera —contestó don Alfonso, guiñándole el ojo picarescamente.

—No… No es por nada. Así los indios y los chagras se sentirán protegidos por la Santísima Virgen y trabajarán con mayores bríos.

—Cura bandido… ¿Y los cien sucres que han de tener que aflojar los indios destinados para el priostazgo?

—Pero claro; la fiesta no se va a llevar a efecto de memoria. Como tampoco el carretero…

—Ja... Ja... Ja... Ja... Con tal de que el prioste no sea de mi hacienda.

El Jacinto Quintana sintiendo desairada su patriotera, intervino:

—Y aura yo, ¿cómo he de ayudar pes?

—Tú serás el recolector. Tú cosecharás lo que taita cura siembre. Serás el recogedor del ganado. Ja... Ja... Ja... Reúnes a

los braceros de buenas o de malas... Eso es cuestión tuya.

—¿Pero yo solitico?

—Pendejo... Tienes que buscar el momento oportuno. Por ejemplo, en una feria.

—Cierto, no... —concluye el chagra como si se le hubiera presentado la verdad en la punta de la nariz.

Lo que hay de terrible en las reuniones donde se bebe aguardiente por botellas son las ideas obsesivas.

La Juana entró con la última limeta de trago, mientras don Alfonso interrogaba:

—¿Cuántos creen que irán voluntariamente a la minga del carretero?

—Bastantes —contestó el cura en tanto el Jacinto ordena a la mujer prepare una agua de canela.

—¡Pero cuáles! —grita la borrachera de don Alfonsito.

Empezaron a danzar como en escenas superpuestas de cine, los moradores de la comarca: el viejo Calupiña, despostador de borregos, el Melchor con sus dos hijas buenas mozas, el Cuso, el telegrafista, el Timoteo, el encorvado maestro de escuela que vive riéndose de los gallos del señor cura porque su pintadito se ha ganado cinco peleas, el mono gritón que vive quejándose de dolor de espalda, el José Santiana, tejedor de alpargatas, que fue chapa en Quito pero que tuvo que volver a la shacta porque se vio enredado en no sé qué lío con la cocinera del señor Intendente; el manco Conchambay que, cuando el famoso pleito de las aguas del pueblo, se encaró con los soldados que vinieron a defender al amo —su valor le ha costado el mote que hoy lleva: el manco—, el cojo Amador que tiene la tienda de pan y harina, los hermanos Ruata, con su fama de intelectuales.

—Cuáles más —insistía el terrateniente.

—Salud —contestaron el cura y el Jacinto hasta recordar más nombres.

—La Miche con su hormiguero de hijos.

—El ojos de gato con la mujer y el cuñado que ha venido con mercaderías de tierra arriba.

—¡Más!

—El abuelo Juan.



—Los indios del barrio de Caltahuano.

—¡Carajo! ¿Cuales más? —insistía el terrateniente cada vez con mayor impaciencia en la voz.

—Los niños de la escuela.

—Faltan —gritó don Alfonso dando un manotazo en la mesa y derribando la botella vacía. El grito asustó a los bebedores, que parecían haberse prendido en las solapas del representante de Dios y del representante de la Ley para sacudirles como a chicos mal educados.

—¡Faltan, carajo! —repitió el amo encarándose con la timidez de aquellos dos hombres que se esforzaban por sonreír para calmar la ira del señor.

—Los indios —murmuró el chagra con miedo de meter la pata.

—¡Más…!

En la pausa se acelera el temor del cura y del teniente político; la bujía, con pequeños chisporroteos, alumbrada los ojos vidriosos del hombre-amo con reflejos metálicos. Ante la pausa desesperante, don Alfonso va metiendo la cara sobre la mesa para influenciar de cerca la estupidez de sus acólitos, que no podían adivinar quién faltaba en la serpiente interminable de lacayos que se arrastrarán voluntariamente a horadar los despeñaderos, a secar los páramos, a partir las rocas, a sembrar a campo travieso, a fuerza de minga, un carretero que no lo han podido hacer ni las fuerzas de un Gobierno.

—¿Cuáles? —masculló en voz baja como hipnotizador cansado.

Aburrido de jugar con el silencio, arrebató de una carcajada la desesperación de los dos hombres…

—Ja… Ja… Ja… ¿Y ustedes no se cuentan? ¡Ricos tipos…!

—Pero claro, pes.

—Naturalmente, nosotros iremos a la cabeza.

—Eso es lo que quería oír de sus labios —balbuceó el terrateniente con aire de triunfo y levantando la botella hasta los ojos, interrogó al chagra:

—¿Qué, no hay más?

—Los tres litritos que tenía ya se acabó, pes.

—¡Oh! Yo no me quedo picado. Ve, coge mi mula que está afuera y andate a la hacienda. Decile al Policarpio que me mande una de esas botellas que tengo en el armario del comedor.

—Entonces, voy corriendo.

El cura y el terrateniente sólo esperaron que la noche se acabe de tragar los últimos pasos de la mula, para mirarse con una vieja complicidad. Un guiño hacia la cocina donde estaba la Juana. Una mueca cortés que parece decir: usted primero. Se levanta don Alfonso tambaleándose y al cura se le retuercen cosquillas libidinosas en el bajo vientre.

En la cocina, alumbrada por una vela de sebo pegada a la pared del fogón, la Juana aviva el fuego soplando en un fucunero. Sus cachetes están más rubicundos y sus ojos más encendidos. Don Alfonso cae sobre ella dando traspiés. Sin más preámbulos le mete la mano por debajo de los centros.

—¡No así…! ¡Ha de ser lo mismo que otras veces!

—No seas tonta, déjame. Si te quiero.

La boca babosa del borracho cayó sobre la nuca en un beso.

—¡Tonta, si eres tan rica!

Después de todo, a la mujer, le parecía indiferente. Sintió en el cuerpo una debilidad y se dejó caer sofocada por un aliento macho y por un viejo recuerdo. Era inútil ofrecer resistencia; tenía tan presente la primera escena cuando de moza, una tarde que bajaba a comprar semilla en las trojes del amo, se encontró con don Alfonso en mitad del decampado. Él era fuerte, más joven y más hombre que ahora, le preguntó a dónde iba y, sin más comentarios, le metió la mano con esa impetuosidad que hasta ahora le queda; ella dio un alarido defendiendo con ambas manos el sexo;

él era más fuerte y la tumbó al suelo. Se revolcaron en un campo de tréboles. Ella, rabiosa, le daba con los puños en la cara, mientras él le estrujaba los senos, le hundía las rodillas en el pudor virgen que aprisionaban furiosamente las piernas. Pronto las fuerzas femeninas cayeron en una furia de imposibles. Lloró, suplicó, se mordió los labios hasta hacerse sangre, pero aquello excitaba más y más al macho que, atenazándola con su peso, desgarró su vida. Se abandonó a esa fuerza que hurgaba su cuerpo, a esos labios que babeaban sobre la boca, a esas manos que le estrujaban los senos. Ni siquiera pudo morderle, porque todas las fuerzas cayeron en la postración del náufrago que se deja arrastrar por la corriente, por la cual se dejaban arrastrar todas. Cuando él se había ido dejándola tendida entre los tréboles, se levantó con la visión de aquel hombre, una visión que tenía fuerza de arrastre, una visión odiosa a la cual se le tiene que ocultar porque así lo dicta su timidez. Y desde entonces, deja hacer, deja arrastrarse.



Después del amo vino el cura, aun cuando un poco más repugnante, pero sólo hacer el amor con mimos de chiquillo mamón.

Cuando la Juana probó a levantarse, disimuló con una sonrisa la vergüenza que le hicieron sentir los ojos del más pequeño de los hijos, que había estado espectando la escena desde un rincón de la cocina.

Era necesario velar por los intereses particulares. Siempre fue un despreocupado; siempre se mostró impasible, no le gustaba embarrarse haciendo averiguaciones por unos sucres de más o de menos. ¡Oh! Pero ahora, ahora era un hombre de negocios, un hombre que sabía exagerar el valor de la iniciación agrícola que había en él, y por eso, cuando montaba en la Negra para ir, todas las mañanas, al pueblo a aligerar los trabajos de propaganda pro minga carretero, lo hacía como actitud firme y soberbia de hombre de negocios. En sus miradas largas, perspécticas, hacia el horizonte económico de aquel año, habían esperanzas de grandes cancelaciones.

La proposición que le hiciera su egoísmo —él le llamaba: “plan reconstructor de una familia que está en vísperas de hacer

equilibrios"— le pareció de perlas. Sembrar todo lo que puedan preparar los indios trabajando desde las cinco de la mañana hasta las seis de la noche. Si la cosecha es buena, llevarla íntegra a la ciudad, hasta ese entonces, el carretero estará terminado. Así podrá pagar parte de la deuda al tío Julio, viniendo a quedar de socio activo y efectivo en el negocio que se avecinaba.

El amo y el mayordomo, caballeros en sus mulas, iban por el camino que conduce a la ciudad discurriendo acerca de las próximas siembras.



—Ya me has oído, a mi regreso tengo que encontrar todas las laderas perfectamente aradas.

—Pero yuntas no entran pes en ladera, patrón.

—Sí, ya lo sé: el terreno es fuerte y la pendiente es dura. Hay que meter indios con barras y hacerles cavar lo más hondo que se pueda.

—Y aura lo que tengo tan necesidad de los indios para ir a limpiar el cauce del río.

—Ir a pasar el tiempo no más es eso. Se hará más tarde. Después de la siembra.

—Y si se atora ca…

—Ya te he dicho, se hará después. Yo me demoraré en la ciudad a lo más unos quinces días arreglando en el Ministerio la cuestión de los ingenieros que tienen que venir a trazar el camino. A mi vuelta espero hallar todas las laderas aradas.

—Oyé, patrón. ¿Mejor no sería aprovechar el terreno del valle no más?

—¿En dónde? Sólo que sembremos la miseria del otro año. Ahora necesito una doble producción.

El patrón, como si quisiera ganarse la voluntad del mayordomo, terminó señalándose más arriba de las cejas:

—Estoy hasta aquí con las deudas… Estos indios puercos que se han cogido para huasipungos los terrenos más fértiles de las orillas. Pero, carajo, ya me oíste lo que les dije: "Para el otro año me desocupan todo y se van a levantar las chozas en el monte, allá tiene terreno de sobra…" Se han creído que yo soy taita, que yo soy mama… ¿Qué se habrán creído, estos indios pendejos?

—Eso ca... difícil ha de ser, patrón. El difunto patrón grande tan quiso sacarles, y los roscones se levantaron queriendo matar, diciendo que no les han de quitar la tierra.

La indignación de don Alfonso subió de punto, él sabía lo arriesgado de la empresa exigida por los gringos, pero sabía también —desde siempre— que su voluntad era omnipotente con la indiada. Sin poder aplastar futuras contradicciones, se dejó invadir por una ira que le florecía en la nariz en forma roja.



—¡Oh! ¡Mierdas! Conmigo se equivocan.

¿Cómo? He aquí la cuestión. He aquí la cuestión que el mayordomo ponía en duda con su silencio taimado que exaspera al Dios de las serranías.

Sobre una sucesión de fruncimientos convulsivos de los párpados y en un erguimiento total de su figura de hombre trabajador, cayó, cual rayo, la solución.

—¡Carajo! ¡Ya está! No vuelves a limpiar más el cauce del río... ¿Me entiendes? —ordena el terrateniente con voz y gesto que da miedo no obedecerle.

—Así quedan subsanados todos los problemas: los míos, los de los gringos, todos...

Cuando ya no le sobraban órdenes en las alforjas, despidió con una mueca a la compañía del Policarpio y se metió al trote camino adentro para no pasar muy tarde el páramo.

Ruata hermanos, por orden del cura y del amo, organizaron una junta pro mingas carretero.

Las reuniones se efectuaban todas las noches en la trastienda del estanco del Jacinto. Se había logrado entusiasmar a la población, pulsando en las cuerdas de la patriotería y en viejas rivalidades con el pueblo vecino.

Las borracheras que la junta se pegaba de vez en cuando, le dio prestigio, le dio popularidad. Los chagras acudían en masa con sus ahorros de dineros. La junta así lo exigía. Casi siempre se armaba la farra con la primera botella que los hermanos Ruata y el Jacinto apostaban a la baraja. El resto venía de suyo. Gritos,

vivas, discusiones, proyectos, puñetazos, botellas voladoras, disolución a las tres o cuatro de la mañana.

También el cura, después de cada misa, sermoneaba a los feligreses restañándose las comisuras de los labios húmedos de partículas de Dios.

—Por cada barrazo en esa obra magna tendrán cien días de indulgencia, el Divino Hacedor sonreirá a cada metro que avance la carretera y echará sus bendiciones sobre este pueblo.



Los oyentes en su mayor parte indios cuajados de suciedad, piojos y harapos, se estremecían hasta los tuétanos figurándose la sonrisa de taita Diosito. Harían no sólo un metro, harían kilómetros para que el Dios ría a carcajadas.

Generalmente la plática terminaba con ese tono perentorio que sabe poner a flote el subconsciente:

—La minga será unos días antes de la fiesta de la Virgen. Don Isidro del pueblo será el prioste para empezar los trabajos. Fiesta solemne en la cual pediremos a Dios y a su Santísima Madre el permiso y las bendiciones necesarias para ser ayudados en esa obra de titanes. El Cabascango de la orilla del río será el prioste para la fiesta total en acción de gracias que celebraremos después de terminado al carretero.

Una mañana despertó el pueblo con ganas de hacer algo gordo.

De seis a siete hubo misa de a cien sucres, con la banda del pueblo, con mujeres que lucían blusas compradas en el Comercio Bajo, con chagras que se han echado sobre los hombros el poncho de etiqueta, con indios vestidos con la postura de Corpus, con guaguas simulando ángeles y que se desmayan bajo el peso de las alas de hojalata, orgullosos de sus rizos esmirriados hechos a fuerza de paciencias por la mama que tuvo que luchar casi toda la noche contra una naturaleza rebelde, con mucho incienso, con mucho chagrillo, con sermón largo que hacía más asfixiante el aire de la iglesia.

A las ocho, por todas las calles que desembocan en la plaza, vienen indios y chagras con cargas a la gran feria. El murmullo

de los vendedores y compradores llega a la congestión en medio de una danza epiléptica de colores.

—Elaqui las papas.

—Elaqui el maíz.

—Elaqui la carne.

—Sheve pes caseritó.

—Via estas ricas papas.

—Compadrito, que si'aycho, pes.



—Via, casera, tome la probana.

—Ve, doñita, veni tomá, te'de dar yapando.

Los compradores se enredan en el entretejidos de gritos, de ofertas, de solicitudes, de exhibiciones, de cuchicheos; se aturden como un disfrazado en una red de serpentinas sonoras.

Hay un oleaje de cabezas, un oleaje de espuma de sombreros indios.

Zumba la multitud con salpicaduras de rebuznos y lloros de guagua tierno.

Gritan los que venden, gritan los que ofrecen, gritan los que compran. Gritan los colores de tonos subidos de los ponchos, de las macanas y de los anacos en los ojos. Grita el sol, con grito sudorífico.

El señor Ingeniero, don Alfonso, el cura, los hermanos Ruata, el Jacinto y los chagras que tienen nombramiento de policías forman el estado mayor, contemplando al lago congestionado de indios, de gritos, de colores, de sol, de mercaderías.

—Hay que ponernos en las cuatro esquinas de la plaza para que no se nos escape ni uno. Los indios ya fueron adelantándose, me he conseguido cerca de mil —exclama orgulloso el terrateniente.

Doce señales cristalizan la convulsión mercantil en un grito macho de fervor.

—¡Por aquí...! Por aquí! —gritan a coro los hermanos Ruata abriendo paso a la congestión de la muchedumbre.

Nadie se negó a ir, la negación hubiera implicado crimen inaudito.

Tiene el desfile cabeza de conmiseraciones, de ternezas, de arrebato sensiblero, de tiernas consternaciones; son los niños de la escuela con los de la no escuela, haraposos, hambrientos, queriendo dibujar sonrisas en caras cadavéricas; más que dominadores de naturaleza son pordioseros de pan, son buscadores del juguete narcótico que amortigua el hambre que corroe las tripas. Allá en el páramo dicen los rapaces grandes que hay bastantes niguas, bastantes chímbalos, bastante guagramanzanas, bastantes moras, bastantes tallos de chulco, bastante hierba que comer. Por lo menos hasta que dure la minga no tendrán que esperar, horas de horas, la vuelta de la mama o del taita que trae a la mashca para hacer el chapo con un poco de agua fría.



Como remache emotivo, de la cabeza sensiblera, van los viejos setentones llevando banderines patrios y luciendo cintillos tricolores en los sombreros de paja.

La cabeza dio el éxito previsto por el señor cura. Mujeres que arrebujándose en los pañolones, con timidez campesina, esperaban en las puertas de las chozas el paso del desfiles, al ver pasar a sus pequeñuelos mal vestidos con prosa marcial de héroes niños, sintieron un estremecimiento que les obligó a sonarse la nariz en el revés de los centros, el llanto brota con hipo histérico; no resisten más, y, llorando, se prenden de los cachorros para ir con ellos.

—¿Ve usted cómo se refuerzan las filas? —exclama el cura orgulloso.

—Amor maternal —comenta el ingeniero.

—Sí, amor maternal que hay que saberlo aprovechar.

A estos sentimentalismos es necesario saberlos explotar a tiempo. Así podríamos poner freno a tantos desórdenes, a tantas revoluciones que andan sueltas por el mundo.

Como el ingeniero no pusiera la nota cortés de alabanza, el religioso, un tanto resentido, continuó:

—Soy un rayo para mover estas cuerdas del corazón.

—El oficio da —embromó don Alfonso.

Apretujones ansiosos impiden la libre circulación de la muchedumbre. El hermano mayor de los hermanos Ruata, cogiendo una

pausa del desfile se encarama en la tribuna de los entusiasmos y grita a todo pecho:

—Nosotros, el glorioso pueblo de Tomachi, haremos nuestro carretero soliticos, sin pedir favor a naides. Nuestros maistros, el señor curita y don Alfonsito serán más tarde grandes por habernos indicado toditicas estas cosas rebuenas. Serás tan grandes Audón Calderón o Bolívar —la muchedumbre con los picos, levantados al cielo, de las banderas empezó a otear la emoción que se avecinaba. 

Una idea alambicada durante largo años de fervor épico por la sociedad Ruata, se vino abajo desde la boca del hermano mayor:

—Sí… ¡Cómo Bolívar que ha de estar sentadito a la diestra de Dios Padre!

No quiso oír más la poblada, fue el delirio, el acabóse de todas las perezas. Las banderas suben y bajan como si hicieran esfuerzos inauditos para inyectar su entusiasmo en un cielo que empieza a volverse pardo y taimado. Ruata pensó orgulloso: "Cuando vayamos a Quito les fregaremos no más a los intelectuales con esta frasecita"; y a renglón seguido ambos coincidieron en la visión futura: "Con esto nos hemos ganado la confianza del señor Alfonsito, ojalá nos haga dar un buen puesto".

Todo el ramal que orilla el sendero por donde se internó la comitiva se divierte en azotar el rostro del entusiasmo, en desgarrar las banderas que, al volverse inútiles, se les va guardando en las carretas que vienen a la cola.

El valle se abría en la pendiente repleta de luz meridiana.

—¡Allí están los indios! —grita alguien, señalando un cordón interminable de peones que abrían un curco en la tierra.

—¡Bravo! —exclama una voz. Es la voz de centenares de hombres, mujeres y niños. Cada cual se siente partícula más importante que otra.

Se los ve como un torrente de chirriar de carretas, de chasquidos de frenos y monturas, de alaridos histéricos, envueltos en nubes de polvo, sudando por todos los poros. Se lanzan a la carrera, quitan las picas, las palas de manos de los indios; quieren

ser ellos los que con su manos callosas aligeran una obra que traerá pan, vida y progreso a la aldea.

Como los trabajos no estaban muy adelantados, la mayor parte de los mingueros regresaban a dormir en el pueblo. A la segunda semana el retorno se hacía largo y era necesario quedarse a pernoctar en plena pampa. Cuando caía la noche, la multitud se congregaba alrededor de las hogueras que se encendían para ahuyentar las fieras heladas de las cumbres. Va progresando la minga en medio de un entusiasmo semi inconsciente. Si el frío de las mañanas y de las noches no mordiera en los huesos, y si el sol de las doce no levantara ampollas en el pellejo como efervescencia de guarapo, la cosa sería fácil, pero bajo un sol meridiano sólo los indios pueden seguir hundiendo la pica en las sombras de sus cuerpos, vengándose así, de la pica del sol que se hunde en las espaldas. La minga, cansada ya, se busca un resto de fervor en los bolsillos para pasar la noche. A la luz de las hogueras se duermen los muchachos en las faldas de las madres; descansan los chagras bajo los ponchos, algunos hombres se hurgan los dedos de los pies con espino de penco sacándose las niguas ya maduras que no les han dejado trabajar todo el día con comezones desesperadas. La juventud del pueblo, encabezada por los hermanos Ruata, con botella en mano, busca a las chagras solteras para invitarlas un trago y conquistarlas para que entren en la tienda de campaña, único refugio en mitad de ese desierto de tinieblas y de frío.

Se extinguen las hogueras sucesivamente, cae la noche en un profundo sueño negro. De la tienda de campaña la juventud se arrastra semi borracha de alcohol y de tinieblas.

Sombras que se deslizan rápidamente entre las carretas.

Una voz de mujer que grita; respiraciones fatigosas que se enredan entre los matorrales y las zanjas.

—Están culeando —murmura la indiferencia de los indios que no pueden acomodarse en sus camas cobijadas por el viento del páramo.

Acurrucado bajo una peña, el Melchor masca su viejo paludismo, ante los ruidos extraños, grita:

—¡Carajo; estos pendejos sólo viene a picardías...! ¿Qué será de mi mujer y de mi guangua Doloritas?

—Deje pes, dormir —rezonga un hombre acurrucado a su lado.

—¡Doloritas! ¡Carajo, ve si contesta! ¡Doloritas!

—No ve que jueron a buscar un pite de leña para'cer una fogata. ¿Quién les da de robar pes, ¡adefesio!

—¡Doloritas!

—Se prupuso joder.

—¡Doloritas!

Las respiraciones fatigosas y las protestas femeninas ponen los nervios machos de punta.

—¡Doloritaaas!

Lanza una detonación cavernosa el cielo. Despertares sobresaltados se acurrucan bajo los ponchos. Indios que corren presurosos buscando refugio, buscando un chaparro espeso o un hueco de raposa. No hay posada para tantos, la mayor parte se conforma con el toldo del poncho.

Un segundo estampido rezonga allá arriba.

—Nos fregamos, croque va'shover...

—Aura sí ni onde escampar...

—Veni, ve...

—Metete en este rincón, aun cuando esté de lodo pero qui'as di'acer, pior es que te caiga el aguacero.

—Mama Nati.

—Mama Lola.

—Mama Miche.

—¡Taiticoo!

—Cashate, carajo... Ya nos jodimos.

Tiritan los palúdicos como si hubiera pasado el aguacero. El silencio de la noche retorna, pero la multitud espera lo que ya se cree que no vendrá, porque no se quiere que venga.

Tas... Tas... Tas... Caen gotas; al principio gruesas, escasas, contables. La silueta negra de la cordillera que se distinguía en la negrura menos negra de la noche ha desaparecido.

En la oscuridad se abre un paréntesis de luz; ruedo un trueno en el tablado en cielo. Centenares de gotas tamborilean en el llano, en el pergamino negro templado de monte a monte, entonando la marcha de un tropel de caballos que se va acercando precipitadamente, trayendo en las ancas a la tempestad, y levantado un aire olor a tierra húmeda, removida, a boñiga y perro mojado.

Abre la boca el cielo enseñando sus entrañas de luz. Los truenos amedrentan y la tempestad ejecuta.



Con furia devastadora cae la lluvia; los árboles azotados por el viento y el agua se buscan unos a otros para abrazarse —rugen al sentirse clavados.

Al desgajarse las ramas secas de los matorrales se quejan con lamento chillón. Alborota el agua en las acequias, y amasa lodo en los caminos y en los surcos. Los truenos, el viento, el agua, fíltranse por la garganta de las montañas, por las rajaduras de las peñas, por las quebradas, arman una orquesta de gritos: voces de bajo, voces de tiple, voces ululantes, bocas de caverna que hacen ejercicios de solfeo. Sólo el hombre se arrincona calladito en el pliegue más insignificante de la naturaleza, pero es sorprendido por la tempestad que desbarata todo refugio. Los indios, parados como espantajos de sementera, se dejan abofetear por la lluvia, pensando: “ya pasará”. Mas el aguacero arrecia sembrando espanto.

De vez en vez el fósforo del relámpago orienta a los indios hacia un sitio que parece brindar abrigo, pero el agua les ha tomado la delantera. Un zigzag de luz, tal vez el último —la tempestad con su furia de agua y viento va apagando todo brillo— les da tiempo para arrastrarse hasta un montón de lodo que ellos le tomaron como refugio seguro; entonces, desalentados, perdidos en la tormenta, calados de frío y de agua hasta los huesos, caen están, escondiendo el rostro en el último abrigo del poncho.

El cielo se divierte en vapulear a la tierra, a la tierra que ha perdido los ojos en la noche, a la tierra ciega, a la tierra aterida de frío. Son millones de látigos helados que levantan un lodo espeso, que anegan los refugios, que todo lo vuelve acuoso, húmedo, desesperante. La noche brama en forma apocalíptica ahogando el pequeño ruido de las mandíbulas de los palúdicos, el pequeño

grito de las mujeres violadas, las pequeñas ansias de los esposos cornudos y los ronquidos de los borrachos. Los indios, como si la muerte les acechara por todos lados, no se atreven a moverse del sitio que les señaló la tempestad, y se aferran al poncho hasta que el último latigazo de hielo les paralice la sangre. Lo único claro en medio de la oscuridad es el agua que corre bajo los pies, el que ha diluido toda posible esperanza. La tempestad sigue mascando a los hombres. Así, hasta el amanecer.



Del paisaje aterido de frío se levanta con la misma pereza dolosa de los mingueros un vaho blanquizco que voluptuosamente se va diluyendo en la primera luz mañanera.

Unos indios, tras unos matorrales, se levantan como desenterrados chorreando lodo. Son centenares los que se estiran con sus cuerpos de gusanos, sacando las cabezas del fango con la sorpresa de salir a la vida después de una noche de muerte. La tempestad ha pasado, pero queda el peso de su furor en los ponchos que destilan agua, que pesan con pesadez inaudita, como si hubiera guardado todo el peso de la tormenta. Se pasan la mano por la cara helada arrastrando las pequeñas gotas de lluvia que se han quedado prendidas en la nariz y en los párpados. Hay un frío que no da tiempo para comentarios.

—¡Achachay!

—¡Achachay!

Todos esperan, esperan que alguien venga a sacarles de ese frío que les anquilosa los miembros… ¡Y el sol!… el sol que se tarda en salir aligerando el castañetear de dientes.

Parados sobre el molde que sus posaderas dejaron en el lodo, no cobran ánimo para buscar albergue seco donde poder revolcarse como la mula revuelca su cansancio. ¿Dónde podrían encontrar un poco de arena, de esa arena ardiente que revienta los pies en los caminos?

—¡Achachay!

—¡Achachay!

Sol maldito que se tarda más de lo acostumbrado; en cambio, el viento que baja del páramo, adhiere las ropas húmedas sobre

los cuerpos amortiguados contrayéndolos como si se les aplicara un sinapismo al frío. El abrazo del viento era como un abrazo de remolino que empezaba en forma de un silbido largo: fuiiii.

—¡Achachay, mamitá!

—¡Achachay, taiticó!

Tienen la cabeza caída, todos sienten un dolor, un peso en la nuca, una pereza de abrir los dedos, unas ganas de vomitar. El viento silba más fuerte poniendo maldiciones en los entumecidos. Fuiiii… Sol maldito que se tarda más de lo acostumbrado en salir.



—¡Achachay!

—¡Achachay, carajooooo!

Un indio vomita arrimado a un árbol, cae, se retuerce con soroche, hay varios que le imitan, tal quieren tomarle el pelo. La gente se amontona poniendo coronas tiritantes de lamentaciones inútiles. El tuerto Rodríguez se abre paso y ordena que se les desnude y cuelgue en un árbol.

—Vamos a ver si'ay soroche que resista conmigo.

Una vez colgados, coge el acial, se echa saliva en las manos y va abrigando a los moribundos a punta de fuete hasta dejarles sanos y con las espaldas hechas tiras.

Allá, en el rincón de una quebrada, entre unas matas, han sido encontrados tres indios muertos. Encogidas las piernas, con las manos apretándose en vientre, con una mueca de risa en los labios que deja al descubierto dentaduras amarillentas de sarro; se han quedado sembrados en el lobo.

—Ve pes… Parecen pishquitos cuando quidando muerto agarrando di rama.

El Andrés, la Cunshi y el guagua han pasado la noche bajo una peña, pero se hallan cercados por un enorme charco que se ha formado a la salida de la cueva; el guagua gateando, llega a ella, y hace pedazos, con la mano, aquel espejo donde el cielo se está mirando para pintarse con su primer carmín.

El sol empieza a regalar calor por centésimos de gramo. Don Alfonsito, el ingeniero y el cura, que regresan de dormir en el pueblo, al darse cuenta de lo sucedido buscan la mejor forma de evitar un desbande.

—La peor parte han sufrido los indios. Si un chagra de éstos llega a morirse estábamos fregados. Al fin y al cabo no más han sido —comenta el cura.

—Sí, pero la gente se encuentra cansada. Van perdiendo el brío —afirma el ingeniero.

—Ya se verá la mejor forma de solucionar —termina el terrateniente.

—Tenemos que empezar el trabajo más duro: el drenaje del pantano. Son más de dos kilómetros. 

Como el terrateniente sintiera que todo el provenir se le iba de las manos, rogó al espíritu del buen tío Julio que le ayude en estos trances. Y pensando en el fantástico oro de los gringos exclamó:

—¡No puede ser! Qué dirían —iba a decir Mr. Chapy y Julio Pereira, pero dorando la píldora concluyó:

—La Sociedad… La Patria… La Historia… Nuestra moral cristiana.

Siguió invocando una serie de palabrejas de esas que han constituido el sostén de las grandes farsas. De pronto le vino una idea, un poco cara, pero al fin idea salvadora.

—Esto se cura con aguardiente —exclamó radiante.

—¡Claro! —dijo el párroco saboreándose las próximas borracheras

Del pueblo se trajo varios barriles de trago, también se le ordenó a la Juana que haga fermentar lo más pronto posible unos diez o veinte de guarapo.

—Para eso es generoso, patrón Alfonsito —comentaban los chagras.

—Siempre se ha distinguido por mano abierta —salmodiaban las mujeres.

La Juana sacó secretos de oficios y aladeando el zumo de cabuya que tarda en fermentar dos y tres días, echó en los pondos baldes repletos de orines, carnes podridas, zapatos viejos del Jacinto, todo lo que le habían dicho que en las guaraperías de la capital echaban para aligerar la fermentación.

El pantano con su vegetación de totoras y berros amanece arropado en nubes que, conforme avanzan las horas, se van escarmenando, se van dejando devorar por los pinchazos de sol, ventosa de fuego que a mediodía, ha dado fin con la pulpa blanca de las nubes, sobrando tan sólo el esqueleto palpitante de zancudos que flota sobre el ciénego. Esqueleto negro, vivo —raro en un esqueleto— es el espantajo de los hombres que —como niños llenos de miedo ante el coco—, se ponen a temblar con el calofrío palúdico.



El telegrafista que en sus mocedades ha estado en la región Oriental, haciendo alarde de comparaciones, exclama:

—Pendejada, esto dizque va a ser pantano. Esos del Oriente son jodidos; hay ca no'ay como entrarse, son profundos y están repletos de cangrejos que cuando caye por desgracia algún animal o cristiano que sea, en menos de dos minutos le dejan en huesos a punta de pellizco con las tijeras que tienen en las manos. Eso es jodido… Esto ca, guagua pantano no más es.

—Y los güishigüishis qui'ay por mishones.

—Acaso hacen nada.

Los aludidos animalucos ponen escalofríos concéntricos en el agua estancada de pantano. Hay millones. El Andrés que se mete en el fango hasta las rodillas los siente que en bombardeo perenne se van robándoles las piernas; no sabe si es el frío o es el constante pegarse de aquellos babosos lo que ha cercenado la vida de las rodillas para abajo.

En dos días se pudo probar todo los milagros del alcohol. Fueron los barriles de aguardiente y los doce pondos de guarapo; había que traer más, y más se trajo. Para secar dos kilómetros de pantano era necesario ir graduando la dosis del entusiasmo hasta llegar al equilibrio entre la pujanza heroica y la borrachera semi inconsciente. Había que llegar al máximo de embrutecimiento de masa con el máximo de rendimiento bracero; en esos trotes, la Juana y el Jacinto eran unas verdaderas hachas. Como hábiles conocedores de todos los estados de embriaguez se encargaron de ir cebando la sed de la peonada.

—¡No, carajo! —exclamaba el Jacinto a cualquier indio que se atrevía acercarse a los pondos con tambaleo que no estaba marcado en la dosis exacta de equilibrio.

—Vos, ca, demás borracho estáis. Andá sudá un poquito con la barra para poderte dar otra ración de guarapo —concluía la Juana.

El indio volvía hacia el pantano en busca del equilibrio necesario para que le alimenten su embrutecimiento.



El paludismo empieza su cosecha de temblores.

—Es una pérdida de tiempo —se lamenta el terrateniente.

—Sí, tenemos más de ciento cincuenta atacados, es decir, a unos veinte o treinta les sacude diariamente.

La figura del tuerto Rodríguez, alardeando infalibilidad, se abre paso entre unos cuantos indios que, acurrucados a la orilla del trabajo, tiemblan por todo el frío que están chupando los compañeros hundidos en el ciénego.

—Ve… Trai los cueros de borrego —grita a un longo que le sirve de ayudante en estas curaciones, y termina:

—Esta receta le vide hacer en Guallabamba. Carajo, que los fríos di'ay sí que son cosa juerte. Hasta perniciosa da, pes.

El tuerto va cubriendo las espaldas de los atacados con los cueros que le da el que hace de barchilón, teniendo cuidado de ponerlos por el lado del pergamino y de sujetarlos con pita al pescuezo y a la cintura. Hace formar una rueda en el descampado que se extiende frente a la tienda de campaña; se coloca en el centro, se ajusta el acial a la muñeca, pasa revista al círculo temblón de los atacados con su ojo tuerto, enarbola el acial que parece una prolongación de la mano y, a punte fuetazo hace girar el círculo en una maratón interminable. La fiebre y el temblor no dan energía suficiente para avanzar con la aceleración que exige el acial que cae sobre los pergaminos produciendo un ruido de tambor roto; y es entonces cuando se enardece Rodríguez.

—¡Vamos, carajos! Corran… Corran.

Aferrada a la fiebre va la pereza que pone pesadez en los miembros, que no deja correr.

—¡Carajo! ¿Qué pasa, pes? —afirma el tuerto, viendo que los indios atacados se mueven apenas. Vuelve a echarse saliva en la mano y fuerza en el brazo, enloqueciendo el desmayo de los palúdicos. Después de la vuelta cuarenta empiezan a caer, agotados de cansancio y de dolor. El temblor febril de los primeros momentos ha huido asustado de la fatiga que produce el abrigo del acial, el abrigo del acial que les ha hecho sudar más copiosamente que agua de borraja. Pero el curandero no se siente satisfecho y acelera con más brío el brazo que cae como cuchillas de fuego sobre la espalda de los cansados indios. Tiemblan las piernas que se doblan, tiemblan los pies sobre el lodo, tiemblan la manos que se arrastran huyendo del temblor del acial.

—¡Corran, carajo! ¡Corran mierda!

Uno, dos, diez pasos logran dar y caen. Sobre ellos viene la ayuda del tuerto Rodríguez, es decir del acial, que les da ánimos para ponerse en pie y recibir una decena de latigazos. No pueden más, el cansancio no les deja ni siquiera gritar. Sólo los ojos extraviados de mirar vidriosos, a cada empujón del fuerte, amenazan saltarse de los órbitas como si fuera los únicos interesados en dar caza a la vida que se va, a la redención que se escapa. Han corrido hasta que, todos agotados, se desploman sobre el lodo del descampado, sin estridencia de gritos, empapado en sudor, empapado en fiebre, destrozados de cansancio. Entonces el tuerto se apresura en hacerles conducir a la tienda de campaña donde se les arropa con ponchos y se les da a beber un brebaje preparado con aguardiente, orines, sal, limón y caca de cuy molida.

—Es necesario que esto se termine pronto.

—Muy fácil es decirlo. Pero en estos pantanos es necesario ir tanteando el terreno, dando pinitos; usted no puede saber lo que esto cuesta —comenta burlón el ingeniero a las urgencias del terrateniente.

—A usted se le ha metido en la cabeza que las zanjas hay que empezarlas desde la montaña... ¡Pendejada! Con un corte paralelo que se pudiera dar a veinte metros o treinta del camino

se habría ahorrado tiempo, trabajo y, sobre todo, terminaríamos esto lo más temprano posible. Va volviéndose mi pesadilla.

—Usted no sabe. ¿Quién cree que sería capaz de meterse en pleno ciénego sin correr el peligro inminente de quedar enterrado en algún hoyo?

—¡Carajo! Y para qué cree que he comprado yo los indios.

—Eso es hablar de memoria. ¿Quiere secar el pantano a punta de cadáveres?



—Ganaríamos un cincuenta por ciento, de tiempo y de trabajo.

—Perfectamente, siempre que usted esté resuelto a perder un centenar de peones podemos hacer su gusto.

—Ya verá que no se pierde ni uno. Todo tiene remedio. Haré traer las huascas de la hacienda y el momento que se vea que alguien se está hundiendo, se le echará el lazo.

—No se ha adelantado nada. Si no le mata el ciénego, le matará el arrastre de la huasca.

—¡Oh! No. Es que se les hará entrar a los indios huasqueros hasta bien adentro.

—De todas formas sería hombre perdido. A lo mejor mueren todos en el hoyo. Y para darle una prueba de ellos podemos empezar hoy mismo su experiencia.

La zanja a veinte metros del carretero se empezó a abrir.

—Mire, mire como se gana tiempo —exclamaba don Alfonso contemplando la fila interminable de peones que sacaban fango y lodo.

Profecía que no se cumple dentro del plazo fijado por el profeta pierde valor. A mediodía toda la minga se internaba en el ciénego con gran confianza.

—Yo debía estudiar ingeniería, y usted… —embroma el amo.

Un grito en medio de la neblina acalla todos los comentarios. A los lejos se distingue, muy apenas, las silueta de un indio que alza las manos como si buscara un agarre en el aire. El ingeniero regresa a mirar buscando la tragedia en todas direcciones, y, al ver al indio pide socorro, exclama triunfante:

—Mire como empiezan a hundirse. Ahí tiene usted un indio perdido. Es el primero, pero no será el último.

—Qué pendejada. Ya verá usted cómo se portan los huasqueros.

—Pobre; debe haber pisado en un hoyo.

—¡Caiza! ¡Toapanta! Cojan la veta y vayan corriendo a salvar a ese pendejo que se ha metido en ese fangal.



—Arí, patrón.

Hay congestión de curiosidades. Los chagras temerosos se apresuran en salir del peligro en el que la inconsciencia les había metido.

—¡Carajo, de lo que nos escapamos!

—Pendejada está esto.

—Yo ca voy a ver si me regreso.

—No'a de ser posible seguir semejante pendejada.

Sigue gritando desesperadamente el náufrago, levantando los brazos como si quisiera agarrarse de la neblina. Con las huascas se entran en el lodo hasta sentir que le piso va hundiéndose más de lo ordinario. Rubrica el lazo una pirueta de salvación. El hundimiento sigue lento; ya sólo asoma la cabeza como un puntito negro en mitad del pantano temblón. A ese puntito se apuntan todas las rúbricas de las huascas como una petición de gracias para el infeliz náufrago, dirigida al magnate ciénego en la plana gris de ese ambiente de páramo. Un plazo ha logrado hacer blanco sobre el último estiramiento de la cabeza. Pero, como los salvadores no tiene piso firme en donde apoyar la fuerza del estirón para el arrastre, tienen que anudar huascas hasta llegar a la firmeza del camino, en tanto el indio lucha en un chapoteo de lodo; después de unos segundos ya no se ve nada en el viento pardo de ese pedazo de páramo.

Tiran y el fango aprisiona la fuerza de los indios que desde el camino se queman los callos de las manos en la veta. Entre esa lucha desigual el único que pierde es el que viene arrastrado. Fuerzas que desarticulan al hombre como al pelele el muchacho, pero de éste no mama aserrín sino sangre. El bulto de carne, humeando todavía resto de vida, llega envuelto en lodo. Es un

escupitajo amorfo que se amontona al pie de la muchedumbre. Es algo que viene a indigestar de tragedia a la minga.

—Era mejor dejarle —afirma el ingeniero haciendo una mueca de asco.

—No… ya verá que esto se compone. A los chagras se les da más trago. Ya voy a mandar a traer del pueblo unos cinco barriles más. Pero el trabajo debemos seguirlo así, de lo contrario, iríamos al fracaso, no cumpliríamos nuestra misión de cultura, de hacer a este pueblo a imagen y semejanza de nuestra civilización. Verá… —afirmaba el latifundista frotando proyectos placenteros entre las manos, y, después de una pausa continúa:



—La gente blanca que se ocupa sólo de acarreo de material, así se les tiene seguros. Los indios, como son míos, propios, deben seguir cavando las zanjas. Que se pierdan veinte, que se pierdan treinta, no se ha perdido gran cosa. Pongamos que sean cincuenta, creo será lo más que se pueden perder… Sólo sirve para comer y pedir adelantado. Aquí en confianza le diré a usted que a éstos les compré baratico, me sale a unos o tres sucres cada indio; en cambio el carretero quiere decir mi porvenir. ¿Eh? ¿Qué le parece?

—Si usted tiene tanto afán podemos seguir en esa forma. Efectivamente es la manera más rápida. Todo está en animar a la peonada.

—¡No! Yo no seré el que arregle esto.

—¿Entonces?

—Esto lo arregla, en primer término, el trago y en segundo término nuestro querido amigo el cura… Ya verá usted, apenas venga le hago que les ensopete un sermón ofreciéndoles la gloria y alguna que otra cosilla.

No quiso creer el ingeniero, sin embargo, así fue. El párroco les ofreció, bajo palabra de honor sacarles del purgatorio y hasta del infierno, con la única condición de que sean obedientes a su palabra, que era la palabra de Dios, y ahora, esa palabra decía: “Terminen el carretero cueste lo que cueste, porque él será para bien de… ¿De quién más puede ser que del pueblo?”.

A la aldea empezó a llegar carne india por costales.

Al caer la tarde, después de haber cruzado el pantano gastando varias semanas y empezar los trabajos en piedra viva, los chagras que no habían podido desertarse, por una o por otra circunstancia, se congregaban alrededor de las hogueras a revivir escenas ya sea en el páramo, ya entre la peñas que el rato menos pensado sepultaban a los hombres, a la mujeres y a los niños.

Entre el crepitar de las llamas se entretejen los comentarios de los aldeanos:



—Yo qu'estaba en la loma y vide no más que cayó la peña.

—A buen tiempo sólo estar los indios metidos en la cueva cavando.

—Yo ca, diciéndoles estaba: toditico eso es arena.

—Ni cómo desenterrarles pes. Se hubiera gastado tiempo en balde quitando tanta tierra.

—Media loma se vino abajo.

—¿Y si aura, todavía están vivos los pobres indios?

—¡Dios nos libre!

— ¡Dios nos favorezca!

—¡Dios no nos coja en pecado mortal!

—El señor Ingeniero sí dijo: hay que ver si se alcanza a salvarles, pero el patrón se opuso diciendo que se pierde el tiempo. Yo siempre le vivo diciendo al Antuco: no te meterás en las cuevas hecho el farfushas, has de morir como los indios, y entonces nu'a di'aber ni quien te saque. Hasta los huambras irse a meter onde no les conviene. ¿No se acuerdan en el otro derrumbe tan como fue a morir el hijo de la Miche y la longa carishina de la Berta? Quedaron no más aplastados como cuyes.

También los muchachos, cansados de pasar todo día haciéndoles correr carreras a los jambatos, nadar a las lagartijas en las cochas, buscar chulco, chímbalos, guagrasmanzanas por el monte, o entretenerse en hurgar los huecos de las arañas con palos para extraerlas como raigones podridos de varias raíces de la mandíbula lodosa del camino, volvían al regazo de las hogueras, buscando la compañía de la mama o del taita.

Se apaga el fuego, se apaga la charla, algunos mingueros, con cautela de desertores, se embozan en la noche y vuelve al

pueblo dejando para los indios y la gente heroica el cielo, las indulgencia y el patriotismo.

En los linderos de la desesperación, después de haber recurrido a todas las artimañas de su sabiduría, a todos sus aliados —Dios, con el cura; el Gobierno, con el Teniente Político; la ciencia, con el Ingeniero; el vicio, con el guarapo— el terrateniente presentó su último truco explotando la afición que el pueblo sentía por las riñas de gallos, y, anunció traer diversión de los mingueros un lote de pollos finos. 

Marca el sol el mediodía y por el camino empiezan a llegar los chagras trayendo bajo el arco el gallo de su predilección.

El cacareo crece a medida que van aumentado los brazos en la minga. El maestro de escuela ha traído su pintadito para ver si encuentra coteja en el lote de don Alfonso, y también ha traído un pollo negro — gallo de tapada— para el cura.

Se hizo el primer tope en mitad del camino. Más de doscientos desertores formaron el redondel para soltar la primera pelea. Se los enfrenta a un colorado del viejo José Santiana y a un pollo del maestro de escuela.

El juez sentado en cuclillas, dentro del redondel, no pierde de vista a los animalucos que se buscan pelea encrespando las plumas del pescuezo.

—¡Cotejas son! ¡Cotejas son! —exclama un chagra de poncho azul al observar el primer revuelo.

—Qui'a de ser —grita el maestro de escuela, y orgulloso termina:

—Ya verán si le aguanta dos patadas. Le ha de hacer no más quebrar el pescuezo.

Todos los espectadores buscan en los gallos el indicio de superioridad para exponer la plata en apuesta con gabela.

—El colorado es más vivo.

—El posho es más grande.

Levanta las patas el pollo sobre el enemigo, la concurrencia cae en una pausa de espectativa, el colorado contesta hundiendo el pico las plumas del pescuezo de su adversario y, sin soltar presa, alza las

patas que buscan en el aire el blanco para las espuelas, del esfuerzo cae al suelo pesadamente en un atolondramiento de plumas.

—Ya va' morir —grita el maestro de escuela.

—Doy doble —contesta el viejo Santiana que, sentado en cuclillas al lado de juez, toma por ofensa la alegría del dueño del pollo.

—Recibo.

—Uno a dos.

—Dos a cuatro.

—Doy doble.

—Pago.

—Doble.

—Sheven este sucrecito.

Entretanto los gallos palpitantes de furia buscan con los picos que suben y bajan, con las espuelas que se disparan. El chocar de los cuerpos beligerantes suena a aletazos de agonía, a estertores de estrangulaciones.

Caen las apuestas en letargo, los nervios de los espectadores se hallan prendidos en los revuelos de los gallos. El colorado carga de firme, el pollo parece buscar defensa bajo el buche del enemigo, como si quisiera limpiarse la sangre que le anonada embarnizándole los ojos, el pescuezo, el pico, transformándole la cabeza en un pincel de pintura roja, en una pingajo de carne de carnicería. Como buen gallo de espuela, el colorado brinca, aturdiendo la furia del enemigo, pero el pollo tiene la cabeza baja y las espuelas apuñalan el vacío.

—Carajo, ya está clavando el pico —grita el viejo en cuclillas; como si le hubiera oído y se sintiera un tanto herido su orgullo, el pollo reacciona en un alarde de espuelas que dan por tierra los bríos del colorado, el viejo que se hallaba colgado del hilo de la pelea, cae al suelo imitando la caída del gallo como si él hubiera recibido el golpe.

—Uuuuu… El viejo primero va a morir.

—Sentate bien, pendejo.

—Doy diez a uno.

—Se empieza a volver pesada la pelea, los animalucos agotados se pican poniendo en su furia pausas de a cuarta.

—¡Careo!

—¡Careo!

Cada dueño prepara su gallo metiéndole una pluma en el pico, soplándole sobre el pingajo sanguinolento aguardiente alcanforado del que están llenas las bocas de los dueños; por último, como el curandero chupó el pie infecto del Andrés, así chupan los chagras metiéndose la cabeza de su gallo en la boca, para extraer baba y sangre.



La pelea vuelve a armarse con furia, furia que cae a los pocos minutos en picotazos superficiales, como si los gallos se entretuvieran en hacerse el pelo poco a poco hasta sacarse el pellejo dejándose el hueso del cráneo al descubierto, así hasta que una reacción certera mate el enemigo o se crea más prudente correr. Ganó el colorado.

Sólo la noche puso en paz la furia de los pollos. Don Alfonso entre apuesta y apuesta, entre copa y copa, fue conchabando a los chagras. Les ofreció nuevas peleas para el día siguiente, y traer de su hacienda nuevos gallos, unos lindos de un pico y de una espuela maravillosa. Ponderaba con los labios, con las manos, con los ojos; a los chagras se les hacía agua la boca y desde entonces ya no pudieron desprenderse del carretero, sino cuando veintidós kilómetros estaban tendidos a través de páramos y desfiladeros.

Para don Alfonso las mayores satisfacciones y los más grandes disgustos han sido proporcionados por la mano de la publicidad. No pensó jamás que sus desvelos por dar feliz coronación a la obra que acababa de realizar tengan eco definitivo en la circulación concéntrica de una fama gloriosa. La publicidad le traía columnas bien apretadas de elogios. Los diarios de toda la República engalanaban sus primeros páginas con fotografías de la heroica hazaña, en todas ellas se destacaban en primer plano las figuras del terrateniente, del cura, del Jacinto, del tuerto Rodríguez, de los hermanos Ruata; también como nota de masa trabajara se hacía constar, en segundo término, los habitantes de Tomachi. Sin duda los indios en los momentos de hacer fotografías no estuvieron presentables, no estuvieron bien peinaditos

y lavados la cara, no estuvieron acicalados para salir al escenario de la fama, cuando era imposible distinguirles por ningún rincón —ni en las fotos ni en los artículos con títulos como éste: "Páginas para la Historia" se podía encontrar un indio.

Los que buscaban la salvación de la patria en la erudición de las bibliotecas, exclamaron:



—"El porvenir nacional, en cuanto significa un método seguro de acrecentar riquezas hasta ahora inexplotadas en las selvas de oriente, ha dado un paso definitivo en el Progreso. Por lo que sabemos hasta ahora parece que los miembros de las sociedades colonizadoras buscan, con toda razón, zonas adecuadas para su establecimiento; zonas con caminos practicables, clima correcto, cercanía a centros poblados, extensión suficiente de tierras explotables, buena calidad de éstas, etc. Si vamos a pretender que los colonizadores, por el hecho de ser extranjeros han de venir y penetrar inmediatamente a la mitad de la selva, desposeída de toda auxilio humano, para realizar milagros, persistiremos en un grave daño. Hay que dar a la expansión del capital extranjero todas las comodidades que él requiere —en sus colonias económicas; así lo exige la inversión de la plusvalía en la acumulación capitalista de las naciones patronas—. En el caso actual, ya podrán tener ancho panorama de acción todos los hombres civilizadores —que lo diga el comercio del opio en China".

Don Alfonsito puso la nota comentarista a la parrafada:

—Este pendejo nos adivinó, lástima, ya es tarde, ya todo está hecho, voy a mandarles el recorte a Mr. Chapy.

Juancho Cabascango —que tiene el huasipungo a la orilla del río y que goza fama de rico entre la gente de la comarca porque sale los domingos a misa con cuatro ponchos de bayeta de castilla, y porque en la culata de la choza tiene un buen gallinero y una vaca con cría, y que fue designado prioste para la segunda fiesta que en acción de gracias dará el pueblo a la Virgen de la Cuchara por haberles permitido concluir la magna obra patriótica, con algunos compañeros, entre los que se cuentan el Andrés Chilinquinga, el José Taxi, el Melchor Achig, etc., entraron en

la guarapería de la mujer de Jacinto. El futuro prioste pidió dos reales de guarapo y todos se pusieron a beber precipitadamente porque tenían que ir donde el señor cura a pedirle una rebajita en los derechos de la misa.

Cabascango no se había podido conseguir los cien sucres completos. Por la vaca le dieron setenta, y las gallinitas y el suplido eran para otros gastos; en vista de lo cual, esperaba que la bondad de taita curita le haga una pequeña rebaja, por eso hizo entrar a sus compañeros a la guarapería, para que pongan fuerzas y poder hablar con tan alto y divino personaje.



—Apurá pes —insinúa alguien.

—Que's pes. ¿Triditicu si'acabarun? Yu ca tudavía nu sientu cun juerza par'ir a rugar taiticú. Oye ñora Juana, pase nu más utrus riales.

Terminado el segundo azafate la comisión se sintió con fuerzas y valor suficientes para entrevistarse con el señor cura Lomas que en ese momento se paseaba por el pretil de la iglesia desvencijada, hartándose de paz pueblerina de la que está repleta la plaza.

Los indios se acercan a la santa figura con la precaución humilde de los perros que en otras ocasiones fueron expulsados a palos.

—Ave María, taiticú.

—Por siempre alabado… ¡Ah! ¿Ya viene a arreglar lo del priostazgo?

—Sí, taiticú.

El Cabascango, con el sombrero en la mano y adelantándose del grupo, se atreve a suplicar:

—Taiticú, rebaja pes un puquitu siquiera di la misa. Caru está pes. Aura ca yu ca, pubre pubre taiticú… Di dundi para sacando. Juera su mercé, hay qui ver pur guarapu tan, chisguasguas tan pur chamisa tan, pur tudor pes, taiticú. Vaquita ca sulo setenta socres dio cumpadre.

—¿Y no podrás pedir un suplido al patrón?

—Aura ca dibiendo miso estoy pes, y lu pite qui dio ca para guarapu miso está faltando.

—¿Y esas lindas gallinas que tienes? Indio rico eres.

—¿Ricuú?

—Jajajay… Ricu ha dichu, taiticú… —comenta el grupo de indios como coro de opereta.

—Entonces búscate en otra forma. Cómo puedes imaginarte que en una cosa tan sonada la Virgen se va a contentar con una misa de ese precio. ¡No, de ninguna manera! ¡Andá a buscarte en cualquier forma!



—Peru… tan, no tengo pes.

—De donde quiera, hombre. Y no regatees más porque la Virgen puede calentarse, y una vez caliente te puede mandar un castigo.

Fermento de guarapo que hace bombitas en la desesperación del Cabascango incitándole a insistir:

—Peru…tan no tengo, pes.

—Para beber sí tienes, indio corrompido, pero para halagar a la Virgen estás mezquinando unos miserables cien sucres. Dios es testigo de tu tacañería. La Virgen nos está viendo. Cuando te mueras te cobrarán bien cobrado.

—¡Quí m'importa, caraju, mierda!

—¿Eh? ¿Qué has dicho? —exclama el cura crispando las manos en la cara del Cabascango con un patetismo trágido que excluye toda posible réplica. Luego, levantando los brazos al cielo como personaje bíblico, se pone a conversar con supuestos personajes que deben hallarse colgados del vientre hidrópico de las nubes.

—¡Dios mío! ¡Virgen Santísima! Detened vuestra cólera. No arrojeís vuestras maldiciones sobre este desgraciado. No hagáis llover fuego sobre estos infelices. No azotéis con el hambre, la ignorancia de un pueblo —después de una breve pausa, tal vez esperando respuesta, continúa:

—Sí, comprendo que vuestra cólera es justa, es santa… Pero si alguna virtud encontráis en este vuestro humilde servidor, hacedlo por mí. Detened tu brazo airado en el castigo. No repudiéis al blasfemo que…

El santo cura bajó los ojos a la tierra y se encontró sin oyentes. Los indios habían huido aterrados creyendo que se iba a rasgar el cielo dando paso a taita Dios con acial de fuego que fulmina. Son tantos los casos de venganza célica comentados por el cura desde el púlpito, que saturados de pánico buscaban refugio en los huasipungos tomando el chaquiñán más apartado y oculto. Persígueles la venganza prendida en los talones y gritándoles:

—¡Malditos…! ¡Malditos de Dios!



Buscando una disculpa que apoye su salvación, cada uno repite maniáticamente:

—Por el Cabascango… Indio miserable… ¡Por él! ¡Por él, taiticú!

—Por él.

—¡Por él!

—¡Por él!

Toda idea de venganza se debilita a la vista de las chozas que se levantan a las orillas del río, una vez que estén dentro de ellas con la mujer, con los guaguas, se sentirán libres. La venganza quedará lejos. Es cuando, mirando hacia el sendero andado, la furia despistada queda atrás.

Mas, de pronto, el río despierta con un eco a la llanura.

Voz ronca de trueno que exhala la montaña por la boca de la quebrada por donde corre el torrente. Los indios alzan asustados las cabezas y olfatean la tragedia que viene dando tumbos. Una brisa cargada de olor a tierra removida les pone sobre aviso de lo que pasa.

—¡La creciente! —grita alguien.

Afirmación que se clava en la sorpresa de los campesinos aplastando el timbre de alarma que repercute en el valle con cien voces desesperadas.

—¡La creciente!

De las chozas salen despavoridas las indias con los guaguas. Todo cuanto se mira presenta un estado de terror: rocas desnudas de las orillas donde el agua lodosa se estrella, allá en el cauce lejano, ruido que ronca incesantemente, gritos desesperados de la indiada que va dejando en las chozas abrigos y pan, todo esto

acrecentado por el eco que repite con monotonía de payaso formando la gran batahola de los terremotos.

Los gritos se alelan cuando el agua se presenta muy cerca de las primeras chozas con su panza terrosa, voraz.

Todos clavan con obstinación la miraba en los tumbos furiosos que al estrellarse contra algún obstáculo lo despedazan en partículas infinitas.



Por instantes se oye algún grito perdido, es que las indias en su carrera alborotada dejaron en las chozas al guagua tierno, al perro amarrado, a la vaca con cría, a las gallinas, a los cuyes, a los taitas paralíticos, y, ahora, que ya no hay remedio, acordándose de improviso, dan gritos inútiles que se clavan en el vientre de las aguas lodosas que borran orillas.

Va la creciente escupiendo espuma a los lados como residuo de voraz digestión.

—¡Ay! Mi guagua sha.

—¡Ay! Mi taita sha.

—¡Ay! Mi ashco sha.

—Mi pondo.

Sigue el aluvión su camino ondulante con un rosario de tragedias que va enhebrando entre los tumbos retazos de vida que avivan los recuerdos de la muchedumbre aterrada. Todo es basura. Allá viene una puerta de potrero encaramada en la cresta, de una ola corcoveadora que en su movimiento de vaivén se cierra y se abre dando paso al sentimentalismo de los indios espectadores.

Una cabellera pasa trenzándose con la corriente tumultuosa. El atrevimiento de una huasca se riza sobre el torbellino enredándose en algunas matas que la creciente ha sacado de cuajo.

—De quién será esa guagua.

—Tal vez del Timoteo.

—U del José.

—U del Manuel.

—U de la zamba.

Flota entre la muchedumbre un silencio sofocante. La creciente sigue implacable arrastrando espuma, basuras, cabezas de ganado, chozas, desbaratadas, niños y uno que otro indio pescado de sorpresa al paso. De pronto alguien grita: "¡Vamos al vashe de abajo, ashí se extiende el río convirtiéndose casi todo el playa!".

—¡Vamós!

—¡Vamós!

El vínculo del terror que les mantenía unidos, con esa fuerza secreta que ata en los grandes dolores, desaparece ante la esperanza y, ansiando pescar un resto de noticias, ciegos, sin razonar mucho, se precipitan camino abajo en carrera desordenada cayendo y levantado, con la angustia prendida en el pecho; es la carrera en pos de los hijos, de los ancianos, de los restos de huasipungo. Corrían al través de los maizales, de los huertos, salvando los baches, brincando las zanjas, en una verdadera carrera a campo traviesa. Los rodeos que tenían que dar cuando se encontraban con pantanos o lagunas venían a avivar la fuerza de la marcha. No importa hundirse hasta las rodillas en el barro, no importa sumergirse en el agua hasta las ingles, el agua de la creciente que ha llenado las quebradas vecinas, no importa la distancia si llevan la certidumbre de encontrar un resto de lo suyo. Son caballos hambrientos que han olfateado a lo lejos alfalfa.



Allá, donde el río tiene riberas y se arrastra en el valle como una sábana lodosa, encontraron los cadáveres, la basura que flotaba sobre la creciente apaciguada. Metiéronse en el barro hasta la cintura extrayendo a los ahogados en medio de la gritería de llanto. En los rostros de los recogidos se había plasmado la tragedia de su muerte, los ojos abiertos en actitud de espanto —tal vez fue el último gesto de terror ante las aguas—. Después de quedar absortos unos instantes cada deudo tuvo lágrimas para llorar hasta la noche.

El grupo de indios que acompañaba al Cabascango es el único que no se ha dejado arrastrar camino abajo. Ninguno se ha atrevido a moverse, parecen cadáveres de pie. El José Taxi, el Melchor Achig, el Leonardo Taco, y el mismo Cabascango no daban crédito a los ojos.

—¡No! —exclamó alguien.

—¿Por qué? —contestó otro.

—Quí mal cometiendo.

Volvió el grito de la venganza a enroscarse en el temor de los campesinos. Todo lo que constituía su fortuna había sido arrasado; los ponchos viejos del jergón, las ollas y el pondo de barro cocido, el montón de boñigas y cutules secos que mantenían el fuego y abrigaban el cansancio de las seis con humaredas asfixiantes a los indios que se tumbaban a su lado después de doce horas de labranza, los cuyes las gallinas, las vaquitas, los sembrados, los guaguas y los piojos perezosos que se quedaron durmiendo en el jergón.



Tan hondo se les clavó el dolor que produjo reacción en aquel grupo de hombres con ponchos alicaídos. Tiembla la furia sin saber dónde estrellarse. Un despecho así es muy grande para quedar preso en la cárcel del subconsciente. Hay un revuelo de ponchos como si la venganza se preparara a volar, a clavarse en alguien… ¡El Cabascango! Sí, él tiene la culpa por haber provocado la cólera de la Corte Celestial. Dios ha sabido vengarse quitándoles los trapos, los piojos, los guaguas anémicas y el mísero husasipungo.

Por él, por el Cabascango, han tenido que sufrir el castigo mil inocencias.

—¡Pur vus, caraju! —exclama el Taxi arremangándose el poncho.

—Pur vus…

—Sí.

—¡Sí!

Una sola voz de diez hombres que por fin han hallado hacia donde dirigir sus despechos, exclama:

—Si, caraju…

Y dirigiendo puños y aciales contra el Cabascango, el cual, acobardado ante aquellas caras feroces que le amenazan se pliega un árbol, en actitud suplicante:

—Acasu yu tengo culpa.

—Sí… Caraju… —gritan todos apaleándole salvajemente.

El Cabascango, viéndose perdido, cae de rodillas implorando perdón. Pero la furia no da tiempo de nada. El primer palazo eclipsa toda súplica. Ha caído de bruces, cada palazo es un alarido, cada puntapié, una queja.

—Ya nu más, pur Dios… Ya nu más, taiticús.

Mientras más suplica, más ponen los vengadores.

—Tuma, caraju. ¡Tuma¡

—Miserable cun taita Dius. ¡Tuma! 

Sintiéndose instrumentos del Divino Hacedor seguían apasionadamente machacando los huesos y la carne del compañero.

—Nu Nuuuu —bufa el apaleado retorciéndose.

—Dale… Dale, caraju…

Ya no se oyen las lamentaciones, sólo el ruido seco de los palos crispa los nervios de los árboles.

—Ya cru qui'stá judidu —exclamó el Taco dejando de pegar, y viendo que el indio ya ni se mueve, y recibe los palazos con indiferencia de costal de papas. Sólo la sangre mana por la cara pegada a la tierra, paralizando la acción furiosa que pone en fuga a los apaleadores.

El cadáver se pudrió allí, no hubo quien le recoja. Era un cadáver maldito; además los gallinazos sólo dejaron los huesos pelados cuando el cadáver se puso fétido

La aldea y el valle se poblaron de comentarios.

—Castigo de Dios —exclamo el cura.

—Castigo de Dios —afirman los viejos.

—Palpablito está el castigo de Dios —comenta el Jacinto.

—Cus taita Dius nu'ay pindijadas —confirman los indios.

—Castigo de taita Diosito —murmura supersticioso el tuerto Rodrígez.

—¡Castigo!

—¡Castigo del cielo! —dice don Alfonso frotándose las manos lleno de satisfacción.

Sólo el mayordomo no se atreve a decir nada, y cuando le preguntan si era castigo, responde incrédulo:

—Así será…

Pueblo e indios se llegaron donde el señor cura para tratar las condiciones de la fiesta, de la fiesta más solemne que se realizará en desagravio y homenaje a la Virgen. Por colecta popular depositaron en manos del santo sacerdote varios cientos de sucres. Desde entonces las indias le besan en la sotana, murmurando:

—Taiticu, Santo.



Los moradores de Tomachi se van cansando de esperar el pan, la vida holgada, el progreso, ofrecidos por los guías de la minga. Caen en un contentamiento de futuras bienaventuranzas. Son ellos con los indios los que hicieron el camino que se tiende como un tatuaje al pie de la montaña; pero el único que ha podido comprar dos camiones para transporte de carga y un autobús pasajeros es el señor cura Lomas. Cobra a sucre el viaje por persona y a cinco reales por quintal. Sabe exprimir las primicias de la civilización, en tanto los arrieros, un noventa por ciento del pueblo, se van arrinconando con sus mulas en las pesebreras.

La civilización le trae al cura todos los días el dinero a mano llenas:

—No dejaré pelo de acémila —exclama cada vez que los choferes le entregan el diario.

Y no hablaba de memoria, iba poco a poco, dejando a las acémilas sin pelos y a los arrieros sin pan. Ya no había quien traiga mishcado o sobre la albarda de una mula la sorpresa para una comida suculenta, ya no había a quién esperar a las seis para prender el fogón y hacer una mazamorra o cualquiera otra cosa, ya no había a quién hacer encargos, ya no había a quién vender las mulas.

—¡Carajo! —murmura el Melchor rascándose la cabeza, parado a la puerta de la choza y pensando en su vida de arriero cuando traía de Quito a las guaguas, matinés de colores con bastantes encajes en el pecho que eran la admiración del vecindario. Ahora, no tenía ni para mantener a los chusos que le sobraban, porque las grandes, sin querer sujetarse al hambre de la casa, huyendo las carishinas con los chagras mozos del pueblo que sintiéndose desocupados iban en busca de trabajo a Quito.

—Elé, par'eso nos ha servido el carretero —murmuraba en voz alta.

—Las hijas de Julio y del Audón tan'an seguido el mismo camino de las mías.

A las dos hijas de Melchor, afirman las malas lenguas haberlas visto en el burdel de la Cucu con Cintas y después viviendo en San Diego donde la negra Ignacia. Debe ser así, porque la Doloritas que llega casi todas las semanas donde los taitas, va bien pintada y obsequia a la mama con tres o cuatro sucres para que les dé de comer a los guaguas. Nadie le habla de marido, ni tampoco de dónde saca la plata.



En una de aquellas visitas, cuando el Melchor asustado de las habladurías del pueblo, exhortó a la hija:

—Nu' es de que's'tes degenerándote así.

La hija contesta:

—¿Y qué querís que hagamos? ¿Querís verme morir de hambre?... ¿Querís verles morir de hambre a los guaguas?

—No... —balbucea el chagra viejo sin atinar la contestación que acabe con todas estas artimañas de la hija, y lleno de ira, continúa:

—No sois más que una puta, carajo.

Masca lo amargo de la verdad la hija y reaccionando contesta:

—Y usté ca... No pasa de ser un borracho. Un carajo que viene a comerse el pan de los guaguas sin trair nada. Maricón.

—¡Carajo! —exclama el chagra queriendo abofetear a la Dolores. Pero es un carajo seco, cortado por la indiferencia de todos los miembros de familias, donde lee la aseveración que la hija prostituta acaba de lanzarle. Nadie protestaba. Nadie decía nada. El Melchor, corrido de vergüenza, se fue a sentar en la puerta de la vivienda pensando en aquello que él ya lo tenía pensado.

—Elé par'esto hemos hecho el carretero.

Le vino a la memoria las palabras del cura: "Por cada metro que avancen los trabajos taita Dios sonreirá". Ahora que ya está terminado el camino, ahora debe el buen Dios estar riendo a carcajadas.

A la vista de los sembríos los peones murmuran:

—Aura sí, guañucta va cujer patrún. Ujalá di güenos sucurritus a nusutrus pubres. Intiramenti istamos sin tiner con ludi criciente.

—¿Sólo en eso piensan, no? —interrumpe el Policarpio, que viene arreando a los indios e indias que hablan de esa manera.

La peonada dirigida por el mayordomo abre un portillo en el cerco del cebadal de hacienda. Después de tomarse una buena copa de puro dan principio al corte.



—Cuando tengan sed vendrán no más a pegarse un mate de esta güena chicha —exclama el Policarpio sentándose sobre los barriles en tanto los campesinos se desparraman en el oleaje del cebadal.

Inclinados sobre las espigas, manejan las hoces como mandíbulas de hierro, van arrancando y haciendo gavillas. Duelen los riñones de estar inclinados cortando espigas por más de una hora. Hay que estirarse poniendo las manos en la cintura y echando la cabeza para atrás; pero la voz aguardentosa del mayordomo, parado sobre los barriles como chacracama que se para en la choza zancuda para espantar pájaros, espanta todo posible estiramiento.

—¡Apuren breve, carajo!

Se inclinan todos los cuerpos como si un huracán les hubiese tronchado. Las hoces se ponen calientes, los cuerpos sudosos, el sol como mordisco de fogón en la espalda. La chicha da más sed, pero sudando de nuevo pasa no más.

A mediodía, montado sobre su mula Negra, se deja ver, en el lindero del sembrado la figura del patrón. El mayordomo semi borracho cabecea sobre los barriles.

—¡Ve, carajo! Lindo modo de cuidar —grita don Alfonso atolondrando el sueño de Policarpio.

—Patrón… Patrón —murmura el hombre parándose y sin orientarse de dónde le llaman.

—Vele, carajo; si no sabe ni lo que le pasa. ¿Durmiendo, no?

—No patrón, auritica no más me siento.

—¿Alcanzará la chicha para todo el corte?

—Bastantes roscas han venido a la minga, patrón.

—No sé… Vos tendrás que hacerme alcanzar sólo con eso. No estoy dispuesto a gastarme un centavo más. Si por casualidad viene algún chugchidor, le sacas a patadas. En las otras sementeras tan vengo advirtiendo. Se acabó esa costumbre salvaje. Se han creído que soy taita, o mama para darles de comer gratis. El chugchi… A robar la cosecha es lo que viene, carajo.

—Pero aura, patrón, sabiendo esto ca, a lo mejor van a dejar sin terminar pes.



—Se les hace terminar a fuete… ¿Acaso no son mis indios? Por eso a los de pueblo que había bajado con mujeres, con guaguas, con todo, creyendo que voy a ser pendejo como los otros años y que voy a consentir el chugchi, les mandé regresando con viento fresco. Que vayan a buscar quién les mantenga… Ya se acabó la época de los pendejos.

Al ver que los indios empapados en sudor, acezando, se limpiaban el cansancio en el revés de la manga y le miraban con caras brillosas de sudor, continuó compasivo:

—¿Ya les diste la chicha?

—De mañana mismo, patrón.

—No… Dales otro matecito… Siempre es bueno ser compasivo. Tener buen corazón. ¿No ves cómo están sudando?

Y satisfecho de haber mostrado su proceder magnánimo, picó a la mula y se alejó por el camino del pueblo, en tanto el Policarpio vuelve a los barriles, pensando en lo miserable que se había vuelto el patrón ese año. Antes no era así. Otros años ha dejado el chugchi, y otros años las cosechas han sido escasas. Ahora ha producido a manos llenas; las trojes están reventando, y por todos los rincones de la casa de hacienda se ven montones de grano maduro.

—¡Ah! Ya comprendo… Bien bruto mismo soy… lo que ha de estar queriendo es ayudar con buenos socorritos a los indios. Porque, claro…

Se puso a meditar en el aluvión, en los huasipungos arrasados, en los muertos, en la familia hambrienta. Acometióle una gana de beber. El patrón acababa de decirle que les de más. Llamó a todos y repartió buenas raciones de chicha y trago, sintiendo al

repartir el placer de una expiación. El también bebió con gran sed mientras pensaba: "Sí, ahora tendrá que darles dos fanegas de maíz, o dos fanegas de lo que sea, a cada uno". Sin hallar el motivo afirmó en voz alta:

—Sí, tiene que darles dos. Debe ayudarles necesariamente.

De pronto le atacó un cosquilleo psíquico… Je… Je… Je… "Sí, debes darles dos fanegas".



Se agrandaban los proyectos a medida que don Alfonso va pasando revista a las sementeras. Se ve en posesión de una gran recolecta, de una de esas cosechas que los amigos agricultores exclaman: "la lotería". En presencia de ese porvenir halagüeño, el terrateniente se dejada tentar por todas la formas de la avaricia. Hay que vender a buen precio, es una lástima que los chagras del pueblo no tengan plata para comprarles ahí mismo todo. Además, como es época de recolecta, en Quito también está el grano por los suelos. Esperaría. No dejaría desperdiciar una oportunidad tan brillante que Dios le ha puesto en sus manos. Lanzó un suspiro de angustia que asustando a la mula le hizo parar las orejas. Pero no… Guardará todo y cuando pase el bajo precio inundará el mercado de la Capital aprovechando el carretero. En este momento se abrió para él el camino en un abrazo económico. Por primera vez lo sentía suyo. No sólo el cura ha de aprovechar todos sus desvelos; pobrecito el cura; tendrá que alquilarle los camiones. Serás diez, veinte viajes. Acometióle un desate de sentimentalismo, amó sus cosechas que ya las creía perdidas. Su temperamento emotivo vibró en un amor entrañable para el cura, para el Jacinto, para el tuerto Rodríguez, para los hermanos Ruata; sin poder enumerar más personajes, exclamó con los brazos abiertos que daba espanto verle:

—Sí… Todos son nuestros hermanos.

Para evitar la cursilería de las lágrimas hostigó a la mula con las espuelas; el pobre animaluco sin adivinar los nobles sentimientos del jinete dio un brinco de corcovo y se alargó en una carrera tendida hasta el curato.

El viento que desmelenaba los árboles, en un remolino frenético, fue a estrellarse contra la puerta de la choza del Andrés, abriéndola de par en par y dejando ver un interior preñado de sorpresa. La Cunshi se apresura en tostar un puñado de maíz robado en el huasipungo vecino; apenas siente al intruso que ha abierto la puerta, le presenta el ceño fruncido, sus ojos cocidos en humo y su habitual gesto de boca abierta, de labio superior recogido que deja ver los dientes y la encía. Antes que olfatee el hurto la vecindad se apresura en ordenar al crío:



—Andá ponerís la tranca... Han di chapar las vecinas.

Con la cara embarrada en mazamorra, el guagua cumple la ordenanza poniendo un tronco tras la puerta, y vuelve al rincón donde le espera la olla con residuos tiesos de comida agria; antes de inclinarse sobre su merienda echa una ojeada coqueta al tiesto donde brincan los granos de maíz.

—Chachí nu más... Estu ca para taiticu'es. Vus ca ya's lamido la osha, qué más quirís.

Cuelga la jeta el rapaz y se sienta en el rincón haciendo carantoñas de hambre; pone la olla entre las piernas peladas y se resigna a seguir lamiendo. Algo es algo, peor es nada.

Cojeando, cojeando, por el descampado viene el Andrés. Acaba de ponerse al habla con los compañeros de la loma donde el hambre se deja sentir cruelmente. Desde hace una semana los indios esperan los socorros que el amo tiene por costumbre darles después de cada cosecha. Los socorros —una fanega escasa de producto— que, con el huasipungo prestado y los diez centavos de raya —que no los ven nunca porque siempre tienen algo que desquitar— forman el pago anual que da el patrón a cada familia india.

Sin duda a don Alfonso se le ha olvidado la costumbre, o tal vez sean verdad las murmuraciones de la aldea: "No va a dar este año socorro a los pobres indios; al contrario, está comprando maíz, patatas, trigo, todo, en las otras haciendas para mandar a Quito cuando se ponga a buen precio".

Un ladrido prolongado lanza el perro anunciando el paso del Andrés por la culata de la casa de hacienda, donde desde la

ventana de la cocina asoma la cabeza un olor a pan caliente, un saboreo de harturas que va a retorcer los estómagos en ayunas.

—¡Pindijada!

Apura el paso. Ojalá en la choza encuentre algo de comer; pero no obstante, con esperanzas de enamorado que ha recibido desprecios; regresa a mirar, una, varias veces. Es tan sabroso ese vientecillo que viene de la casa.



A la mañana siguiente, los indios van llegando uno a uno al caserío. Se sientan en torno del patio y se ponen a esperar que don Alfonsito se levante de la cama para mostrarles los ruegos y los desfallecimientos. Hasta la hora de la petición, hablan en voz baja de los socorros de otros años, como si quisieran convencerse de la fuerza de esa costumbre a fuerza de recordarla.

Como el miedo campesino no quiso comprometerse para llevar la ofrenda hasta las narices del patrón, fue recomendado el Policarpio para la ardua tarea de hablar.

Haciendo valer la comisión, el mayordomo, entra y sale en la casa, esparciendo entre los grupos noticias alarmantes:

—El patrón está así…

—El patrón ya se levanta…

—El patrón está tomando el café…

—El patrón está bravo.

Conforme los indios iban sabiendo las noticias, se agrupaban unos a otros desvirtuando su personalidad y creando una personalidad de masa.

De pronto, para el temor de los solicitantes, el patrón se presentó en el corredor, electrocutando el ruido de las pequeñas murmuraciones. Trae en los ojos mal humor de sueño interrumpido y en la mano el fuete rubricador de órdenes.

—¿Qué hay? ¿Qué quieren? —interroga.

En ese momento, un ciego hubiera exclamado. "No hay nadie". Era tan compresora la figura del amo cuando se le iba a pedir una gracia.

—¿Qué quieren…? ¿Se van a quedar así como unos idiotas?

Entonces fue cuando el Policarpio sintió el empujón de las miradas suplicantes de los indios y avanzando hasta ponerse frente al amo, habló algo turbado:

—Es que patrón… Ellos ca… Han venido a suplicar a su mercé haga la caridad de…

El Andrés y otros indios que estaban más cerca de la escena, al notar las vacilaciones del comisionado y nerviosos pensando llegado el fracaso, se apresuraron en continuar la súplica:



—Lus sucurrus, amitú…

—Muriendu di'ambre. Si dais ca, de onde pes.

Aquello fue como si se levantara la compuerta de las necesidades de la mesa; todos encontraron algo qué decir, todos creían que sus hambres eran las más fuertes, todos querían exponer la tragedia de sus huasipungos, todos murmuran algo porque todos tienen algo que pedir. El ruido caótico de la masa salió amenazante, con tintes de rebeldía que satisfizo a la esclavitud, pero que al mismo tiempo sembró temor en cada uno de los indios. Desviando la primera intención rebelde, caen en el convencimiento de las súplicas, caen en querer alcanzar la compasión de ese hombre adusto que se golpea nerviosamente con el fuete en las botas.

—Piti que dio huasipungo ca, ya si'acabú.

—Cun creciente ca, ni dunde parar tinimus.

—Siempre has dado pes, patrún.

—Aura nu más nu quirís.

—Sucurritu di maicitu para tustadu siquiera.

—Sucurritus.

—¡Sucurritis!

—Como se les habían acabado los argumentos, repetían maniáticamente:

—¡Sucurritus…! ¡Sucurritus!

Iba invadiendo el corredor un ruido que desesperaba a don Alfonso. Era el mordisco de la multitud que se le clavada en la garganta, y que haciéndole sacudir la cabeza le obligó a gritar:

—¡Carajo! Ya he dicho una y mil veces que no les he de dar. Es una costumbre salvaje.

—Para eso les pago diez centavos diarios. ¿Qué más quieren? ¡Fuera de aquí!

Las únicas que huyeron fueron las quejas, pero la multitud como sentía languidez de estómago y no se daba cuenta de aquello de "costumbres salvajes", se quedó inmóvil en muda insistencia. Al mismo tiempo, por la mente del amo pasaban en tropel ideas económicas. "Treinta quintales, por los menos, para regalar a estos roscas. Treinta quintales que se pueden vender a buen precio en Quito. Que pueden servir para pegar al cura por los camiones. Si no me porto fuerte no participaré efectivamente en el negocio de los gringos. Estos indios ladrones quieren llevarse el porvenir mío y de mis hijos. ¡Ah! Pero se han topado conmigo. Con un hombre". Entonces fue cuando asegurando el fuete con las dos manos y torciéndolo como arco de flecha para que la resolución que iba a lanzar de en el banco, exclamó:



—¿Qué esperan? ¡No han oído, carajo!

Clava el hambre a los indios en el patio. Esa inmovilidad excita la furia del amo. No sabe qué hacer, no sabe contra quien ir, los ojos no descansan buscando el punto vulnerable para desbaratar esa pandilla que le contempla alelada y dirigiéndose al Andrés, que se halla más cerca, le grita.

—¡Cabrones! No han oído que se vayan.

Para deshacerse de ese fantasma, le da un empellón que le tira al suelo. El Policarpio, temeroso de las consecuencias que podía traer al terrateniente la furia congelada en la mirada inmóvil de los peones, alzando al indio caído le reconviene en voz alta, para que oigan todos:

—No seáis rústico. No le hagáis tener semejantes iras al patrón. Si'a de morir.

Don Alfonso, sintiéndose mártir, murmura:

—Estos me van a matar. ¡Dios mío!

Alza los brazos al cielo y termina:

—Todo por qué… Por querer civilizarles.

Su voz de plañidera consternó a la muchedumbre. Aquella espera agobiante, callada, indecible, que tenía todos los peligros del estallido inmediato, se apacigua lentamente. Cuando taita

curita o el patrón se ponen a hablar con Dios, alzando de esa manera los brazos al cielo, es porque algo malo tiene que pasarles. Taita Diosito siempre oye la súplica de la gente blanca.

La indiada colgó su petición en la percha del miedo, percha poco resistente, percha que nunca ha dado resultados satisfactorios, perchas que si es clavada en la tozudez de la burguesía, se viene abajo porque se le ha clavado en queso. La petición cayó, se escurrió cautelosamente por la amplia puerta que da al campo.



Con sinuosidad babosa, olor a perro mojado, el Policarpio se acerca a don Alfonsito, que rellena con su postración un diván y se repite mentalmente, por centésima vez: "Soy inexorable en mis decisiones, como todo hombre trabajador que sabe lo que cuesta ganarse el medio".

—Oyé, patrón. Aura cuando los indios se jueron les alcancé a oír que hablaban en quichua, y decían: de noche hemos de venir a sacar lus sucurrus.

—¿Eh?

—Sí, patrón. Y si viene; como están hambriados, pueden hasta matarnos, pes.

—Eso podrán hacer con algún pendejo, pero no conmigo, que tengo la fuerza en la mano. Vuélate donde el Jacinto y dile que me mande los dos chagras que tiene de chapas, para algo se les ha de pagar la plata.

—Bueno, patrón.

—Espera... Espera. También dile que telefonee a Quito, que hable con el Intendente y que en mi nombre le pida un piquete de policía para dominar un posible levantamiento de indios. No te olvides: "en mi nombre".

—Sí, patrón.

—Y que a los chapas que les tiene ahí, me mande ya mismito.

—Así haremos, patrón.

Salió disparado el mayordomo, don Alfonso al sentirse solo fue presa de un miedo que crecía conforme la figura del Policarpio se alejaba de la casa. Entonces, como si hubiera visto que los indios entraran por la puerta en son de guerra, se dirigió al velador, sacó una pistola y poniéndose en guardia ante la puerta, amenazó:

—¡Ya, carajo!

Felizmente nadie asomó ni las narices y tuvo que guardarse el arma.

Con malestar que sube del estómago se echa de bruces sobre la cama agarrándose a la visión de las escenas macabras que comprueban lo salvaje de los instintos indios: visiones que en vez de aplastar su temor venían a robustecerlo. El crimen del Cabascango, fresco todavía, abrió el telón para mostrarle un escenario repleto de espanto. A don Víctor, el latifundista de las patillas de prócer, solamente porque el buen señor desvió las aguas del pueblo para llevar a su hacienda y producir sequía en los huasipungos, le despellejaron las manos y los pies, obligándole a caminar sobre un sendero de cascajo, hasta que caiga desmayado, hasta que pida perdón, hasta que se quede muerto.



A don Jorge que le echaron en una paila de miel hirviendo, cocinándose vivo, solamente porque este santo hombre tenía la costumbre de coger a las longas de seis, siete y ocho años y desflorarlas. ¡Qué salvajes!

Con estos recuerdos, don Alfonso se sentía en peligro y apenas vio llegar al Policarpio con los dos chagras policías:

—¿Telefoneaste? —gritó sacando la cabeza por la ventana.

—Sí, señor. El Señor Intendente dice qua ya mismito manda diez hombres en un automóvil. Y si no, aquí estamos nosotros —afirma el Jacinto mostrando los rifles.

A la noche el viento enronquece en los bosques de valle que están repletos de tinieblas. Por todos los rincones del campo parecen amenazar emboscadas. La casa de hacienda es un centinela que tirita por los ojos de los cigarrillos encendidos. Guiños que amenazan a las sombras. Tres policías se pasean con el fusil al hombre; los demás duermen en el corredor con sueño de chapa. De pronto, escalofría el silencio una detonación que vomita la casa. Ladra el perro, el amo se despierta sobresaltado. Siente desconfianza, la desconfianza que une a todos los latifundistas; no por el presente, es por el mañana. "Estos criminales irán despertando lentamente, de tiempo en tiempo, con tintes cada vez más espeluznantes, hasta que… no se le podrá aplastar como ratas…"

Se ahogó en una desesperación, cerró los ojos, respiró fuertemente, y murmuró a media vos entre las tinieblas:

—Para ese entonces, ya no viviré... Entretanto, que se jodan.

Afuera los chapas mataban el frío comentando las urgencias de sus familias.

—Son las sombras de los árboles.

—No; yo he oído algo por ese lado.



—Cashá, cashá pendejo, estáis viendo visiones. Esto ca nu'es Quito.

—Hasta cuándo nos tendrás, pes.

—Mañana tiene que mandarnos en relevo.

—Sí, pes. Mañana nos toca puertas y nos vamos estar aquí jodidos.

—Yo siempre mismo tengo qu'irme. No vis que mi mujer está parida.

—Cashate. Oís...

—Uuuu. Si'as sido bien maricón.

—Claro, como vos sois chagra.

—Mantenido con chapo, pes. Asimismo se oye ruidos en el campo.

Por la aldea y el valle cruzan ráfagas de hambre enhebrando casucas, chozas y huasipungos.

No es el hambre de los rebeldes que se dejan morir en las cárceles, es el hambre de los esclavos que se dejan matar.

No es el hambre de las estrellas de cine que conservan la línea, es el hambre de los indios que conservan la robustez de las *élites* latifundistas.

No es el hambre de los desocupados, es el hambre de los indios archi-ocupados-hambrientos.

No es el hambre improductiva, es el hambre que ha engordado las trojes de la sierra, que ha puesto motor en el orgullo de la aristocracia capitalina.

Hambre que toca el arpa en los costillares de los guaguas y de los perros.

Hambre que se cura con la receta de la mendicidad, la prostitución, el robo.

Hambre, carajo, que muerde las tripas de los indios callados, humildes. La humildad debe ser virtud de dioses; los indios se sienten hombres.

Hambre que se desborda, hambre que no pudiendo caber en las casas se arrastra por las calles, por la calle lodosa por donde ahora se ve arrastrarse mendigos indios, por donde se ve saltar los paralíticos, los tullidos, con salto de saltamontes.



Hambre que florece en las bocas de los guaguas tiernos.

En una callejuela que se desprende del camino real, sentada a la puerta de una choza, una india vieja, de labios violeta-oscuro, da de mamar al crío, un pequeño alelado de anemia que chupetea el seno exhausto, colgante, vacío, con pequeñas pausas lloronas. La mama insiste en meterle el pezón en la boca, pero el guagua cansado de succionar aquella estopa que ya no vierte ni sangre, masturba su debilidad mamando el aire.

Tres mujeres que suben de la vertiente con cántaros y pasan junto a la escena, recetan a la india:

—Por qué no le dais de mamar mazamorra de mashca.

—Nu'ay pes.

—Entonces leche de cabra.

—Nu'ay pes.

—Y de vaca…

—Pior.

—Va'morir el pobre guagua.

—Sí, pes. Qué tan será. No quiere mamar el chuco.

—El de l'india Encarnación tan dizque ha muerto así.

—Y un sobrinito mío tan.

—D'epidemia cro'qu'esta.

La figura del mono charlón, envuelta en la bufanda negra y con la cabeza hundida en los hombres, no resistió a la epidemia. Una mañana, las vecinas Teresa y Pancha le encontraron sentado en la banca, con la cabeza inclinada sobre el pecho y con un hilillo de baba sanguinolenta que le chorreaba de la boca. Supieron que estaba muerto porque tenía la mirada gris, cortada al rape la luz

vital, porque lucía una palidez verdosa, porque olía a cadáver, porque todos esperaban su muerte.

Los indios, aprovechando las tinieblas de la noche, hacían recorridos por la casa de la aldea en busca de algo que apacigüe el lloro de los guaguas. Todas las mañanas, por la dolosa calle se oían los comentarios exagerados de las vecinas. Unas veces era la Rosario, otras la Jesusa, otras el Melchor, otras la Juana.



—¿No entraría por aquí mi gashinita?

—Vecinitáaa. ¿No vio en un por si' acaso quién entraría anoche en la huerta? Toditica la cebolla han cosechado.

—Oyé... Ya se'an robado pes, ni puerquito negro.

—Compadréee. Dé, pes, viendo por'ay si'a entrado el gasho zaratano.

—¿Qué será de mis poshitos?

—El poncho nuevecito qu'anoche ha dejado la Carlota en la soga, aura va nos levantamos y quierdé pes.

—Cogiendo de matar sería.

—El Juan dice que les ha visto a los indios la otra noche rondando por aquí —comenta una mujer que ha sacado las cobijas a la puerta de la vivienda y da cacería a las pulgas andando en cuatro.

—Pero es un'infamia robarse del corredor la batea con los pusunes preparaditos par'aura —grita la mujer de Jacinto en medio de la calle.

—¿En este corredor di'aquí?

—Nooo. En el di'adentro. Shuguas de mierda. Onde les trinque les hago dar palo con el Jacinto.

—Ele'aura clara pes. A buen tiempo que ya no tengo ni qué me roben.

—¿Y l'escrito el Tomás?

—Sí, pes. Ya dizqu'está de chapa del pobre. Que apenas coja me'a de mandar algo dice en la carta que me dio leyendo el vecino Ruata.

Llega el Policarpio con una nueva súplica para el patrón.

—Aura que juimos al rodeo, encontramos pes, patrón.

—¿Qué?

—Que el buey pintado si'a muerto pes.

—¿El grande...?

—No. Ese coloradito, el viejo.

—¿Y cómo ha sido?

—No sé pes. En la loma l'encontramos tendido. Parece que ya es varios días porque apestando está.



—Bueno, qué le vamos a hacer.

—Sí, pes. Y m'e tardado porque. Aura los indios quieren que, como la carne ya está media podridita, les regale su mercé. Yo ca les dije que esperamos para avisar.

—¿Que les regale la carne? ¡No estoy loco! Ya mismo haces cavar un hueco profundo, y entierras al buey. Los longos no deben probar jamás ni una miga de carne. Donde se les de, se enseñan y estamos fregados. Todos los días me hicieran rodar una cabeza de ganado, me la mataran intencionalmente; los pretextos no faltan. ¡Carne de res a los indios! No faltaba otra cosa. Ni el olor. Son como las fieras, se acostumbran ¿y quién les aguanta después? Hubiera que matarles para que no acaben con el ganado. Del mal, el menor; le haces enterrar lo más profundo que puedas.

El mayordomo, que se había dejado arrastrar lentamente por los razonamientos de don Alfonso, después de limpiarse con el revés del poncho la nariz chata perlada de sudor, murmuró:

—Así miso es.

—¿Y no te han vuelto a decir nada de los socorros?

—No, patrón.

—Elé, ya s'está acabando. En veinte viajes que han hecho los caminos de taita cura ya no queda nada.

—Sí, pes...

—Bueno. Andá no más a hacer enterrar el buey.

Tuvo el diálogo un eco de cien mugidos del ganado que pasaba a encerrarse en la rinconada.

—¡Ah! Ve. ¿No ha bajado del monte algún toro?

—Ese que le mató al Lorenzo en la fiesta de la Virgen, dicen los longos que le han visto rondando por la talanquera.

—¿Cuántas cabezas tendremos ahora?

—Una seiscientas ha di' haber, patrón.

—Pregunto porque hay que ir dándose cuenta para hacer el inventario.

Por el camino de la loma va el mayordomo arreando a seis indios, la apatía que desde la falta de socorros se había marcado en todos los peones, cede ahora su puesto a la agilidad del paso, a las bromas y a las risas de fiesta. No les espera embriaguez de aguardiente, ni hartazgo de runaucho y cuyes de prioste, pero les queda la esperanza de volver ahítos de olor de carne de res, de volver con un buen pedazo bajo el poncho para asarlo a las brazas humeante de boñigas y de tusas.



El perro, con el hocico en alto, descubre una ráfaga que llega cargada de emanaciones de mortecina, corre en carrera tendida siguiendo suculenta, los indios que han adivinados las intenciones del mastín, no le dan tiempo de tomar la delantera y se precipitan entre risas y empujones; el mayordomo pica a la mula y hendiendo el aire con el acial, grita:

—Onde corren indios, carajos.

Nadie le hace caso y tiene que atropellar con la mula la desobediencia de los indios. Un longo se debate en las patas de la bestia cubriéndose la cara con el poncho.

—Te trinqué, no. ¡Toma, pendejo!

El ambiente vende vómitos con carácter de urgencia, de forzosos; las ventanas de la nariz, en vez de contraerse de repulsión, se abren palpitando de placer. Una veintena de gallinazos tiene que interrumpir su festín de intestino de buey, y alzar el vuelo porque unos indios se han puesto a cavar una fosa profunda junto a la mesa de las aves carnívoras.

Empieza el arrastre para echarlo en el hueco, ahora es cuando los indios sacan toda su agilidad de escamoteadores para ocultar una lonja de carne entre la cotona. La mortecina con las tripas chorreando, con las cuencas de los ojos vacías, con el ano desgarrado por lo picotazos de las aves carnívoras, con fetidez a carroña, se deja llevar por la peonada dejando un surco sembrado

de queresas. Murmullo de frases quichuas se filtra entre los arrastradores. El Andrés arranca un pedazo de carne que cuelga de la pierna y le mete precipitadamente bajo el poncho, mas, el acial del mayordomo le envuelve en un fuetazo que pesquisa hasta los huesos.

—Suelta, carajo.

No era vergüenza, era odio, era desesperación lo que el indio sintió al arrojar su pequeño robo al fondo del hueco. Dejaron caer la mortecina que hizo temblar la tierra. Sólo los gallinazos siguen poniendo coronas maniáticas sobre los enterradores.



Acurrucados en un rincón el Andrés y la Cunshi esperan con ansia que venga la noche para salir en busca de algo que llene la mano flaca y pedigüeña del cachorro que, ahora, se entretiene en avivar el fuego mortecino del fogón.

Cuando la noche ha cubierto con un manto negro la tierra, el Andrés, como una sombra, se levanta de su ocultamiento y murmura muy bajo al oído de la india, para que no oiga el guagua y no se emperre queriendo seguirle:

—Esperarís nu más. Ujalá taita Dios ayudando.

Se escurrió cautelosamente hasta el fondo de las tinieblas, dejando cerrada la puerta. El perro le hizo algunas fiestas y tuvo miedo de ir tras él, una raposa se le enredó entre los pies.

—¡Caraju!

Se barajó en la oscuridad como un ladrón. Ir al pueblo a buscar algún descuido le parecía ahora tan difícil. En que ya los descuidos escasean y los chagras se han puesto alerta. ¿A dónde ir? Había que regresar a la choza con algo. De pronto se le clavó muy hondo en la resolución una idea. ¡La mortecina! ¡El buey! Si el patrón le descubre le molerá a palos. Siente momentos de vacilación, pero como no hay otro riesgo que correr era indispensable correr ése.

Temeroso, como lobo, que se acerca al redil olfateando en las tinieblas la ruta oculta, se desliza loma abajo. El viento le aletea en el rostro hartándole de esperanzas.

A la misma hora algunas chozas dejan escapar bultos que también se barajan entre los matorrales y los recodos. Los ojos del Andrés, hechos ya a la oscuridad, alcanzan a divisar las siluetas de unos hombres que corren de un cobijo a otro del campo.

"Caraju maldición isos cojudos ya mi delantaron".

Más allá asoman otros, y más allá otros. Se le evaporó el miedo de la rivalidad. Al unirse tuvieron como saludo el silencio de las compresiones, más aún la satisfacción de la cita puntual.



Se les ve acercarse con paso apresurado hasta la tierra floja que cubre el hueco, sepultura de la mortecina.

Parecen sombras que raspan la tierra con las uñas, en una precipitación que cada vez se va haciendo pesado por el eructo fétido que despide el hueco. Se emborracharon de asco hasta repartirse la presa, hasta ocultar bajo la cotona y el poncho lonjas de carne adobada de queresas.

El Andrés, abrazado a su ración, se siente solo, perdido en las mil angustias de la vuelta. Nunca, ni cuando se trajo la gallina del pueblo, sintió un temor tan asfixiante como el que ahora se le anudaba en el pecho. Había roto la prohibición del amo —el amo y el cura, cosas de Dios—. Y era por eso que, al menor ruido, ponía pausas de acecho en su carrera desesperada.

Después sólo pudo correr, correr hasta que la angustia tropezó con la visión de la choza y se quedó atrasada.

Abre la puerta y la cierra precipitadamente atrancándola con el descanso de su cuerpo excitado de miedo.

La Cunshi le recibe con una sonrisa, —sonrisa de preguntas— el guagua alela el llanto, en el fogón las llamas se levantan y abaten más nerviosamente y, hasta el perro, le interroga con la cola.

El indio se alza el poncho, se desabrocha la cotona manchada por fuera de sangre, de sangre que ha destilado la presa robada. La india y el guagua se sobrecogen de espanto creyendo que el Andrés viene herido y que se desabrocha la cotona para enseñarles su dolor, mas, el indio, va despegando de su carne y de la cotona un gran pedazo de carne hedionda.

—Qué venís pes mishcando. Guanucta está… —comenta la india cogiendo la presa y, luego, sin quitarle las queresas, se pone a asarla a la brasa.

Sentados en el suelo alrededor de la lumbre el Andrés, la Cunshi y el guagua, con los ojos prendidos en la carne que dora el fuego acrecentando la fetidez, saborean la próxima hartura haciéndoseles agua la boca. La Cunshi va volteando el asado para evitar la chamusca y a cada volteo se chupa los dedos, poniendo fiebre de excitación en los estómagos de hijo y padre. El perro, que siempre se ha creído miembro íntimo de la familia, imitando a los amos, también se sienta a esperar su parte; con parpadeo continuo evita que la lumbre le escale los ojos y con leves gruñidos y lenguazos amorosos en los cachetes del cachorro gana la simpatía de la familia. A un ruido apenas perceptible que llega del exterior, el perro se lanza al campo, escurriéndose por una juntura ancha que dejan los palos de la puerta, con ladridos que parecen morder a banda amenazante de ladrones. La familia se pone alerta, y, el Andrés cogiendo un cuchillo con mango de palo que le sirve a la Cunshi para pelar la cuchipapa, se encara con las tinieblas, les enseña la hoja acerada que sólo tiene limpio el filo y les amedrenta con el gesto adusto de los que están dispuestos a jugarse la vida en defensa de alimento. Se apacigua apenas la noche y le da unas palmaditas de brisa helada en la cara. El perro regresa meneando la cola. Sintiéndose defraudado, el indio amenaza al animaluco.

—Aura verís.

Sin oír reconvenciones el mastín vuelve a su sitio, entonces la Cunshi, quemándose las manos que las refresca con la lengua, hace pedazos el asado trinchándolo con los dedos. Hay fuego de satisfacción en los ojos de los que devoran. Fétida está la carne; eso parece condimentar el apetito porque las caras de lo miembros de la familia han sacado a relucir sus faces de satisfacción. Las queresas se han mezclado con el juego que ha hecho sudar el fuego, ya no se las distingue, y aun cuando se las distinguiera eso hace bulto para llenar la panza.

Siempre el hartazgo trae sueño; todos los ojos se clavan en el jergón extendido sobre el suelo pelado. El Andrés quitándose el sombrero y el poncho, que es lo único que se quita para dormir —tampoco podría desembarazarse de la cotona y el calzón de liencillo porque entonces se quedaría desnudo— se rasca la cabeza por todo lo que no se ha rascado en el día y se tiende sobre los cueros de chivo saturados de orines y de mierda de guagua tierno: cobijándose con los ponchos viejos, despereza el cansancio y llama a la hembra y al pequeño para que le hagan abrigo. Se apaga el fuego porque la india le echa un mate de agua, luego saca a patadas al perro que presto se ha acomodado a los pies del jergón ya no hay más que arreglar, coge al crío que cabecea en la mitad de la vivienda y se acurruca amorosa junto al macho.



Estaban acostumbrados al olor nauseabundo del jergón, pero aquella noche les pareció más hediondo que nunca; era un olor que se aferraba a la garganta meneando el estómago y revolviendo las tripas. Se suceden los eructos. Caen en la pausa de los que no quieren moverse porque el movimiento trae el vómito. Cierra los ojos el Andrés, se pasa la mano por la barriga, muy despacio como el que acaricia un gato al cual no se le quiere despertar, él no quería despertar a su dolor que se anunciaba ya con un hilar constante en el bajo vientre. Procura quedarse quieto, se llena la boca de vinagreras a las cuales cree mascar con fuertes apretones de dientes. Tiene pena de devolver lo que con tanto trabajo le costó conseguir. Apurado se levanta y junto al umbral de la choza, vomita más de lo que comió.

—¿Ya vomitaste?

— Arí.

—A mi tan queriendo duler barriga está.

—Casharís, nu. Durmí nu más…

A los pocos la Cunshi se pone a batallar con una sofocación extraña, con un dolor que se le anuda en el estómago, con una arcada seca que le sube la garganta sin querer pasar de allí.

—Ay… Ay… Ayayay.

—Ay… Ay… Ayayay.

—Dijarís durmir.

—Ay… Ay… Ayayay.

—¿Qué duliendo?

—Las tripas.

—Querís qui unte sebo.

—Nu'ay.

—Entonces ladrillo caliente.

—Güeno.



A tientas va el indio al fogón, escarba en el rescoldo quemándose las manos y aplica en la barriga de la Gunshi un ladrillo que todavía guarda el fuego del hogar.

—Arrarray, caraju… Quimando está.

—Mijor… Aguantarís nu más.

El sinapismo indio anuda con más coraje el dolor de estómago. Entre comentarios, entre ayes, entre gritos de la mujer, del guagua, y entre carajos y maldiciones de Andrés, pasaron la noche.

Por fin empieza a filtrarse la luz mañanera por el tejado de paja con impertinencia de gotera que cae sobre la modorra del Andrés y de la Cunshi, los cuales, cansados de buscar remedios para el dolor de barriga, cayeron en una postración de fuerza, en un letargo que el cansancio y la mañana obligan. La hembra, atontada de sofocación, reaccionó a la primera claridad, quiso levantarse porque el trabajo del huasipungo está sin terminar. Se sentó con gesto soñoliento de intoxicada, las fuerzas le abandonaron y cayó pesadamente sobre el guagua que protesta con un lloro largo que sirve de despertador al roncar del taita.

—Casharís, pendejo —amenaza el indio levantándose; luego busca los aperos del campo y trata de despertar a su mujer:

—Cunshi… ¡Cunshi! ¿Todavía duele barriga?

Hay un silencio extraño en la cara de la mujer.

—¡Cunshiiii!

Una ráfaga de vida pasa sobre aquel rostro amoratado, anímanse los ojos y exhala un quejido.

—Caraju… Quí sirá pes güeno —murmura el marido rascándose la cabeza.

—Si quirís ca, durmirás nu más utru pite.

El guagua se despierta levantando los ponchos y un olor a excremento fermentado.

—¿Ya ti'as cagadu nu? —interroga amenazador el padre.

El pequeño, por toda respuesta, menea la cabeza negativamente y regresando a mirar el sitio donde ha dormido se convence y hace que su taitico también se convenza.

—Entunces di dunde sale pes iste ulur —continúa el indio revolviendo las cobijas.



Era la Cunshi que se había cagado en la cama como si fuera guagua tierna.

—Cumu si juera guagua tierna —repite el indio mirando las piernas y el cuello embarrados de la hembra, sin atreverse a reprenderla, sin atreverse a decirle nada.

—Ve pes, tuditicu hechu'na pushca.

Saliendo a la puerta llama al perro:

—Totototototoooo.

Con cara de fiesta se presenta el animaluco y, a una indicación del amo, hace el aseo de las piernas de la enferma. El indio pasa la mirada de la lengua del perro, que lame los excrementos, a la cara de la Cunshi, que sopla fiebre.

—¡Basta! —grita al ver que la voracidad canina olfateo bajo la camisa de la mujer queriendo morderle una nalga.

Aun cuando respira fatigosamente, esa inmovilidad, ese sueño mañanero nunca alargado tanto por ella, asustan al indio. Y ahora, viéndola así, toda embarrada de mierda, le entra una ternura de padre; le acometen remordimientos recordando a los perros que él ahorcaba en el patio de hacienda, a los perros mañosos que roban las sementeras en tiempo de choclos. Cuando mueren colgados de la cuerda que les ahorca, se cagan y se mean como ahora se había cagado la Cunshi ¿Estará muerta? Se apresuró en cogerle la cara, está más caliente que nunca. Le tapa con un poncho, y advirtiendo al cachorro que se esté calladito porque la mama está dormida, coge los aperos para el campo y se mete por el sendero a paso largo.

Avanza alelado, como si en su vida se hubiera abierto un paréntesis, un hueco en el cual no acababa de caer, de llegar

al final, de estrellarse de una vez contra algo que le deje hecho papilla. Mentalmente busca apoyo, pero todo se torna huidizo a su requerimiento. Vio a todas las caras como caras de burlas, vio a todos los dolores indios como dolores de risa, de mofa. ¿Qué son entre los grandes dolores de los hombres blancos? Para sus angustias no había más remedios que sudarlas en el surco, y por eso, hundía en la tierra el arado con más fuerza y azotaba a los bueyes con más furia. Toda la mañana se pasó repitiendo, maniáticamente: "Como si juera guagua tierna", y al repetir, sentía que con las gotas de sudor se iban gotas de lágrimas.



A mediodía no pudo resistir más a la curiosidad de saber qué pasaba en su huasipungo y, dejando abandonada la yunta, sin avisar a nadie porque no le hubiera dejado ir, corrió loma arriba sin tomar en cuenta los gritos del mayordomo. La carrera, el viento que baja ululando del páramo, el perfume de la tierra recién arada refrescan las inquietudes, pero no obstante, se esfuerza por correr más de prisa.

El cachorro le recibe llorando, se le aferra a las piernas sin dejarle entrar a la choza, y le repite con grito lastimero:

—Mama… Mama…

En mitad de la vivienda, la Cunshi se retuerce con los ojos extraviados, amoratados, con el cabello revuelto en torno de los hombros, que le da un aspecto de posesa, casi desnuda. Debe ser el mal que ha entrado en ella, debe ser el mal el que la obliga a retorcerse así, el mal que la estropeará hasta matarla, piensa con espanto el Andrés; e impulsado por un desangre de dominios, se tira sobre la enferma, estrangulando los movimientos con todas las fuerzas de sus manos, atenazándola los brazos y clavándola contra el suelo. La mujer lanza un grito remordido. Con el cabello desordenado, mordiendo el dolor que cruje entre los dientes, se arquea, pero el indio que está alerta, clava ese movimiento con la rodilla. Pasan unos minutos de paz en la lucha, después de los cuales, la Cunshi hace la última contorsión por zafarse del peso que la aplasta, del peso que ha centrado toda la fuerza en una desesperante voluntad de vencer. Postración, silencio rígido. Desesperado, el Andrés, ante tanta inmovilidad, se afana buscando resistencias; centuplica la fuerza

que cae groseramente sobre carnes fofas, sobre cuerpo chirle, sobre algo que no responde. Sube la desesperación hasta darle contra el suelo —como lavandera que azota a la piedra para sacar el percudido de la ropa—. Se afana en sacar vida de lo que sólo es un cadáver. ¿Por qué no se mueve? Está listo a domar todos los espíritus malos por convulsivos que aparezcan. Se queda abismado en una pausa de contemplación, inclinado sobre aquel rostro descompuesto, sobre aquella espuma babosa sanguinolenta que se alarga en la comisura de los labios hasta enredarse en el cabello, sin duda buscando un átomo de vida que se le ha perdido en ese desierto de rigidez; sólo halló un piojo que haciendo maromas sobre un pelo tomaba la dirección de la mata espesa. Después, nada.



Mudo, cansado, sin atreverse a salir de su postración, inclinando su dolor sobre el rostro de la muerta, siente que las lágrimas le corren incontenibles. Afuera, el guagua sigue llorando y el perro, cansado de ladrar, aceza a la sombra de la choza.

A la tarde llegó el Policarpio en busca de noticias.

—¡Andrés! ¿Por qué veniste no más corriendo, ah? Como nadie responde, el mayordomo abre la puerta del cercado del huasipungo y husmea desde el umbral de la choza; al darse cuenta de lo ocurrido, afirma:

—Bien'echito. Por shuguas, por comerse la mortecina; el longo José Rafael tan ésta dando botes en la choza. Por no saber oír.

—Pero aura ca, darís pes pidiendo un alguito a patrón para velorio.

—Ya voy a ver si quiere dar —afirma el Policarpio interesándose en el recado por la perspectiva de embriaguez que se le presentaba.

Los parientes y amigos empezaron a llegar al huasipungo trayendo buenas raciones de comentarios y lágrimas.

Dos indios músicos, el uno soplador del pingullo y el otro tocador del tambor, se sitúan a la cabecera de la muerte tendida en el suelo entre cuatro mecheros de sebo que arden en tiestos de barro cocido. Empiezan tocando un aire de San Juan, monótono, desesperante, aburrido, que no cesa desde entonces sino cuando a la muerte se le da sepultura.

El marido, por ser el miembro de la familia más próximo, se coloca a los pies del cadáver en un lloro y en una serie de lamentaciones interminables. Entre el fluir de las lágrimas y de los mocos se oye:

—Ay Cunshi sha.

—Ay bunita sha.

—Quien ha di cuidar pes puerquitus.



—Pur qué ti vais sin shivar cuicito.

—Ay Cunshi sha.

—¿Sulitu dijando, nu?

—Quién ha de cuidar pes guaga.

—Ay… ay… ay.

—Vamús cugir hierbita para cuy.

—Vamús cugir liñita in munti.

—Quien ha di ver pes si gashina está cun güeyvo.

—Ay Cunshi sha.

—Ay bunita sha.

—Pur qué dijando suliticu.

—Guagua tan shorando está.

—Ashcu tan shorando está.

—Maíz tan quejando está.

—Monte tan oscurre, oscuro está.

—Ya nu tiniendu, pes ni maicitu, ni mishoquito, ni zambito, ni nada… purque ya nu'as di simbra vus.

—Cuando hambres tan con quien para shorar.

—Dunde quiera consiguir para dar pustura nueva.

—Ay Cunshi sha.

—Ay bunitiquita sha.

—Utrus añus qui venga tan guañucta himus di cumer.

—Este año ga, Diusitu castigandu. Muriendu di hambre estabas, pero cashado, cashado.

—Ay Cunshi sha.

—Ay bunitiquita sha.

Secos los labios, secos los ojos, seca la garganta, seca el alma, el indio sigue gritando las excelencias de la mujer, porque en el silencio de la choza frente a los compañeros borrachos y

llorones se podía decir todo. Cuando se le notó agotado, ronco de llanto y de tanto hacer recuerdos le arrastraron a un rincón donde se quedó hipando lágrimas por no poderlas frenar a raya; estonces vino otro de los miembros íntimos a sustituirle en el duelo; también se le arrastra después de una o dos horas de lamentaciones y se le arrincona como poncho viejo. La música monótona del San Juan y los barriles de guarapo fiados donde la Juana van avivando lentamente el coro de lamentaciones. 

—Ya mi toca chasquibay —murmura uno de los tíos de la difunta levantándose de su sitio y dirigiéndose a la plañidera de turno a la cual le coge de los sobacos y le desprende de sus lloriqueos, para luego postrarse él, dando gritos histéricos.

El Andrés bebe de firme como si quisiera emborrachar un odio que ha perdido el timón y que vaga a la deriva en su interior. Odio que de tanto dar la vuelta en busca de un blanco tiene que clavarse en sí mismo. Así tres días.

El chasquibay o esta especie de duelo, se consume de podrido, se consume por la fetidez del cadáver que se descompone y que lo acrecenta sudores humanos, olor de bocas borrachas y excrementos de guagua tierno.

—Jachymayshay.

—Jachymayshay.

—Arí.

—Arí.

—¡Jachymayshay! —empiezan a murmurar todos como si hubiera notado la llegada de un extraño visitante. Se apresuran a poner el cadáver en una especie de tablado y, rezando viejas oraciones quichuas, en procesión, le trasladan al río para el jachymayshay. Es el último baño de aguas lodosas. Cuatro mujeres le dejan desnuda, le meten en el agua y, con estopas de cabuyas, le soban el cuerpo hasta dejarlo limpio como nunca estuvo. Al extraerle del baño, toda la comitiva se disputa por cazarle piojos y liendres en la cabeza.

El Andrés, en cambio, a la misma hora, entraba en el cuarto a tratar con el párroco la misa y el entierro.

—Ya estaba extrañoso de que no vinieras —salmodia del buen ministro de Dios apenas divisa al indio.

—Cumu de figurar pes, taiticú.

—Pobre Cunshi, tan buena que era.

—Dios sulu pay, taticú. Aura viniendo pes a ver cuantu di shivar pes su mercé por entierro.

—Ven conmigo un momento para que tú mismo veas lo que te convenga, lo que guste, lo que estés dispuesto a pagar. En este tienes plena libertad —murmura jovial el cura guiándole por

entre los puntales que sostienen a la iglesia desvencijada.

Una sementera de cruces florece a la culata del santuario, es el husasipungo del señor curita.

—¡Mira! —ordena el buen párroco, pasando la vista por el campo de cruces con codicia igual al terrateniente observador de sementeras bien cargadas.

—¡Jisuuus!

—Ahora bien, estos que se entierran aquí, en las primeras filas, como están cerca del altar mayor, más cerca de las oraciones y desde luego más cerca Nuestro Señor Sacramentado —se saca el bonete y hace una reverencia de caída de ojos, poniendo un aire de misterio a sus afirmaciones— son los que van más pronto al cielo, son los que generalmente se salvan. De aquí a cielo no hay más que un pasito. Mira… Mira…

Le mete por los ojos las cruces rodeadas de violetas, de geranios y claveles. Y arrimándose al tronco de un ciprés sigue haciendo la mercadería con empaque de verdulera ladina.

—Hasta el perfume es de cielo, hasta el ambiente es de paz, de bienaventuranza. Todo respira virtud, óleo santo. ¿No hueles? En este momento quisiera tener en mi presencia a un hereje para que me diga si estas flores se pueden dar en un jardín humano. De aquí, un pasito al cielo.

Después de este sermón dio algunos pasos y empezó de nuevo la charla, ante las cruces que se levantaban en mitad del cementerio.

—Estas cruces de palos sin pintar, son todas de indios pobres. Como tú puedes perfectamente comprender, están un poco más alejadas de santuarios, los rezos llegan a veces, a veces no. La misericordia de Dios, que es infinita —otra reverencia y

otro saludo con el bonete— les tiene a estos infelices en el Purgatorio. Tú ya sabes lo que son las torturas del Purgatorio, son peores que las del Infierno.

Viendo que el indio bajaba los ojos como si tuviera vergüenza de que a la mercadería que él pensaba comprar se les trate mal, el buen ministro de Dios se apresuró a consolar:

—Pero no por eso dejan de salvarse. Algún día será. Es como los rosales que ves aquí: un poco descuidados, envueltos en malezas, les ha costado mucho para llegar a librarse a las zarzas y los espinos, pero al fin y al cabo, algún día dieron flores, dieron perfume.



Así diciendo, avanzó unos pasos más y afirmó poniéndose serio y agarrándose de voz y gesto apocalípticos:

—¡Y por último…! No camines más —grita viendo que el indio avanza campo adentro.

—¿Acaso no percibes un olor extraño? Algo fétido… Algo azufrado.

—Nu, taitucú.

—¡Ah! Es que no estás en gracia de Dios.

El indio sintió un peso sombrío que le postraba las fuerzas y con torpe y tembloroso movimiento se dedicó a hacer girar el sombrero entre las manos.

Acorazándose de arrogancia y con mirada desdeñosa de tirano, el cura señaló el rincón final del cementerio, donde ya no se ven, ni flores: donde las ortigas, las moras y las lenguas de vaca crecen en desorden de cabellera desgreñada; donde un zumbido de abejorros y zancudos hace más tétrico el lugar.

—Allí… Los distantes… Los olvidados… ¡Los réprobos!

Como si la palabra le quemara la boca, como si tuviera un relámpago siniestro, se desembarazó de él:

—¡El infierno!

El indio, al oír semejante afirmación, se ocultó ante la figura santa de cura.

—Calma, calma —salmodia el buen ministro de Dios, recobrando su mansedumbre de apóstol de Cristo, pero no obstante, se decide a rematar sus afirmaciones:

—Mira ese aspecto, huele esa fetidez, oye ese clamor. Son los ayes, la putrefacción, el retrato de las almas condenadas.

—Arí, taiticú.

Frotándose las manos, el hombre de la sotana entró de lleno a tratar de la cuestión económica.

—Como tú te has portado siempre servicial conmigo, te voy a cobrar baratico, cosa que no hago con nadie. Por la misa y el entierro en las primeras filas sólo te puede costar veinticinco sucres; en las del medio, que creo serán las que convengan, te cuestan quince sucres. Y… en las últimas, donde sólo habitan los demonios, cinco sucres. Cosa que no te aconsejaría ni estando loco; preferible dejarla sin sepultura, pero como es obra de caridad enterrar a los muertos, hay que hacerlo. Ya sabes… En las primeras veinticinco, en las segundas quince y en las últimas… No… No quiero ni nombrar aquello.



—Taiticú… —quiso objetar el indio.

—Fíjate, antes de hablar; es natural que todas las oraciones que ya no necesitan los de la primera fila, aprovechen los de la segunda, a la tercera no llega nada, no tiene que llegar nada. ¿Qué son veinticinco sucres en comparación de la vida eterna? ¡Nada! ¿Qué son quince sucres para que las almas tengas la esperanza de salvarse? ¡Nada!

—Bueno pes, taiticú. In primera a si ser di'nterrar.

—Así me gusta. De ti no se podía esperar otra contestación.

—Perú taiticú… Hacé pes caridad.

—¿Qué te rebaje? Para eso tienes las del centro. La pobre Cunshi padecerá un poco más pero se salvará, se salvará.

—Nu… Nu, ribajar. Que hagáis al fío, taiticú.

—¿Eh?

—Fiá pes. Yo disquitando in trabaju, in lu qui quiera pes taiticús. Si querís ca, disdi cuatro di mañana venir pes disquitar in simbrado, in arado…

—Uuuu.

"Entra al cielo al fío… Y si no me paga quién le saca" —piensa el párroco antes de atreverse a dar una contestación.

—No se puede. Eso es una estupidez, mezclar las burdas transacciones terrestres con una cosa celestial. ¡Dios mío, qué es lo que oigo!

Como el cura empezara a alzar los brazos al cielo, el indio le suplicó apuradísimo:

—Nu taiticú. Nu livantéis brazus.

—¿Entonces, qué dices? Veinticinco, quince… O… Como el indio se quedara boquiabierto haciendo esfuerzos inauditos por comprender la contabilidad de las operaciones celestiales, el cura se decidió a sacarle de su apuro, afirmándolo:



—Allá todo es al contado.

—Bueno pes, taiticú. Voy buscar plata. Ujalá tan encontrando.

—Tienes que sacar de donde quiera. La salvación del alma es lo primero, y sobre todo la salvación del alma de un ser querido… De la Cunshi… De la pobre Cunshi… Tan buena que era, tan servicial, tan simpática.

Lanzó un suspiro y presentó cara compungida; al indio se le saltaban las lágrimas.

Cuando el Andrés estuvo de vuelta en la choza, los deudos roncaban amontonados en una esquina; la muerte pedía sepultura a grito fétido, a grito nauseabundo que le dio un empellón haciéndole vagar por los caminos sin rumbo. Desorientado, abatida la cabeza sobre el pecho, haciendo de su cuerpo una interrogación, avanza borracho de preguntas que le cosquillean en el cuerpo con fiereza ladina de renacuajo de páramo. Cinco sucres el Infierno, o sea medio barril de guarapo. Veinticinco sucres el Cielo. Es tanta plata que no se le puede ocurrir el equivalente. ¡Veinticinco sucres!

—¡Veinticinco sucres!

—¡Veinticinco sucres!

Iba repitiendo, como si tocara llamada a los billetes dispersos por la montaña.

—Tuc… tuc… tuc.

Así llamaba la Cunshi a los pollos, a las gallinas, al gallo colorado.

Se puso a murmurar por lo bajo buscando por el suelo algo que debía acudir a su voz solícita; sus ojos vagaron en inútiles pesquisas por entre las basuras del camino, por entre los pencos de las tapias, pos entre los surcos del lodo abierto por la huella de las carretas, en ese carril para la Cunshi… El cielo está tan alto. El vagaba por la tierra y dicen que le Infierno está bajo la tierra. ¡Infierno! ¡No! ¡No!



Parecía decirle el paisaje adusto, repleto de fiereza agreste, de cangagua dura de cavar, de cangagua que ha puesto callosidades en todas las manos indias, de cangagua, arena y páramos que se han vuelto fecundos a fuerzas de abonarlos con sudor y sangres de indios.

—¡Imposible!

Le gritó el sol prendiéndole en la nuca banderillas de fuego. Ese sol, receta para todas las tuberculosis. Horno donde se tuesta el puerco-hornado indio.

—¡Imposible!

Protestó el camino abierto y tapizado con las osamentas de los compañeros.

—¡Imposible!

Murmuraron los pantanos con zumbido de zancudos y castañetear de dientes palúdicos.

—¡Imposible!

Ulula el viento del páramo, ese viento experto en clavar a los arrieros en el tapial de la muerte con el alfiler del soroche.

—¡Imposible!

Protestan los huasipungos, ellos han sabido pagar con creces todas las inconciencias indias y todas las conciencias blancas.

—¡Imposible!

Protesta el corral de hacienda donde se ordeñan las vacas, donde se ordeñan las indias, donde a la Cunshi le ordeñaron por más de cinco meses.

—¡A la Cunshi, no!

Protesta por primera vez el indio; mas su protesta queda diluida en el paisaje. Apura el paso como si fuera preciso llegar un punto fijo donde le van a pagar los veinticinco sucres. Allá, por la

hondonada, unos cuantos cuentayos llevan a encerrar el ganado en la rinconada. Se detiene apoyando su cansancio en una esperanza difusa. Son cientos de cabezas que forman una mancha parda. Enfoca las pupilas hechas a lejanías, cobra aliento en un suspiro, se rasca la cabeza, suelta un carajo y toma un chaquiñás que le lleve a la hacienda. Una vaca, que parada al través del sendero alarga el hocico sobre los pencos olfateando pasto tierno, lo detiene en la marcha.



—Caraju, vi pis, cumu han dijadu vaca —murmura estirándose para espiar al valle. En la lejanía la mancha parda es un puntito, la inicial de lo que va a pasar al estado de evocación. Rápidamente busca un punto elevado del campo desde donde pueda dar voces al descuido de los cuentayos. Trepa una tapia, pero de improviso se le aflojan todas las buenas intenciones. Una vaca puede valer sesenta sucres. Se le puede vender en cuarenta. Se le puede vender en menos. No encuentra otra salida. Robaría la vaca para mandarla a la Cunshi al Cielo con billete de primera, siguiendo la costumbre de los amos que meten en las hacienda a trabajar para enviar a sus hijos a Europa.

Irías a Tomachi a vender su robo; mejor a Pintag, donde sólo le conoce el carnicero Morejón. Esperó la noche y se metió camino abajo.

Aún no se encendía el reflector del cielo, cuando el Andrés, todo sudoroso, dejaba las res en casa del Morejón y volvía al huasipungo a todo correr apretando en la faja ocho billetes de a cinco.

Se poblaron de pesquisas los caminos: buscaban al ladrón los cuentayos, al modo y manera de la sierra, dejándose guiar por el olfato de los perros, por las huellas de las pezuñas, por la dirección de la llama que a manera de cabellera bermeja flota en la punta de los leños que sirven de brújula.

—Patrún diju qui'a di'acer cargo a noostros, cien socres.

—Cumu'a di ser justo.

—¿Quién shuguaría la vaca?

—Taita Dius cumu'a di castigar pes así.

De esta forma se lamentaba a cada paso los cuentayos; y al renacer la esperanza en ellos, alguno ordenaba:

—Levantá la leña ve, pur dúnde ha ido shugua.

El que tenía el leño encendido lo alzaba como bandera, entregándolo a las corrientes del viento. La llama, al inclinarse a la derecha o al izquierda, suelta lengüitas de fuego que bombardean una dirección, dirección que obedecen los buscadores como si ese fuera el puntero bermejo, el dedo índice de la mejor brújula pesquisa.



—Pur aquí.

—Pur aquí.

Gritan lanzándose a la carrera en busca del ladrón. Así, una, dos horas, hasta volver a caer en una desorientación de cansancio.

Tres días de averiguaciones sacaron sobre mil conjeturas la verdad.

El teniente político, en nombre de la justicia y de la ley —y por orden del señor Alfonsito— sancionó el hecho.

Como el delincuente no podía devolver la vaca robada ni el costo de la misma, y como el párroco alegara la imposibilidad de hacer transacciones con cosas de Dios, al criminal se le cargarían cien sucres a la cuenta de anticipos; además, como era necesario hacer un escarmiento en pro de la moral indígena —así los gringos no tendrán que abismarse ante los corrompidos procederes de estas gente de campo—, don Alfonso y el teniente político creyeron necesario añadir, a los días de cárcel y a la cancelación del robo en forma de anticipo forzoso, una sanción pública en el patio del caserío.

—Será una lección de escarmientos. Una vez más los indios verán por sus propios ojos que el robo, la pereza, la suciedad, la falta de respeto a las cosas del amo, la falta de humildad, sólo conducen a eso: el látigo, el castigo, la cárcel, la horca —gritaba don Alfonso antes el Jacinto.

—Lo que usted diga. Estos indios perros le van a quitar la existencia. Onde pes un patrón como usté.

—Por eso ya me voy a desligar de todo. Ya vienen los gringos. Ojalá en manos de esos hombres dominadores del hierro, que han sabido arrastrar el carro de la civilización, se puedan componer estos roscones. Pero yo no quiero ser más la víctima.

—¿Siempre nos deja mismo señor?

—Y qué vamos a hacer, hijo —murmura sintiéndose padre en escena cruel de despedida.

—He estado alargando la entrega porque al fin y al cabo el lugar de nuestros sufrimientos y de nuestros trabajos nos aprisiona más fuerte que el lugar de nuestros placeres, esto lo había oído de boca de un poeta capitalino, pero ahora caía de perlas.



—Bueno, entonces, voy a ordenar todo lo que usted me ha dicho.

—Sí, que palpen el castigo.

Como plaza de feria está lleno de indios el patio. La presencia del amo tiene acogida de silencio hostil. Una centena de pares de ojos se clava en el Andrés, que sale de la casa entre dos chagras policías y seguido del crío que va orgulloso del taita.

En el centro del patio, no invadido por la peonada, se levanta la estaca, que es todo un árbol seco donde se sujeta la furia del ganado cuando se le marca con hierro de hacienda, donde son llevadas las vacas bravas que no se dejan ordeñar, donde se ahorcan los perros en tiempos de choclos.

—Tráiganle acá —ordena el Jacinto que está junto a la estaca desenrollando una huasca.

Arrastrado por dos policías hasta los pies del teniente político, es conducido el ladrón; se le desnuda, se le atan los dos pulgares con el cabestro.

—Verán que esté bien ajustado. No se vaya a zafar y se salga corriendo. Vos pasá la otra punta por arriba.

Uno de los policías, obedeciendo a la voz de Jacinto, echa la cuerda por encima de la horqueta abierta en la punta de la estaca. Los brazos y la espalda desnudos del indio se estiran en una actitud de súplica, como melcocha prieta que se empieza a

batir, obligada por la huasca de la que tiran dos chagras desde un extremo del patio.

—A la voz de una —dice uno de los chagras notando que los tirones se vuelven pesados.

—¡Unaaa!

Crujen los huesos.

Un alarido.



—¡Unaaa!

Se bambolea el indio colgado a regular altura. La cuerda le atenaza los pulgares con mordisco de fuego. A cada movimiento de las piernas del colgado, la cuerda aprisiona más de firme y los calzones de liencillos, que es lo único que le han dejado, se le empiezan a escurrir de la cintura. Un longo que estaba aprendiendo a contar, ejercita en voz baja su sabiduría contando las costillas del Andrés.

Era para la multitud como si acabasen de izar su bandera, su símbolo. En campo cobre tostado se borda escamas de suciedad; a los lados, los costillares en cuyas junturas hay uno que otro piojo dormido. Remata la cabeza de cabellera cerdosa y desordenada. La bandera se agita a cada foetazo, la indiada acompaña con silencio.

El teniente político se quita el poncho, se escupe en las manos y a gesto de don Alfonsito, hace silbar el acial en el aire, silbido que se clava en la espalda, desgarrando la carne prieta.

Estremécese la multitud en un murmullo de angustia y la bandera india empieza a retorcerse en epilepsia de dolor.

Desde un rincón, con salto felino, se abalanza el cachorro a las piernas del hombre que está azotando al taita y le clava un mordisco en el muslo.

—¡Ayayay, carajo! Suelta longo hijo de puta —grita el Jacinto procurando desembarazarse del muchacho, que se aferra a la presa con los dientes y las uñas.

—Dale foete, carajo. Que aprenda desde chico a ser humilde —grita el amo.

Con ayuda de los policías y del Policarpio, logra el teniente político zafarse de la fierecilla que se le ha enredado en los pies

haciéndole perder el equilibrio de su ecuanimidad de juez, haciéndole caer en una furia de chagra togado.

—¡Longo hijo de perra! —masculla lanzando lejos al crío de una patada en el estómago que le deja dando botes. Sin perder un segundo, se tira sobre el pequeño y le azota con el acial hasta retorcerle como lombriz, hasta dejarle desmayado, vencido.

La desesperación y el llanto infantil anegan el alma de la indiada, sacudiéndola en temblor de lágrimas. Hasta las indias se sienten en estado de gritar. ¡Basta, carajo...! ¡Basta! Pero la protesta se da contra las paredes de la humildad, de la resignación de los barrotes que desde chicos les pusieron el cura, el amo, el teniente político, todos los blancos predicadores de moral, todas las *élites* de la civilización que viven buscando espaldas sumisas sobre las cuales pase el carro del progreso, donde van ellos y sus satélites. Entre la muchedumbre, de contrabando, se dejó sentir un leve susurro de lágrimas y mocos de indias.



Una vez castigado el insolente muchacho, el político se dirigió a terminar su tarea. Vuelve el acial a hender el aire y a marcar caminitos rojos en la espalda renegrida.

Uno, dos, cinco, diez.

Una pausa para tomar aliento, para escupirse en las manos, para volver a empezar. El fuerte apacigua los gritos, apacigua las convulsiones, acalla las súplicas, inmoviliza el pataleo. Las espaldas del delincuente se hallan rojas de sangre, la cabeza se abate, sólo el fuete es capaz de hacer oscilar el cuerpo inerte. No vale la pena gastar las fuerzas en vapulear un cuerpo desmayado.

Desafiante el Jacinto le murmura al colgado:

—Indio carajo, ¿por qué no aguantáis pes más? Maricón...

Por toda respuesta, el indio se bambolea colgado de la estaca como bandera en mástil después de una tempestad.

Padre e hijo llegaron a la choza en brazos de la multitud. Allí se les curó las heridas con una mezcla de aguardiente, orines, tabaco y sal; y se bebió guarapo hasta el embrutecimiento.

En el pueblo corría de boca en boca la noticia de la llegada de los gringos.

—Traen plata.
—Dizque son generosos.
—Ojalá nos saquen de la hambruna.
—¿Vais a encontrarles?
—Por aquí no más se les ha de ver pasar.
—Luchitaaá. Barrerás la delantera de la tienda. Qué dirá esta gente extranjera viendo las basuras en la calle.



—Las máquinas tan dizque traen.
—Más de veinte dice Jacinto que son.
—Güeno está.
—Güeno está.
—Vivan los gringos.

Sacaron banderas colgadas en carrizos a las puertas de las chozas, como se usa en la capital los días del Corazón de Jesús y de la Dolorosa, las chagras casaderas se peinaron con agua de manzanilla para que se les aclare el pelo y se pusieron el matinée con cintas de colores chillones. Todos tenían preparado el viva de los entusiasmos. Por eso el puebluco se engalanaba con su gusto exagerado de campesino.

El cura y el sacristán se habían subido a la torre, el pretil estaba repleto de mujeres y hombres, y en la calle, pisando en los charcos de lobo, los muchachos, jinetes en caballos de carrizo, daban vivas a los señores gringos. Sólo los indios pasan como sombras en mitad de la batahola de preparativos. Cuando los blancos se divierten en esa forma es porque algo malo caerá sobre ellos. Esos polvos traen lodos donde se sumerge la carne indígena.

A la diez de la mañana, sin tomar en cuenta las galanuras del pueblo, pasaron a toda marcha tres automóviles repletos de gringos y siete camiones repletos de maquinaria. Las vivas preparadas se ahogaron en la sorpresa y en la velocidad de los automóviles. Sólo quedó entre la población los comentarios.

—Mamitá, yo le vide a un señor de pelo bermejo.
—Yo tan le vide.
—Qué bonitico, parecía taita Diosito.
—¿Tendrán mujeres?
—¿Tendrán guaguas tiernos?

—No dizque beben trago.

—Pior puro.

—Pior guarapo.

—Cashá pendejo. Qui'an de tomar esas cosas. Eso es bueno para naturales no más.

Y comentando, comentando, metieron las banderas y se cambiaron de ropa.



Encaramados en una tapia, Mr. Chapy y don Alfonsito hacían sobre la vasta plana de la sierra, con el puntero afilado de los índices, el croquis para los primeros trabajos.

—Esto está bueno sin chozas. Nosotros tendremos que poner nuestras casas ahí, nuestras oficinas, todo —comenta el gringo apuntando la riberas del río.

—¡Ah! Lo que yo ofrezco, cumplo.

—Sí, nosotros le habíamos dicho a Mr. Julio que esto era indispensable, nosotros necesitamos vivir como gente, en buenas casas, con buena ventilación, y estas orillas me parecen cosa buena. El carretero no es malo.

—Tuve que hacerle a pulso.

—Buen pulso éste. *Well*… *Well*… En esa loma nosotros pondremos el aserradero grande —afirma Mr. Chapy arrastrando el castellano en la carreta de una pronunciación que tiene los ejes de las erres y de las eses mal engrasados.

—¿Allá? —interroga el terrateniente señalando un grupo de huasipungos.

—*Yes*. Era para esto lo que yo decía a Mr. Julio que necesito limpio todo.

El gringo seguía señalando diferentes chozas que, ateridas de frío entre las breñas de la montaña, se dejan cazar por la necesidad civilizadora de Mr. Chapy.

—Tenemos bosque para un siglo —se atreve a comentar don Alfonso con risa melosa del que cree vender bagatelas.

—Y otra cosa más todavía. No ha leído usted que la cordillera oriental de estos Andes está llena de petróleo —afirma Mr. Chapy en tono confidencial.

— ¡Ah! ¿Siii?

—No sabía usted? A buen tiempo que ya tenemos firmado el contrato. Aquí tenemos petróleo.Yo examinando esto. Usted y su tío tendrán buena parte en el negocio

— Qué grandes son ustedes los Yanquis.

—Yes. Ustedes no saben de eso. Yo trabajando mucho, emprendiendo en esto en todos los países de Suramérica. Pero como a nosotros no nos gusta llenarnos de orgullo sino la plata, nosotros no decimos nada y ponemos pretexto de la madera. También madera buen negocio, y para empezar. Estos países muy brutos cuando no quieren dejarnos sacar el petróleo.



Guiña el ojo y ríe a mandíbula batiente.

—Pero usted está aquí seguro, nadie se atreverá a levantarle un dedo. No faltaría otra cosa. ¿Quién, quién puede ser capaz de hacer lo que han hecho ustedes? Han traído la civilización —grita el terrateniente, dando una patada histérica en el pedestal de tierra, pero la tapia, no soportando pataditas de emoción, se desmoronó, desmoronado a don Alfonsito, que entre nubes de polvo dio con su humanidad en el suelo. La carcajada del gringo fue un duchazo de agua fría que empapó de vergüenza al terrateniente.

—Amigo… Ve usted cómo no sabemos dónde pisamos…

Cayeron sobre los primeros huasipungos, con voracidad de gallinazos, los señores gringos, hasta dejar las chozas en huesos.

—Va saliendo —grita uno de los hombres desde la puerta del cercado a una india que molía cebada en piedra y a dos guaguas que espantan las gallinas sin dejarlas acercarse al maíz puesto a secar en mitad de patio.

La india y los guagua se quedaron alelados, sólo el perro respondió con un ladrido largo.

—Vayan breve saliendo. Aquí vamos a empezar los trabajos.

De la choza salió un indio.

—Pur aquí nus sacar pes. Este ca mi huasipungo es. Desde tiempo de patrún grande miso.

—Nosotros no sabemos nada. Ve saliendo. En la montaña hay terreno de sobra.

Como el indio de opusiera al despojo, uno de los hombres le dio un empellón haciéndole rodar sobre el maíz, mientras ordenaba a los chagras armados de picas, barras y palas.

—Ya; fuera todo.

Caía la techumbre de paja en pedazos sobre la desnudez del hogar indio. Ante los ojos curiosos del sol se destapa la olla de cultivos de la miseria, donde la magnificencia de una cultura feudal había guardado por siglos el secreto de la nobleza dorada.



—Caraju… Y di avisar patrún… —amenaza el ultrajado sin saber a quién dirigir su despecho y su impotencia.

—Te ha de mandar pateando.

Acobardado el indio, al verse rodeado de la mujer, de los guaguas y de los harapos, suplicó:

—Entonces… ¿Dúnde vamos pes a cainar amitú?

—Ya se les ha dicho que en el monte. Por el momento no se necesitan esos terrenos.

Con cara de enigma se quedó prendido sin atreverse a pronunciar palabra el despojado. Había gritos en todas las bocas de las familias. Se les arrancaba del pecho, como quien saca de cuajo una víscera, lo más querido para el campesino, su pegujal de esclavo que le dio de comer desde que abrió los ojos.

Cómo decirles que no abran a los cuatro vientos el vientre de su casa, cómo convencerles que ése es el único hueco donde se puede dormir todos los cansancios. El grito de protesta se perdería en el valle, acrecentando el griterío de las lágrimas de los guaguas y de la mujer, de suyo ya insoportable. A favor de la perplejidad sucedió todo; el desmoronarse de las paredes tapizadas de hollín, sobre los trapos del jergón, sobre el montículo de boñigas secas de vaca, sobre el poncho, las ollas de barro, sobre la vejez del abuelo acurrucado en un rincón.

Hizo una maleta con los trapos, las gallinas y el maíz, cargó al taita paralítico y seguido por la mujer a quien encomendó la maleta, por los guaguas y el perro, el indio se entró por el camino del monte pensando ir a pedir posada al compadre Tucuso. En

el camino fue encontrando otras familias daspojadas, entre ellas también se hallaba la del compadre.

El hijo del Andrés, que había bajado por agua al río, volvió al huasipungo en una sola carrera y entre pausas de fatiga avisó al taita.

—Tumbandu istán chuza Cachiluma. Amo teniente políticu dijo qui viniendo va estar chuzar di taita.



—¡Caraju! ¿A quitar huasipungo?

—Arí, taiticú. Yu ca, uyendo quidé pes. Dundi'l patuju Andrés diciendo estaban.

—Dundi'l patuju, ¿nu?

—Arí, taiticú.

—Nu'an di rubar así nu más caraju —afirma el indio.

Sin encontrar la defensa inmediata se puso pálido, con los ojos muy abiertos. Cómo podían arrancarle del pegujal si se sentía clavado como árbol de montaña. Tendrán que turbarle con hacha.

Entretanto, a la puerta de todas las chozas situadas en la loma grande que no pasan de una centena —las otras se diluyen en las distancia y como todavía no llega el despojo a ellas, se acurrucan muy calladitas entre las maleza pretendiendo pasar desapercibidas—, aúllan las noticias levantando revuelos de protesta taimadas. Los hombres se arremangan los ponchos alistándose a recibir la chispa que haga explotar esa fuerza angustiosa que está a punto de desbordarse por los ojos, por las manos, por los dientes. Mascan los carajos como tostado y piojos. Se rascan la cara y la cabeza hasta hacerse sangre, la sangre que les hacía falta para lavar su odio.

¿Dónde están las voces que llaman? ¿Dónde se han metido? Parece gritar la impaciencia de los indios que entran y salen alocadamente en las chozas, que olfatean entre las breñas de la cordillera. La mayor parte se dan en el pecho con los puños amenazando a la naturaleza impávida, como si afirmaran: aquí tenemos fuerza, aquí el río se ha estancado y en sus entrañas hay arcilla fecunda que tapizará los campos. ¿Donde están las voces que llaman? ¿Dónde se han metido? O es que nos tienen miedo… ¿Dónde está el martillo que haga añicos el dique? ¡No queremos

más! En nuestras entrañas hay fuerza de aluvión, hay fuerza de odio de esclavo, nosotros llevamos la tierra fecunda en nuestra entrañas mezcladas con nuestra sangre.

¡Hombre de la ciudad venid, carajos! ¿Dónde están las voces que llaman? ¿Dónde?

Toda la loma con sus cien huasipungos jadeaba en medio del valle como si hubiera tomado vida en la hiperestesia de la espera.

Se secan las bocas, se escaldan los ojos escudriñando entre el monte. 

Allá como una huasca sonora de mil lazos, la voz del cuerno que sopla el Andrés, subido a una tapia, les arrastra en torrente ciego.

Parece que la loma se ha despertado, mientras el valle y la montaña con sus mil huasipungos siguen dormidos. Despertar parcial, despertar esporádico que pone más furia desordenada y salvaje en los rebeldes. El cartel sonoro del cuerno no entró en todas las chozas. Las cien familias indias se precipitaron solas. La tierra siente el cosquilleo de los pies desnudos que corren: los huasipungos de la loma parecen cambiar su actitud de acurrucamiento pacífico, por el acurrucamiento de atisbo de las barricadas. Los árboles son torres inalámbricas con su telegrafista que ha abierto los ojos en la punta. Las abras y las zanjas de las rocas se engordan de arsenal bélico.

Las cien familias se precipitan montando el potro de su odio. Asoman al huasipungo del Andrés con la furia la furia colgando de la jeta. El Chiliquinga sintió tan hondo la actitud desesperada de la muchedumbre que se congregaba a su alrededor, con las piel erizada de picas, hachas, barras, puños, que cayó en un momento de desorientación. Crispó la mano sobre el cuerno lleno de alaridos rebeldes y, pensando en no defraudar la sed bélica de la indiada, inventó la palabra que les sirva de bandera. Saltó de la tapia gritando:

—¡Ñucanchic huasipungo!

—¡Ñucanchic huasipungo! —aulló la muchedumbre levantando en alto sus armas como perro que eriza el cogote para lanzarse a la riña. El alarido rodó por la loma y horadando la montaña fue a clavarse en el corazón de la burguesía.

—¡Ñucanchic huasipungo!

La congestión se desangró chaquiñán abajo llevando revueltas todas las formas de los ayes, de los gritos. Para precipitar la marcha, se echaban en el suelo y se dejaban rodar por la pendiente. Caminan sorprendiendo todos los silencios del paisaje, toda la impavidez campestre; chiflan con todos los dedos metidos en la boca; enarbolan ponchos y sombreros y, sobre todo, lanzan el alarido: "Ñucanchic huasipungo!". Grito que salía deshilachado en mil voces. Sudan como cañas en incendio, el incendio del sol que es un toque de rebato. En mitad de la turbamulta, las mujeres, desgreñadas, sucias, casi desnudas, seguidos por centenares de mocosos con las nalgas al aire, lanzan lamentaciones que engordan el griterío de los machos:



—¡Ñucanchic huasipungo!

Se aferran al gritan con manía de posesos. El batallón de cachorros, que imitando a los taitas se ha armado de bejucos, de ramas secas, de leños, de ramas de ortiga para enronchar el culo de los ladrones —como la mama les enroncha cuando se mean en la cama—, también grita:

—¡Ñucanchic huasipungo!

Sin saber siquiera hacia dónde les llevará el grito.

El primer estrellón de los enfurecidos fue contra el grupo de hombre que avanzaba capitaneado por el Jacinto. Advirtiendo el peligro, quisieron huir, pero era tarde, todas las carreras de salvación habían partido dejándoles clavados en el andén de las angustias, envueltos en gritos que perforaban peor que balazos. Se había prendido el fuego por todos los costados, tenían que carbonizarse en el círculo de llamas que se iba estrechando.

El Andrés, con cojera que se apoya en los muletos de la furia, se lanza sobre el Jacinto, y firma si cancelación de venganza sobre la cabeza del teniente político con su grueso garrote de eucalipto. Cae el chagra, arrimando con las manos su equilibrio en el suelo.

—¡Caraju! —bufa el indio, con satisfacción de haber cazado un piojo que le venía chupando la sangre desde chico.

Sin poder enderezarse, el chagra, y andando en cuatro patas, esquiva los golpe, enloqueciendo los ojos del indio que le dan caza.

—¡Carajuuu! —repite al ver que la presa se mete entre los matorrales con figura asquerosa de garrapata que se oculta entre los pelos de la axila.

Le coge del culo, le saca arrastrándole, le da de golpes hasta verle tendido, con todas las contorsiones agónicas rígidas.



—¡Aura ca, muvé pes, caraju, maricún!

Seis cadáveres, entre los que se contaban el de Jacinto y el de tuerto Rodríguez, se quedaron tendidos en el chaquiñán. Los guaguas se apresuran en rodear la novedad de la muerte; boquiabiertos, con las ramas de ortiga y los bejucos en alto, como les habían enseñado a llevar las velas en las procesiones de Corpus, se quedan contemplando la rigidez de los chagras.

—Levantando ga a di morder —embroma el hijo del Andrés Chiliquinga.

Todos los chiquillos se retiran recelosos, pero como ven que el de la broma se queda junto a los cadáveres, regresan con ánimos de jugar con esos hombres que les quieren tomar el pelo haciéndose los dormidos. Primero les tocan con los pies, luego con las manos, les dan con los palos, les hurgan en los oídos y en la nariz, y, por último, se mean sobre ellos haciendo comentarios picarescamente infantiles.

—El clamor llegó a la casa de la hacienda en alas de comentarios alarmantes. Mr. Chapy, acariciando en el hombro del terrateniente, murmura:

—¿Ve usted amigo que no se sabe dónde se pisa?

—Huyamos a Quito.

—Sí, huyamos a traer fuerzas armadas.

Tres automóviles van por el carretero a toda máquina, como perros que huyen con el rabo entre las piernas, temblando de espanto y de velocidad ante el alarido del valle que hace estremecer a la tierra.

—¡Ñucanchic huasipungo!

—¡Ñucanchic huasipungo!

Parece dormido el caserío; los indios entraron en él centuplicando los gritos y sacudiendo el marasmo de las viejas puertas de labrado aldabón. Por las ventanas se asoman gritos. Sacan de la cocina, de las pesebras, de los trojes, a la madres, a las hermanas, a las hijas. Aun cuando las bodegas estaban vacías porque todo el grano había sido trasladado a Quito, en la despensa hallaron abundante comida para todos. Llegó el hartazgo y el recelo de esa casa que parecía haberlos tomado presas. Decidieron hacerse fuertes en sus propios huasipungos, sin comprender que esa decisión era una derrota.



Con la presteza característica de un buen Gobierno se envió trescientos hombres bien armados a sofocar la rebelión. En los círculos gubernamentales la noticia cayó, como han caído siempre estas noticias, como un acto de barbarie contra la civilización.

—Que se les mate.

—Que se les acabe.

—Que se les elimine.

—Hay que defender a la gloria nacional: Alfonso Pereira. Hombre que se hizo solo un carretero.

—A la gloria financiera: Julio Pereira.

—A la desinteresada y civilizada empresa yanqui.

Cuando la tropa llegó al pueblo, don Alfonso impartió órdenes al oficial que comandaba:

—Ojalá se les coja vivos a unos cuantos para hacer escarmiento.

—Creo difícil: cuando el famoso levantamiento en Cuenca, mi general Naranjo que era bien compasivo les amenazó haciendo descargas al aire y todo fue inútil; son necios.

—Como salvajes que son.

—Hubo que matar a todos, más de dos mil quedaron tendidos. Carajos, y si uno no está alerta lo pueden fregar —afirma el oficial tomándose una copa doble con el terrateniente, servida por la mujer de Jacinto que empezaba a inquietarse por la tardanza del marido:

—Elé aura que será pes de mi Jacinto.

—Ha de estar escondido por ahí, no le han de dejar pasar… Hasta que él venga y hasta que el señor oficial cumpla su deber puedes mandarles a ver a taita cura para jugar una caida.

—Será cuestión de dos horas —afirma el oficial despidiéndose.

—Tómese otra, esto da coraje.

A media tarde, el alboroto de los rebeldes fue clavado en la sorpresa por las tachuelas de las ametralladoras.

Se sienten encantados los guaguas oyendo algo que ellos se imaginan voladores o cohetes.



El griterío de fuego esparció a las familias indias como perdigones sobre la loma. Patrullas de soldados. Como quien sale a cacería de conejos, rodearon a los fugitivos.

—Vete, entre esas matas está asomando la cabeza uno.

—Sí, carajo… Se está escondiendo de los que avanzan por el otro lado.

—Verás mi puntería.

Suena un disparo, el indio crispa las manos en el pecho, propónese formular una queja al cielo, pero un segundo disparo troncha queja de indio.

—Cashate, carajo… ¿Vis en ese árbol?

—Dejá, le bajo yo como pájaro.

Se desgaja la presa abatiendo las alas del poncho que se enredan entre las ramas dejando al indio colgado.

Unos cuantos guaguas con sus madres se han refugiado bajo el ramaje que se inclina sobre una enorme cocha de agua lodosa, una ráfaga de metralla les obliga a un zambullón ilimitado, ríe el agua en una explosión de burbujas y luego se aquieta para siempre.

El ladrido de los fusiles saca a los indios de todos los escondites.

Pasan las horas, va hundiéndose el sol entre algodones empapados en la sangre de los charcos.

Una veintena de indios se han hecho fuertes en le huasipungo del Andrés Chiliquinga que está situado en el filo de la quebrada grande.

—Tenemos que atacar de frente. La pendiente es dura, y…

Es cortada la conversación del oficial por la embestida de un enorme pedrón que baja la pendiente brincado con furia de toro. Los soldados se vuelven toreros.

—Carajo, si no me hago el quite.

—¡Indios de mierda!

Metidos en la zanja que se abre delante de la choza, los amigos del Chiliquinga hacen rodar piedras y disparan con una escopeta de municiones para cazar tórtolas.



El glorioso batallón trepa abriendo filas y pasando en la defensa de los peldaños que ponen las ametralladoras con su vomitar constante de puntos suspensivos. En la zanja, las mujeres, los guaguas y los indios empiezan a quedarse inmóviles. Aúlla el dolor por todas las bocas. Los ayes se revuelcan formando nidos de lodo sanguinolento. Los guaguas mueren en el regazo de las madres, las indias mueren en el regazo de los alaridos infantiles. Entre nubes de polvo y de dolor, los pocos indios y los pocos muchachos que quedan se defienden a piedra. De improviso, a la mandíbula inferior de la zanja le brotan dientes de bayonetas; el refugio se convierte en hocico carnívoro que se goza en triturar a la indefensa indiada con sus caminos de acero.

—Pur aquí, taitucó… —murmura el hijo del Chiliquinga tirándole del poncho al taita y conduciéndole por un pequeño desagüe que da a la choza, cuatro indios que han oído la invitación del guagua también se meten presurosos por el conducto salvavidas, andando a gatas, llegan a la choza, aseguran la puerta con todo lo que puede servir de tranca. El paréntesis de receso lo ocupan en limpiarse la cara embarrada de barro sanguinolento, en escupir, en echar maldiciones, en rascarse la cabeza, en mirarle con odio taimado al Andrés, en arrinconarse en sus desesperaciones. Afuera, el ladrido de las ametralladoras va apagando los ayes. De súbito la techumbre pajiza tiembla acribillada por una ráfaga de metralla. El guagua del Andrés que hasta entonces había puesto coraje en todos los rebeldes, con su despreocupación infantil, se pone a temblar como un palúdico; todos clavan la vista y la compasión en el pequeño. Una segunda ráfaga obliga al cachorro a dar un salto que va a colgarse del pescuezo del taita como escapulario de temblores.

Menudo y débil, el hijo, se aferra a los harapos del Chiliquinga con llanto incontenible que anuda todas las angustias en las gargantas.

—¡Casharís, carajo! —ordena el taita tragándose las lágrimas.

—¡Casharías, maricón!

Roe la rata del fuego el tejado pajizo con pequeñas protestas explosivas.

—Nus van asar cumu cuiyes, caraju. 

El humo lo asfixia: la desesperación, el miedo, el llanto del guagua, el despecho de los rebeldes. Tose uno, tosen todos, con tos que desgarra la garganta. La muerte, pero con un poquito de aire. Empieza a caer el tejado en pavesas.

—Abrí puerta.

—Abrí la puerta, caraju.

Gritan torciéndose de asfixia, con el grito del que pide ser fusilado.

Hacia atrás queda el barranco, encima el fuego, al frente los fusiles, y, envolviéndose todo, el humo.

Aplastado por la desesperación el Chiliquinga lanza un carajo, coge al guagua bajo el brazo, abre la puerta y murmura.

—Salgan maricones.

Y poniéndose en el umbral de la puerta, cerrando los ojos, apretando al hijo bajo el sobaco, con grito que se clava más hondo que las balas:

—¡Carajuuuu… Ñucanchic huasipungo!

Corre ladera abajo, corre con desesperación del que quiere morder el ladrillo de las ametralladoras; tras él van todos llevando el grito:

—¡Ñucanchic huasipungo!

Todo enmudece, hasta la choza ha terminado de arder. El sol se asfixia entre tanto algodón empapado en la sangre de los charcos.

Sobre la protesta amordazada, la bandera patria del glorioso batallón con ondulaciones de carcajada sarcástica.

¿Y después?… Los señores gringos.

Entre los despojos de la dominación entre los chozas deshechas, entre el motón de carne tibia aún, surgió la gran sementera de brazos flacos, como espigas de cebada, que al dejarse mecer por los vientos helados de los páramos de América, murmura, poniendo a la burguesía los pelos de punta, con voz ululante de taladro:

—¡Ñucanchic huasipungo!

—¡Ñucanchic huasipungo!

# Glosario



Achachay: Exclamación que indica mucho frío.
Aguacates: Fruta de trópico.
Agusunadu, cumu: Con gusanos, como.
Ahijándole, con el acial: Llevarla con el acial como a guagua tierno.
Aladeando: Poner a un lado.
Amaño: Tiempo para acostumbrarse al matrimonio, tiempo para conocerse económica, moral y sexualmente.
Amitú. Amito: Generalmente, los indios cuando hablan castellano, cambian la o en ú.
Anaco: Bayeta que se envuelven las indias en la cintura a manera de polleras.
Antuco: Antonio.
Arí: Sí afirmación.
Arraray: Exclamación que indica haberse quemado.
Asho: Perro.
Aura: Ahora.
Ave María: Forma de saludo indígena.
Barchilón: Practicante de medicina.
Brivi-vi: Breve-ve.
Ca o Ga: El primero del mestizo y el último del indio; sólo sirven para dar fuerza a la frase.
Cabuya: Fibra extraída de los pencos.
Caída: Juego de baraja española.
Cainar: Pasar el día.
Canelazo: Infusión de canela con buena dosis de aguardiente.
Cangagua: Tierra árida.

CARAJO: Exclamación de cólera. No tiene traducción. Se le usa en todo. Es mala expresión.

CAREO: Descanso de los gallos para prepararlos a un nuevo encuentro.

CARISHINA: Cari-hombre, mujer como hombre. Desviación sexual.

CARRIZOS: Planta gramínea, sus tallos sirven para construir cielo-rasos.



CONCHABANDO: Conquistando.

COTEJAS: Iguales para la pelea.

COTONA: Especie de camisa.

CUCAYO: Provisión de comestibles para el trabajo.

CUCHIPAPA: Patata de cerdo.

CUENTAYOS: Indio que tiene a su cargo las reses de la hacienda.

CULIANDO: Cópula sexual.

CUTULES: Hojas que envuelven la mazorca de maíz.

CHACHÍ: Siéntate.

CHACRA: Forma despectiva para designar las viviendas de los aldeanos.

CHACRACAMA: Indio cuidador de las sementeras.

CHAGRA: La o el chagra. Gente de aldea.

CHAGRILLOS: Flores. deshojadas para arrojarlas al paso da un santo en proceción.

CHAMISA: Hacer pira con leña de chaparro.

CHAPAR: Espía.

CHAPO: Mezcla de harina y agua.

CHAQUIÑÁN: Sendero en zig-zag que trepa por las montañas.

CHASQUIBAY: Lamentaciones de los deudos ante el cadáver.

CHIGUAGUA: Juguete pirotécnico.

CHIMBALOS, GUAGRAS, MANZANAS, MORAS: Frutas silvestres.

CHUCHAQUI: El estado que sigue a la alcoholizacion aguda.

CHUCO: La teta de la madre.

CHUGCHIDOR: Gente pobre que después de la cosecha recoge el grano olvidado.

CHULEO: Tallo silvestre.

CHUMA: Borrachera.

CHUSOS: Hijos menores.

De 'star: Apócope de: De estar (casi generalmente se usa cuando se quiere evitar la cacofonía).
Dius sulu pay: Forma de agradecer india.
Elaqui: Hele aquí.
Ele: Corrupción de "hele aquí", "hele ahí".
Equigüeycan: Se equivocan.
Estacó: Pararse, no querer seguir el camino.
Estanco: Tienda donde se vende aguardiente.



Estico: Diminutivo de Este, pronombre demostrativo.
Farfullas: Se dice de las personas alocadas, que todos sus actos los ejecuta de prisa.
Fucunero: Tubo de caña o metal por donde se sopla para avivar el fuego.
Guaguas: En el quechua antiguo, significaba hijo; hoy se llama así a la criatura pequeña, sin distinción de sexo.
Guañucta: Bastante.
Guarapo: Jugo de caña de azúcar fermentado. Como el negocio depende de la fuerza y rapidez de la fermentación, cada guarapera se especializa en secretos de aceleración, echando cuanta porquería imaginable. Bebida con la cual se emborrachan los indios. En los análisis químicos que han hecho las municipalidades, han encontrado gran cantidad de úrea.
Güeñas: Buenas.
Güishigüishis: Renacuajos.
Huambras: Muchacho o muchacha.
Huasicama: Indios cuidadores de la casa del amo.
Huasipungo: Huasi, casa. Pungo, puerta. Parcela de tierra en donde el indio levanta su choza y hace sus pequeños cultivos. En el altiplano del Ecuador, el gamonal aprovecha del indio prestándole esa parcela de tierra.
Indias servicias: Indias escogidas para ir a prestar servicios en la casa del amo.
Jachymayshay: Costumbre de bañar a los muertos para que hagan en regla el viaje eterno.
Jambatos: Especie de ranas.
Juerte: Fuerte.

Limeta: Media botella de aguardiente.
Locro: Guisado con agua y patatas. Alimento principal de la sierra.
Longa: India joven.
Longos: Indios.
Lueguito: En seguida.
Macana: Especie de chal para indias.
Maistro: Maestro.

Manuso miso: Mal acostumbrado, mismo.
Mapa: Inútil, sucio.
Mashca: Harina de cebada.
Matinée: Blusas que usan las chagras.
Mi guagua 'sha: Mi pequeño está allá lejos. Lamentación por la pérdida de algo o de alguien que se le ve lejano, imposible de conseguirle o recuperarle.
Miados: Orines.
Mingos: Vieja costumbre heredada por los indios del Incario. Reunión del pueblo, de la indiada para llevar a buen fin una obra de urgente necesidad social. En el Ecuador se aprovecha de esta costumbre para hacer trabajar la indiada y a los chagras gratuitamente, caminos, iglesias, cosechas, etc. (Aun se usa en la política para hacerles gritar: "Viva amu Presidente".)
Miso: Mismo.
Mishcado: Cargado. Traer algo a manos llenas.
Mishoquito-Mallocos-Ollucos: Planta cuyo bulbo es comestible, menor que la patata y algo insulso.
Morocho: Especie, de maíz.
Motilón, huilmo, pantza: Maderas de los bosques del Ecuador.
Nigua: Insecto más pequeño que la pulga y que se incrusta en la piel para depositar sus huevos, hinchándose y causando picazón y gran molestia.
Ña: Contracción de niña. Forma de tratar de los indios a los blancos.
Ñora: Señora.
Ñuca: Mío.
Ñucanchic: Nuestro o nuestra.
Onde: Donde.

Patuju: Patojo. Cojo.
Pes: Contracción de pues.
Pegujal: La chacra.
Pior: Peor.
Piqúese: Estimulante del apetito o de la sed con ají. Estimúlese para, etc.
Pishquitos: Pajaritos.
Pite: Poco.

Pondo: Barril de barro cocido en forma de cántaro con la boca chica.
Probana: Costumbre indígena de hacer probar la mercadería antes de venderla.
Pupo: Ombligo.
Puquitu ludu pudridu: Poco de barro putrefacto.
Puro: Aguardiente puro.
Pushca: Una desgracia.
Pusunes: Vísceras de res cocidas.
Queresa: Cresa. Larva que se alimenta de materias orgánicas descompuestas.
Quierdé: ¿En dónde está? ¿Qué es de aquello?
Retieso: Muy fuerte.
Rosca: Indio en forma despectiva.
Runa: Indio.
Runaucho: Potaje de indio.
Shacta: Casa, pueblo. Aldea del campesino.
Sheve pes caserito: Lleve usted que siempre ha sido mi cliente. Si 'aycho. Se ha hecho.
Sucurrus: Socorros que con el huasipungo, constituyen la paga que el patrón da al indio por su trabajo.
Shuguas: Ladrones.
Shurandu: Llorando. (La ll española, en toda la sierra ecuatoriana, la transforman en sh, con un sonido parecido al de la j francesa. Por ejemplo: Shore, llore; Shevar, llevar; Gashinitas, gallinitas.
Taita: Padre
Tan: También.

Treintaiuno: Potaje con intestinos de res.
Trinque: Sorprender en delito.
Tostado: Maíz tostado.
Tostado de manteca: Maíz tostado con manteca.
Zaratano: Color de ciertos gallos (gris)





# Índice



Los 1000 **ejemplares** de este título
se terminaron de imprimir durante el mes de
**DICIEMBRE DE 2006**
en **Fundación Imprenta del Ministerio de la Cultura**

Caracas, Venezuela

